



Gaspar Núñez de Arce

## **Obras escogidas**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Gaspar Núñez de Arce**

## **Obras escogidas**

Discurso sobre la poesía

SEÑORES:

Cediendo a mis gustos e inclinaciones y apartando la mente de los arduos problemas sociales y económicos, tan llenos de incertidumbres y conflictos, me propongo exponeros mi opinión sobre el lugar que corresponde a la poesía lírica en la literatura moderna y emitir mi juicio acerca de algunos de sus más preclaros cultivadores. Forzado por la imperiosa necesidad de concretar mi asunto, porque de otra suerte no cabría tema tan vasto en el espacio de que puedo disponer, no trataré sino de algunas escuelas que en la hora presente se disputan el favor del público; y de los autores que viven gozando de merecido crédito en la república de las letras, únicos de quienes pienso hablar, tan sólo escogeré los muy señalados que por la grandeza de su genio, universalmente reconocida, por la influencia que ejercen en sus respectivos países, o por involuntario error de mi entendimiento, considere dignos de figurar en este sucinto estudio que a vuestra atención consagro.

Tal vez parezca extemporáneo que cuando tan múltiples y complicadas cuestiones políticas y económicas embargan los ánimos, me ocupe en el examen de un punto de crítica meramente literario; pero por lo mismo que todos sentimos a menudo el amargor de la realidad, entiendo que conviene de vez en cuando dar algún esparcimiento al espíritu, dejándole volar libremente por las serenas regiones del arte. Además, de los escarmentados nacen los avisados, y no quiero, tocando las llagas que corroen el cuerpo social, no por indolentes menos malignas, volver a exponerme sin defensa a las pudibundas censuras de las almas débiles, a la indiferencia de los egoístas y a los groseros ultrajes de cuantos están interesados en que el mal arraigue y cunda.

Muéveme también a preferir este tema, a más del atractivo que tiene para mí, el propósito de contrarrestar en lo posible la especie de cruzada que en el vulgo literario, tan injusto como impresionable, se ha levantado de algunos años a esta parte contra la poesía. No pretendo entrar en las altas especulaciones a que se presta el problema planteado por eminentes pensadores de la escuela positivista, sobre la suerte reservada en épocas remotas a todas las manifestaciones del arte; las cuales, según cálculos y conjeturas de algunos de ellos, están condenadas a ir gradualmente extinguiéndose hasta desaparecer por completo bajo la continua invasión de la ciencia. Esta tesis, copiosa y sólidamente impugnada desde el mismo campo positivista por sociólogos y estético, para quienes el desarrollo mismo de la ciencia, tan prodigioso en nuestros días, y que a juzgar por todos los síntomas aún lo será más en los futuros, ensanchará, lejos de restringir, los dominios de la fantasía y del sentimiento, fuentes inagotables del arte, no me inquieta en lo más mínimo, ni pone en esta ocasión la pluma en mis manos. Mi intención es más modesta. Me resigno ante la idea -

quizás porque me infunde poco o ningún temor-, de que en la sucesión de los siglos, cuando la ciencia haya llegado a su plenitud descubriendo la causa de todas las causas, cuando haya iluminado, si a tanto alcanza su poder, las hasta ahora impenetrables tinieblas de lo infinito y de lo incognoscible, cuando haya, en fin, encontrado todos los medios de saciar los deseos, de calmar las inquietudes y de curar las heridas de las almas, la poesía perezca envuelta en el cataclismo universal en que han de sucumbir también por innecesarias, la escultura, la pintura y la música. Pero no me someto con la misma mansedumbre a la opinión de aquellos que, sin levantar el pensamiento a concepciones tan complejas sobre los ulteriores destinos de la humanidad, y sólo aguijoneados por el espíritu intolerante de secta, pronostican con tono dogmático, no el aniquilamiento total del arte, en cuya perpetua virtualidad creen, sino la muerte parcial y aislada de la poesía. Desde que el naturalismo, con la fuerza de expansión que despliegan todas las escuelas filosóficas y políticas en los desvanecimientos de su triunfo, extremó sus principios hasta bastardearlos, declarando guerra sin cuartel a la imaginación, y como si la literatura fuese una rama no más de las ciencias naturales, pretendiendo someterla exclusivamente al régimen de la observación y del experimento, hízose de moda entre ciertas gentes hablar con menosprecio de la poesía, sobre todo de la lírica, y son ya muchos los prosélitos de la nueva doctrina que se consagran a profetizar en artículos, folletos, libros y discursos, la inevitable y próxima ruina del Parnaso. Contra estos feroces sectarios va principalmente encaminado mi trabajo, hijo de la más sincera convicción, porque para mí es artículo de fe que la poesía, acomodándose, como siempre, a las incesantes evoluciones de la civilización, ha de continuar siendo por largo tiempo -al menos hasta que sobrevenga, si es que sobreviene, la general y definitiva catástrofe artística predicha por algunos filósofos-, la expresión más pura y conmovedora de las ansias, tristezas y aspiraciones del espíritu humano.

Descartando, pues, de mi discurso las hipótesis científicas, que aun cuando estén lógicamente construidas, son por su propia naturaleza frágiles e inseguras, y sin salirme de la realidad de los hechos comprobados, me limitaré a afirmar, de acuerdo con autorizadísimos críticos nacionales y extranjeros, que la poesía es, después de la música, el arte cuyo desenvolvimiento ha sido más amplio en el transcurso de los últimos cien años, y el que ha engendrado en este espacio de tiempo, relativamente breve, más obras maestras, o, si parece demasiado aventurada mi proposición, más obras dominadoras. El influjo avasallador ejercido por las producciones de Goethe, Byron, Chateaubriand, Lamartine, Leopardi, Heine y Victor Hugo, sobre el movimiento intelectual del mundo es tan evidente, que creería ofender vuestra ilustración si me entretuviera en demostrarlo. El teatro, la novela, la crítica, la historia, han vivido de su substancia, y su aliento poderoso ha animado y anima aún aquellas creaciones de la escultura, la pintura y la música con que más justamente se enorgullece nuestro siglo. Pero, prescindiendo de las corrientes generaciones que, como nacidas en las más elevadas cimas del genio lo han inundado todo al descender sobre la tierra, ¿quién puede desconocer la soberanía que sobre cada literatura particular han ostentado durante este magnífico período los poetas nacionales? ¿Quién se atreve a negar, por ejemplo, la influencia incontestable de Manzoni en las letras italianas, de Alfredo de Musset en las francesas, de Puszkín en las rusas, de Mickiewicz en las polacas, de Herculano en las portuguesas, de Petœfi en las húngaras, de Æglenschloger en las dinamarquesas, y, finalmente, de Quintana en las españolas? Y cuenta que sólo cito astros de primera magnitud, pues si fuera a conmemorar todos los de segundo orden que han girado en la órbita de nuestra centuria con luz más templada, aunque siempre intensa,

honrando sus patrias respectivas, apenas serían suficientes las páginas que debo dedicar a mi discurso para hacer, sin comentario alguno, la sencilla enumeración de sus nombres.

La poesía ha llegado en el curso del siglo actual a tanta altura, porque rompiendo los diques que la contenían, ha vuelto a sus antiguos cauces, de donde la había desviado el arrollador impulso del Renacimiento. Antes de que esta inmensa revolución surgiera, la poesía, sobre todo en sus formas primitivas, la épica y la religiosa, presentábase, en las naciones más importantes de Europa, pobre de invención, áspera en el ritmo, y torpe y monótona en la rima. No había encontrado su expresión definitiva, y las lenguas en que balbucía sus primeros vagidos, apenas habían salido de la infancia. Pero era nacional, y cuando algún elemento exótico se introducía en ella, tardaba poco en asimilárselo, haciéndole adquirir en cada región el color y sabor del terreno propio. Nutriábase de savia popular, resultando primero en los Cantares de Gesta, allí donde como en Francia y España florecieron, y después en otras composiciones más cortesanas y cultas, en las que alboreaba ya el estro genuinamente lírico, reflejo fiel, aunque a veces artificioso, del estado general del país y del tiempo en que se desenvolvía. El Renacimiento, que tanto hizo adelantar al mundo, vino, por de pronto, deslumbrando a los ingenios con su regia pompa, a torcer la dirección que las incipientes literaturas particulares seguían, y a facilitar a la Roma cesárea su última victoria sobre los pueblos que antes la habían vencido y heredado. Hermoseó, es verdad, y pulió, el estilo; arrebató a la palabra sus más recónditos secretos; enriqueció asimismo la métrica; aclaró los horizontes del arte, sumido aún en vago crepúsculo, e impuso cánones de buen gusto que prevalecen todavía, cuanto es posible que prevalezcan en una sociedad como la nuestra, a la vez escéptica e indisciplinada, donde el principio de autoridad y el respeto a la tradición van amenguándose de día en día. Pero también es cierto que haciendo caer a la poesía y a todas las artes plásticas en la contemplación extática de los modelos antiguos, las sustrajo en absoluto de la vida real. La imitación servil de las obras maestras de griegos y latinos ahogó en mucha parte la espontánea, aunque tosca, originalidad de las literaturas indígenas; los poemas homéricos y virgilianos, las odas pindáricas y horacianas, las églogas y anacreónticas, resucitaron con morbosa exuberancia en los idiomas vulgares; y mientras se resolvían en el siglo XVI y en los siguientes los más tremendos problemas de la conciencia, ya en las controversias religiosas, ya en los campos de pelea, la poesía, indiferente a estos hondos trastornos, se entretenía reproduciendo fábulas mitológicas, celebrando hazañas portentosas de héroes imaginarios, poblando vegas y bosques de sátiros, zagales, ninfas y pastoras, y describiendo cuadros fantásticos en donde todo aparecía falsificado: la tierra y el cielo, el hombre y la naturaleza. Sólo algunos excelsos poetas místicos acertaron a vaciar en los viejos moldes restaurados sus fervientes sentimientos cristianos y a conservar, bajo la magnificencia de las formas clásicas, la sinceridad de su fe y la intensidad de sus afectos. Ellos, por decirlo así, fueron los precursores de la evolución que con mayor amplitud debía verificarse en el transcurso de los tiempos, cumpliendo en este punto los deseos de Andrés Chénier, cuando pedía que se hiciesen con ideas nuevas versos antiguos. Fuera de las composiciones a que me refiero, por las que se difundía el calor de una creencia viva, pocas veces intervino la poesía, y cuando incidentalmente lo hizo, fue como avergonzada, velando su pensamiento con alegorías mitológicas, en los sucesos trágicos o faustos que a su vista ocurrían. Las alteraciones de la Reforma, las grandezas y los horrores del fanatismo, las guerras por el dominio del imperio, hasta el descubrimiento de América, hechos son que pasaron para las musas, si no inadvertidos, por lo menos tibiamente y en forma inapropiada cantados; y al

compás del estrépito de las batallas, al resplandor de las hogueras, entre el tumulto de las tradiciones que se derrumbaban, la poesía, cubierta con su pellico clásico, lanzaba a los vientos tempestuosos de su siglo el son del rústico caramillo, o refería, disfrazada con vestiduras olímpicas, las livianas aventuras de dioses destronados. Concretándonos a España, porque si dilatara la esfera de mis observaciones me faltaría lugar y tiempo para consignarlas, ¿quién es capaz de adivinar en los versos de nuestro, Hurtado de Mendoza al hábil diplomático y experto político que medió, como representante del Emperador invicto, en los más transcendentales acontecimientos de tan agitado reinado, ni quién conoce en las estrofas del dulcísimo Garcilaso, al soldado valeroso de aquella edad de hierro? Leyendo las composiciones de tan clarísimos poetas y de sus coetáneos menos ilustres, no es fácil formarse idea del período histórico en que escribieron ni de las turbulencias de la sociedad en que se agitaban. Ante la apacible suavidad de sus descripciones y los almibarados conceptos de sus zagales, ninfas y sátiros, se maravilla uno de la fuerza de abstracción de aquellos genios soberanos, cuya fantasía, ajena a todos los ruidos del mundo, llegaba hasta convertir en arroyos de leche y miel los ríos de sangre que en tan borrascosos días corrían por la tierra, entregada a todas las discordias y violencias de los hombres.

Tuvo entonces el Renacimiento el encanto de la novedad y la sorpresa. No porque permaneciese casi extraño a las apasionadas luchas de sus contemporáneos, es lícito negar que aportó al caudal del arte valiosos elementos estéticos, resucitando un ideal de la Belleza, que nadie ha podido destruir hasta ahora, y enseñando al poeta y al artista cómo debían presentar sus inspiraciones para hacerlas duraderas. Esto explica la boga general que obtuvo, la atracción que ejerció sobre todas las inteligencias superiores, hasta en el seno mismo de la Iglesia, y el ímpetu con que se propagó, sólo comparable a la invasora velocidad del incendio.

Cuando pasado el primer hervor del entusiasmo que despierta siempre en las almas juveniles la inesperada contemplación de la Belleza, el tiempo, el preceptismo y el uso acabaron por vulgarizar la majestad de las formas clásicas, comenzone a caer en la cuenta de que éstas sólo cubrían el esqueleto de una civilización incompatible con la nuestra; pero tan fuertemente habían arraigado sus dogmas en la poesía, que siguieron, sin contradicción apenas, prevaleciendo durante trescientos años en todas las naciones cultas. Sin embargo, a medida que el tiempo se deslizaba, las escenas bucólicas y las fábulas del paganismo iban debilitándose como la luz de las estrellas cuando apunta la claridad de la aurora, y las musas hundiéndose en un amaneramiento lánguido e insulso. Las selvas mitológicas no tuvieron ya el verdor de la primavera, sino la fría desnudez del invierno. Los pastores y faunos que las poblaban envejecieron o quedaron inválidos; los héroes se sintieron decaídos; los dioses degradados, y hasta el coro de hermosas ninfas que, con el cabello suelto y coronadas de rosas, entonaban himnos en loor de Venus, concluyó por parecer un aquelarre de brujas histéricas, únicas adoradoras de aquella diosa del amor, ya deforme y caduca. Encerrada en marco tan estrecho la poesía, después de pasar en el siglo XVII, como los demás ramos de la literatura, por las más inverosímiles depravaciones del gusto, en España e Italia con los inextricables extravíos de Góngora y Marini, en Francia con los sutiles alambicamientos del cenáculo del Hotel Rambouillet, en Inglaterra con el ridículo eufuismo, y en los demás estados de Europa con las imitaciones de tan perniciosos modelos, vino a dar, a fines del siglo pasado, en la postración más extrema. Extenuada, vacía de ideas, falta de invención y de numen, no llegó a ser, salvo en las obras de algunos

poetas excepcionales y entonces poco comprendidos, más que una repetición pesada de odas huecas y ampulosas, madrigales ingeniosos, anacreónticas y églogas e idilios en donde siempre, a la sombra de los mismos árboles y en la orilla de los mismos arroyuelos, lloraban sus desdenes o celebraban sus paces Batilos insípidos y Filis melindrosas.

Solamente el terrible sacudimiento que en estos últimos cien años ha trastornado la faz del mundo, removiéndole hasta el fondo de sus entrañas y arrancando de él creencias e instituciones que se habían juzgado eternas, logró sacar a la poesía de la estéril flaqueza a que había llegado. El fragor de las revoluciones despertola de su letargo, y como los intereses que se debatían eran tan trascendentales, no pudo permanecer inactiva en medio de un desquiciamiento general que nada respetaba: ni el orden establecido, ni la fe, ni la autoridad, ni la tradición. Sin desceñirse la túnica de oro con que la había heroseado el Renacimiento, renovó casi del todo su propio contenido, y abandonando las cumbres olímpicas y los agostados valles de la Arcadia, regresó a la tierra de donde había vivido alejada, poniéndose otra vez en directa comunicación con los hombres. Fascinada por la magnitud de los sucesos de que era testigo, tomó al fin partido entre los beligerantes y aumentó para responder a sus nuevas emociones las cuerdas de su lira, o, más bien, transformó su lira en orquesta. Nada hubo desde entonces vedado a su inspiración: lloró con los vencidos, exaltó a los vencedores, dudó con los que dudaban, creyó con los que creían, cantó las catástrofes y los triunfos en que había intervenido, y penetró en los más profundos repliegues de la conciencia para sorprender sus secretos y vacilaciones. ¿En qué campo ha dejado de oírse su voz? ¿En qué batalla no ha hecho centellear la espada de su canto? Ella ha sido, y es todavía, gemido para todos los dolores, consuelo para todos los infortunios, ariete contra todas las tiranías, refugio para todos los cansancios del cuerpo y del espíritu, bálsamo para todas las heridas, eco de todas las ideas y estímulo para todos los atrevimientos. Donde quiera que se combate allí está la poesía; no hay palpitación del alma que no recoja, ni manantial de aguas dulces o amargas en que no beba, desde el que, brotando del cielo, llena el corazón de místicas alegrías, hasta el que, naciendo de un pesimismo, a veces desesperado y a veces sereno como la resignación, pero siempre incurable, nos hace sentir la infinita vanidad del todo, es decir, de la vida, del mundo y de Dios. ¿No es cierto que cuando la poesía influye tan eficazmente como en nuestro siglo, en las diversas y múltiples manifestaciones de la actividad intelectual y afectiva, encontrándosela en todas partes donde se ama, se aborrece, se piensa y se lucha, hay motivos sobrados para protestar contra los que la describen como agitándose con los postreros estremecimientos de la agonía?

No es nuevo, aun cuando nunca haya revestido los caracteres de ensañamiento que hoy presenta, el afán de asaltar el alcázar de la poesía para desalojarla de él, habiendo surgido ya en varias épocas, y bajo diversos aspectos, la misma malquerencia. Entonces, como ahora, la poesía ha proseguido imperturbable su camino, desoyendo las vociferaciones del odio y ejerciendo su imperio sobre todas las literaturas, como lo revela el hecho de que desde los tiempos primitivos hasta los actuales, el genio de cada pueblo haya encarnado en la invención de algún altísimo poeta. Los himnos védicos y el Ramâyâna son los símbolos de las civilizaciones indias; Homero, de la helénica; Virgilio, de la latina; y en las naciones modernas, Dante es la expresión más augusta de la inspiración italiana; Shakespeare y Milton descuellan en las más sublimes cumbres del Parnaso inglés; Cervantes, Lope y Calderón son los dioses mayores de las letras españolas; Racine y Molière de las francesas;

Goethe y Schiller de las alemanas, y Camöens fulgura, como sol sin ocaso, sobre las glorias de Portugal. La poesía, pues, ocupa el puesto más preeminente entre las creaciones literarias de la humanidad, con tan respetuoso y general acatamiento, que es frecuente decir, cuando quiere designarse a un país con el título más halagüeño para su orgullo: la patria del Dante, la patria de Goethe, la patria de Racine, la patria de Calderón.

Hay más: a riesgo de que me tachéis de exagerado, me atrevo a afirmar que las obras de aquellos poetas en quienes, sea cual fuere el género que cultiven, predomina el temperamento lírico, tales como Dante, Shakespeare y Calderón, son, con las de los historiadores y filósofos, las que resisten más la ola silenciosa del olvido. Las demás producciones que no corresponden a ninguna de estas tres manifestaciones de la literatura, entre las cuales y en primer término figuran las didácticas y narrativas, suelen merecer el favor público cuando aparecen, si aciertan a representar bien su época o se ajustan al gusto reinante; pero su duración es, por regla general, efímera en la memoria humana, y van desvaneciéndose por grados, como las notas de una música que se aleja.

Permitidme que en apoyo de mi aserto, para muchos de vosotros quizás excesivo, os recuerde lo que acontece con la novela, cuya existencia, semejante al relámpago, es, por lo común, tan fugaz como luminosa. Muy lejos estoy de escatimar los incontestables méritos de este género literario, que es la expresión más exacta de los diferentes estados sociales por que los pueblos pasan y el espejo en que más claramente se reflejan sus costumbres, sus sentimientos, sus ideas, sus esperanzas, sus desengaños y hasta sus aberraciones. Su importancia es tal, que sin su auxilio, tan necesario acaso como el de la misma historia, sería difícil explicarse las incesantes transformaciones de la especie humana, y reconstruir en nuestro pensamiento las sociedades que han muerto. Pero por lo mismo que es la expresión real de las cosas transitorias, no siempre la favorable acogida que le dispensan sus coetáneos, inteligentes aunque interesados apreciadores de la exactitud con que los retrata, obtiene la sanción inapelable de la posteridad desapasionada y fría. Antes bien, envejece pronto en manos de gentes nuevas, incapaces de estimar en su legítimo valor las delicadezas de observación que la obra contiene sobre tipos, caracteres, prejuicios y costumbres de otra edad, y siendo cada vez menos leída, va quedando sólo como documento de consulta o base de estudios retrospectivos para el erudito, el filósofo y el historiador.

Cada generación procura tener su espejo propio, y prescinde, sin reparo, de aquel que no reproduce ya con fidelidad lo que es o pretende ser mientras cruza por este valle de lágrimas. Bien sé que los sentimientos humanos sometidos a las leyes psicológicas y fisiológicas inmutables, han sido, son y serán siempre los mismos; pero su modalidad va continuamente variando al compás de los cambios que la acción del tiempo introduce en el régimen social, moral y jurídico bajo el cual se manifiestan. Esta constante variación meramente formal, que no afecta a la esencia de los sentimientos mismos, los desfigura y disfraza, sin embargo, de tal suerte, que a veces cuesta trabajo conocerlos. Es como el traje que ajustan a nuestro cuerpo los caprichos de la moda; insensiblemente la moda misma va reformándolo, y llega un día en que, al examinar los viejos figurines, asoma a nuestros labios la risa, no acertando a comprender los inverosímiles y extravagantes gustos de nuestros predecesores. La novela, más que ninguna otra creación literaria, incluso el teatro, recoge hasta en sus más insignificantes pormenores la parte mudable de la vida, o sea la manera de pensar, de sentir y de ser en cada momento, y esta fuerza de asimilación, que es,

sin duda, la causa principal del agrado con que sus contemporáneos la saborean, contribuye en la misma medida a precipitarla en la indiferencia, cuando el curso de la civilización transforma el medio ambiente en que la obra se produjo. No oculto ni niego, porque expongo de buena fe mis opiniones, que muchos libros de esta especie, bien por la intención honda que los ha dictado, bien por la sincera emoción con que están escritos, ya por la pasmosa verdad de sus caracteres, ya por el progreso que determinan en las lenguas, han conquistado y conservan en sus respectivas literaturas honorífico lugar; pero estas excepciones, siempre limitadas, si se considera la abundancia del género, no contradicen la ley que le condena a muerte prematura y definitiva.

Los menos versados en la historia literaria pueden confirmar la exactitud de mi juicio, con sólo recordar la boga que alcanzaron en otros tiempos los libros de caballería. ¿Qué ha quedado de aquel enorme fárrago de obras más o menos indigestas, cuya fama fue tan general en toda Europa, y cuyo texto, repleto de portentosas aventuras, devoraban con delectación príncipes, clérigos, soldados y menestrales? Unas cuantas páginas de referencia y crítica en los anales de la literatura, y un centenar de volúmenes empolvados, que los bibliófilos rebuscan con ansia, no por su valor intrínseco, sino por su singular rareza. En resumen no queda nada, Digo mal: queda el extraordinario libro con que los redujo a perpetuo silencio nuestro inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, uno de los más grandes poetas, si no el mayor, de la era moderna, porque es el que mejor ha sabido amalgamar y fundir en el crisol de su genio, la idealidad del espíritu con la realidad de la materia, y el que más acabado retrato nos ha ofrecido de ese ser híbrido, como los centauros y sirenas de la fábula, compuesto de ángel y de bestia, a quien Dios ha confiado el imperio del mundo.

Pero sigamos adelante en la comprobación de mi tesis. En los comienzos del siglo de oro de las letras francesas, fecundos escritores se consagraron al cultivo de la novela, que, como hoy sucede, absorbió por completo la curiosidad de las gentes doctas e indoctas. Jamás autor alguno ha obtenido admiración tan sincera ni tan caluroso aplauso como los que arrancaron de sus compatriotas, Honorato d'Urfé, Calprénade y Mlle. de Scudery, los más célebres representantes de aquel movimiento impetuoso. No eran los espíritus frívolos, como observa muy oportunamente un crítico extranjero, ni los jóvenes y las mujeres los únicos que se extasiaban ante aquellas obras, que se creían magistrales. El sabio Huet, obispo de Avranches -añade el discreto escritor a quien aludo-, se volvía loco leyéndolas; el obispo Godeau deliraba también por ellas; el elegante Flechier se las recomendaba a sus diocesanos; Mascarón citaba en el púlpito a sus autores entre San Agustín y San Bernardo; Menage los colocaba sin escrúpulo al nivel de Homero y Virgilio, y el mismo Lafontaine calificaba algunos años después al más antiguo de ellos, Honorato d'Urfé, como a uno de los entendimientos peregrinos de que podía envanecerse Francia. Multiplicábanse las ediciones de estos libros, cuyo crédito traspasaba montes y mares; traducíanse con pomposo encomio en todas las lenguas; eran, en fin, la delicia de las cortes, el recreo de los sabios y el embeleso del vulgo. Tal vez nunca las hayáis hojeado, mas de fijo habéis oído hablar de la Astrea, del Ilustre Basa, del Gran Ciro, de Clelia, de Cleopatra, de Casandra, y de otra multitud de novelas de la misma índole, que el gusto y las costumbres de su tiempo miraban con entusiasmo mayor todavía que el que excitan entre nosotros las creaciones de Zola y sus secuaces, ya muchos de ellos arrepentidos y en busca de nuevos horizontes. ¿Qué ha recogido la posteridad de estas obras que fueron, como digo, el asombro de algunas generaciones? Nada. Hoy ni se leen, ni se estudian, ni se comentan, porque el

desdén universal, aunque quizás no completamente justificado, las ha sepultado en el más lóbrego rincón del olvido.

Suerte análoga cupo a las fábulas pastoriles, y tampoco fue más afortunado el turbión de interminables novelas inglesas del corte de Pamela, Clarisa Harlowe y Carlos Gradisson, que en el segundo tercio del siglo último inundó a Europa, haciendo derramar raudales de lágrimas a la mitad del linaje humano a quien le daba entonces por ser sentimental y pudoroso, como hoy le da por ser despreocupado y escéptico. El éxito alcanzado por estas producciones entre los que gozaron de sus primicias, es indescriptible, y acaso no del todo inmerecido, si se atiende a la opinión que crítico tan severo y descontentadizo como Taine ha expuesto sobre algunas de las más importantes de aquellas obras. Y, sin embargo, ¿quién las lee ahora? Ni siquiera ha valido para retrasar un minuto más la hora de su muerte, la eficaz recomendación de Voltaire, tiránico dispensador de la fama en el siglo XVIII, el cual ponía religiosamente varios de estos libros sobre su cabeza. Pero ¿qué más? Cuantos empezamos a doblar el cabo de la vejez, tenemos aún presente la fiebre con que en nuestra juventud se solicitaban las novelas de la inspirada e incansable pléyade de escritores que dio a luz la revolución romántica de 1830. La aparición de cada una de ellas era un acontecimiento, según se dice en la jerga moderna; los periódicos se las disputaban a precio de oro, y algunos, como el *Constitutional* y la *Presse*, labraron la fortuna de sus editores, brindando la novela de moda a la voracidad pública, en folletines que arrebatava la multitud. Millares de ejemplares, impresos en todos los idiomas, corrían como desatados ríos por ambos continentes, y en volúmenes lujosos o en humildes entregas invadían lo mismo la mansión del magnate que la guardilla del jornalero. Han pasado desde entonces muy pocos años de este siglo que va tan deprisa, y ya únicamente algunos devotos del tiempo viejo, que mantenemos viva la memoria de aquella edad y el culto de aquellos autores, nos deleitamos con sus recuerdos. Otras gentes amoldadas a nuevas costumbres, movidas por distintos impulsos y estimuladas por diferentes ideales, si es que tienen alguno, han ocupado el lugar de aquellas que con tanto afán los leyeron, y si todavía se repiten sus nombres, porque no se han extinguido los ecos de la popularidad que se granjearon, ¡cuán grande no es la distancia entre el entusiasmo que antes despertaban y la hostil frialdad con que ahora, acaso sin estudiarlos, se los juzga! ¿Quién sabe, en fin, si nosotros mismos asistiremos aún a la decadencia de la escuela naturalista, cuya unidad de doctrinas se ha roto, y dentro de la cual, como en todo sistema que se descompone, están surgiendo ya a cada paso tendencias rectificadoras, protestas y hasta rebeldías? Por de pronto, y esto no es lo menos grave, la fatiga del público es visible. En cambio, al paso que los novelistas huyen como sombras, levántanse aún los poetas de aquel extraordinario ciclo romántico llenos de vida y radiantes de gloria. Francia se acuerda con cariño de Alfredo Musset, y ha deificado a Víctor Hugo hasta en sus delirios y caídas; Inglaterra construye, por acciones, lujoso teatro donde muchos admiradores que han contribuido a la edificación, se dan por bien pagados con asistir a las representaciones privadas de un poema dramático de Shelley, *Los Cenci*, más grande por los primores de su estilo que por sus condiciones escénicas; Alemania convierte a Goethe en un dios olímpico, tributándole fanático culto, y vuelve su rostro enternecida hacia el pobre Heine, a quien trató en vida con austero desvío; Hungría erige una estatua a Petöfi, en medio de públicas y regocijadas fiestas; el municipio de Milán, interpretando los deseos de toda Italia, adquiere la casa donde vivió Manzoni, conservándola con el piadoso respeto que inspira un templo; Rusia misma, la nación menos inclinada en estos días a las manifestaciones poéticas, alza suntuoso monumento a Puszkín,

sólo con el producto de una edición económica de sus obras, agotada en dos semanas; Polonia, la decaída Polonia, ya casi resignada con su yugo, merced a la acción corrosiva del materialismo que la envenena, honra a Adán Mickiewicz con una estatua en Posen, un busto en Roma, una lápida conmemorativa en la casa que habitó en Carisbad, y un mausoleo en Montmorency, donde reposan sus restos; España corona a Quintana, y por donde quiera que volvamos los ojos vemos avivarse el fervor, cercano a la idolatría, que todos los países sienten y conservan por sus excelsos poetas antiguos y modernos.

Nada tiene de extraño esta adoración, porque la poesía deja siempre detrás de sí huella indeleble, según es fácil demostrar sin salir siquiera de España. Pocos serán nuestros compatriotas medianamente ilustrados que no hayan leído, o, por lo menos, que no hayan oído celebrar las más hermosas composiciones del Parnaso patrio, y son muchos los que pueden recitar de memoria, siguiendo la ilación de los tiempos, coplas de Jorge Manrique, versos de Garcilaso, lirás de Fray Luis de León, estrofas de Herrera, tercetos de Rioja, octavas de Ercilla, sonetos y romances de Quevedo, odas de Quintana, cantos de Espronceda y leyendas de Zorrilla. Privilegio es éste sólo otorgado a la poesía, porque serán contados los españoles de ambos hemisferios que, como no sea del Quijote, se aprendan, no digo capítulos enteros, sino trozos sueltos de ningún libro de amena literatura: mientras que los mismos impugnadores de la más creadora de las artes, ríndenle a menudo involuntario homenaje, haciendo citas en verso, con preferencia a las citas en prosa, cuando conversan, peroran, escriben o enseñan; y es natural que así suceda, porque el concepto acerado por el metro y la rima, es a manera de saeta que se clava rápida y profundamente en el entendimiento.

Como consecuencia de tan singular predilección, común a todos los países, no hay quien no exalte la serie de nuestros poetas, dignos verdaderamente de este título, desde antes del siglo de oro a nuestros días; y los nombres de Juan de Mena, marqués de Santillana, Lope, Caro, Arguijo, Góngora, los Argensolas, Meléndez Valdés, Gallego, Duque de Rivas y otros muchos que no expongo por no alargar mi relato, se repiten a cada paso en la cátedra, en la prensa, en el libro, en el trato social, en las Cortes, hasta en el templo. Mas ¿quién es capaz de recordar de pronto el considerable catálogo de los novelistas que abruman las páginas de nuestros anales literarios en el período comprendido entre el siglo XVI y el nuestro? Vosotros, tan dados al estudio, me hablaréis, tal vez, de algunos justamente célebres, como Hurtado de Mendoza, suponiendo que sea el autor de El Lazarillo de Tormes, Alemán, Espinel, Salas Barbadillo, etc.; mas vuestra enumeración repentina no pasará adelante, ni podríais afirmar con plena seguridad, que la mayoría del público sabe a punto fijo quiénes son, ni que se extasía con sus obras, ni que éstas viven en su pensamiento.

Pero ¿por ventura -me diréis-, la poesía se exime de la ley general e ineludible, que sujeta todas las cosas a la vejez y la muerte? ¡Ay!, demasiado sé que la gloria póstuma es tan pasajera como el último rayo de la luz de una estrella que se apaga, el cual dilata más o menos su fulgor, según la distancia que debe recorrer hasta sumergirse en las sombras eternas. Quede sentado, pues, que en todo cuanto digo no me refiero a una inmortalidad en que no fío, sino a la duración, mayor o menor, de las frágiles obras del hombre.

Todas las generaciones llevan y sufren la suma de dolor psicológico que corresponde a su tiempo, y cada ser humano participa de este dolor colectivo en la medida que su capacidad física y moral se lo consiente. Cuando este malestar indefinido y vago, causado por las crueles alternativas de la lucha social, por las desilusiones de la vida y el curso mismo de las ideas, se particulariza y examina en alguna obra literaria con la misma prolijidad con que se estudia en la clínica de un hospital cualquier caso patológico aislado, es indudable que el mal, así expuesto, se impone por la verdad del análisis a los que sienten los mismos síntomas y se encuentran en circunstancias idénticas o análogas a aquellas que en la obra se describen; pero no es menos cierto, que cuanto más se individualiza, tanto más se desfigura para los que le sufren en cantidad y forma distintas. Sólo la poesía puede, conmoviendo al lector, dar carácter impersonal a los sentimientos generales de la edad en que canta, y transformarlos, permítaseme la frase, en una especie de fluido que, como la luz y el aire, penetre en todas las almas y se desparrame por el haz de la tierra.

Arte maestra por excelencia, puesto que contiene en sí misma, todas las demás, cuenta para lograr sus fines con medios excepcionales: esculpe en la palabra como la escultura en la piedra; anima sus concepciones con el color, como la pintura, y se sirve del ritmo, como la música. Semejante al gemido, que no sólo expresa, sino que señala los grados de dolor con absoluta precisión, sin analizarlo y describirlo, la poesía, emancipándose en cuanto es posible de las imposiciones sociales, tan pronto traídas como llevadas por el oleaje de los años, extrae del sentimiento humano su esencia más pura, menos determinada y, por tanto, más universal.

No contraría su naturaleza participando, como es forzoso -dados los días revueltos que corren, en los cuales toda neutralidad del entendimiento es hasta cierto punto ilícita-, de los temores, dudas, pasiones, esperanzas y desmayos del siglo, porque su intervención en la vida, no recae tanto, como he manifestado, sobre los hechos meramente externos cuanto sobre los sacudimientos interiores del espíritu. No puede estudiar con la fuerza investigadora de la filosofía, la historia y la sociología, la marcha evolutiva de la humanidad al través del tiempo y del espacio, ni exponer los resultados que con relación a las instituciones, a los intereses tradicionales, al régimen de las familias, a las costumbres y creencias producen las revoluciones políticas, científicas y religiosas que sucesivamente nos arrastran. Tampoco puede ser la copia fiel de nuestra miseria y desventura, trazada con el criterio cada vez más desengañado y misantrópico de una sociedad en cuya conciencia va debilitándose por momentos la confianza en Dios, y menos aún la comprobación experimental de las teorías científicas que convierten al hombre en el ser más esclavo y enfermo de la creación, despojándole del libre arbitrio y sometiéndole a la fatalidad del organismo, de la herencia, del temperamento y del medio ambiente. La esfera de acción de la poesía es menos concreta y más elevada. Debe ser, o mejor dicho, es el clamor continuo y vago, que levanta y difunde la eterna batalla de la vida clamor semejante a un coro sublime en el cual se compenetran y funden en una sola expresión los sentimientos y múltiples intereses de la tierra, como en el bramido interminable del mar vibran y resuenan conjuntamente todas sus calmas y tempestades; clamor, en fin, del que entresaca y recoge cada cual, según el estado de su ánimo, la alegría o la pena, la tranquilidad o el remordimiento, la fe o la desesperación.

Tal es fundamentalmente la causa de su prestigio, por lo cual, no obstante los pronósticos de sus detractores, no morirá mientras aflijan nuestro ser anhelos infinitos, aspiraciones ideales hacia un porvenir mejor y rebeldías contra las brutalidades del hecho que en la realidad de la vida a menudo nos confunden y aplastan. Porque aceptando la hipótesis de que estas manifestaciones no sean más que los síntomas de un estado social patológico, según pretenden algunos, todavía, como la dolencia, lejos de disminuir tiende a propagarse, es de esperar que la poesía, expresión de esta incurable enfermedad nuestra, dure, por lo mismo, tanto como el mundo.

Pero hay críticos que no van tan allá y que sin negar la vitalidad de la poesía, impugnan, sin embargo, su forma y profetizan la muerte del ritmo, del metro y de la rima. Para ellos la prosa está llamada a ser, andando los años, la única encarnación del pensamiento. Es, en efecto, la prosa el instrumento más poderoso con que Dios ha dotado a nuestra especie para que, armada con él, avance abriéndose paso por las regiones de lo desconocido, como el explorador que con el hacha y el fuego se entra por selvas nunca holladas, destruyendo los troncos y matorrales que le cierran el camino. La prosa es el verbo lógico y radiante, con cuyo auxilio el hombre se revela, medita, ama, especula, enseña, descubre, dilata su ser, y sin el cual, como un día le faltara, aun cuando Dios le hubiese dado la omnisciencia, acabaría por caer en las densas tinieblas de la barbarie. La prosa posee, dentro de sus condiciones peculiares, majestad, número, armonía y elocuencia, y en sus términos cabe la humanidad entera con cuanto ha sido, es y será hasta la plenitud de los tiempos. Pero, por lo mismo que es tan superior, parece como que amengua su grandeza, cuando desdeñando sus regias vestiduras, cubre su cuerpo con otras, poco severas, que cuadran mal a su complexión robusta.

¿Conocéís, señores, nada tan ridículo como la prosa complicada, recargada de adornos, disuelta en tropos que, olvidándose de la sencillez inherente a su nativa hermosura, sale a lucir en periódicos, discursos y libros, como matrona poco cuidadosa de su recato, que se afea y desdora con afeites y atavíos inmodestos? Yo, por mi parte, debo confesar que cuando leo alguno de los libros que tan de moda puso, antes en Francia y luego en el resto de Europa, el movimiento socialista de 1830 a 1848, hinchados, ampulosos, metafóricos, poéticos, según entonces se decía, me rindo al cansancio y necesito para restaurar mis fuerzas volver a recrear mi espíritu con el período amplio, claro y sereno, como la honda de un río, en que Bossuet, por ejemplo, desarrolla su Discurso sobre la historia universal, o con la frase ingenua, diáfana y persuasiva en que expone sus afectos místicos nuestro egregio Fray Luis de Granada.

Lo declaro con franqueza: nada tan insoportable para mí como la prosa poética, no expresiva sino chillona, no pintoresca sino pintarrajeada, que con aletas de ángel y faldellín bordado de lentejuelas, se columpia en el aire entre imágenes, antítesis e hipérbolos como acróbata descoyuntado en la cuerda floja, y sólo comparte en el mismo grado con ella mi repugnancia literaria la poesía prosaica, en la cual me figuro ver a una princesa estrambótica, que recibe, corte en zapatillas, con el cabello crespo y el manto desceñido.

Por lo demás, suprimir el ritmo, el metro y la rima, sería tanto como matar a traición la poesía, que tiene su forma adecuada, no artificiosa, sino espontánea y característica, como la prosa misma. El ritmo rige y ordena el concierto universal. Siéntele el ser humano desde

que nace; reside en su organismo y palpita en sus arterias con la vibrante ondulación que llama exacta y poéticamente Calderón de la Barca, música de la sangre. El ritmo, pues, existe en la voz y en los movimientos del hombre, no por arbitrario capricho suyo, que su poder no llega hasta establecer, fuera del orden de la naturaleza, nada permanente y definitivo; existe en virtud de una ley fisiológica y además de una ley matemática, porque marcar el ritmo, aun cuando éste sea tan amplio y difuso como el del canto gregoriano, equivale en algún modo a contar. El metro es consecuencia del ritmo. Y en cuanto a la rima, que nunca ha sido esencial en la poesía, puesto que, más o menos, hay en todas las literaturas obras superiores compuestas en verso libre, conviene, sin embargo, hacer constar que en las lenguas modernas, en las cuales la cantidad prosódica está casi desvanecida, sirve de útil apoyo para fijar con mayor precisión el valor del ritmo, así como de traba ingeniosa, que cuando se rompe con gallardía, no sólo regala dulcemente el oído, sino que contribuye a aumentar la emoción estética. El niño, por instinto, propende a rimar las primeras frases que balbuce; por instinto también, rima el rústico sus frases y sentencias. El ritmo, el metro y la rima son los vínculos con que la poesía se une a la música, a ese arte divino cuyos secretos ha sorprendido y estudia sin cesar el hombre en la inmensa sinfonía de la naturaleza. Merced a esta conjunción, antes de que los pueblos escribieran su historia, la cantaron; el recuerdo de sus orígenes, las hazañas de sus héroes, la satisfacción de sus victorias, los beneficios de sus dioses, engrandecidos por la poesía han vivido primero en sus canciones que en sus libros. La humanidad, en fin, ha cantado y cantará mientras subsista sobre la superficie del planeta, en los países más salvajes y en los más cultos, en todas las latitudes y en todas las civilizaciones; y para dar a sus afectos cadencia y número, acompasa, mide y rima sus palabras, obediente a la ley de armonía que rige la creación entera.

Más podría extenderme sobre esta materia acerca de la cual tanto y tan bien se ha escrito; pero como, por una parte, los límites de esta disertación no consienten dar mayor desarrollo a las ideas que ligeramente apunto, y, por otra, me asedia el deseo de llegar cuanto antes al fin de mi programa, paso, sin detenerme en nuevos razonamientos, a formular mi juicio, libre de toda prevención de escuela, sobre alguno de los más celebrados poetas de nuestra edad.

Apartándome de la senda trillada, no comenzaré mi examen por Francia, acostumbrada a todas las preferencias, incluso a las de la crítica; porque en muchas cosas, sobre todo en cuanto se refiere a la república de las letras, no siempre la preponderancia política de una nación es legítimo fundamento para su primacía. Francia, por la divulgación de su lengua, por el lugar que ocupa en Europa, por el influjo que tradicionalmente ejerce en todos los pueblos, es hace siglos la maestra del mundo. Ella le impone sus modas, sus sistemas, hasta sus caprichos: aun cuando a menudo los anchos cauces por donde envía a los demás países el caudal de sus conocimientos o de sus gustos, no lleven aguas límpidas y cristalinas, y arrastren en su corriente -como quizás en estos momentos sucede-, el légamo de una civilización que en el exceso de su refinamiento ha llegado a todos los extravíos, a todas las excentricidades y corrupciones de una vejez impúdica y gastada.

Principio, pues, mi estudio por Inglaterra, que en el transcurso de los últimos cien años es, a mi modo de ver, la nación en donde la Poesía lírica se ha elevado a más envidiable altura. Un célebre crítico, coincidiendo con una opinión expuesta por mí hace tiempo,

sostiene, con copia de razones y datos, que los eclipses literarios son rarísimos en la Gran Bretaña y que, merced al aura vivificante de la libertad que todo lo rejuvenece en aquel país, apenas el curso de la vida arrebatada entre sus veloces ondas una generación poética, cuando se ve apuntar por Oriente otra nueva, no menos inspirada que la que acaba de extinguirse. En Inglaterra, como en ningún otro Estado de Europa, la poesía recorre toda la gama del pensamiento, desde las angustias del alma mística que apesadumbrada de las miserias del mundo, vuelve los ojos hacia la patria celestial, hasta los gritos del furor de la materia ensoberbecida que se encara con Dios y le maldice y le execra. «No hay poesía - dice Taine con exacto sentido-, que valga lo que la poesía inglesa; que hable tan fuerte y claramente al alma, ni que la remueva más a fondo, ni que traduzca mejor con palabras, henchidas de ideas, las sacudidas y arrebatos del ser interior.» Su variedad es infinita. ¡Qué diferencia no existe entre las vaporosas creaciones del prerrafaelismo, representado por el pintor y poeta Rossetti, que intenta implantar en la literatura inglesa el espíritu italiano de la Edad Media, con sus figuras de mujer tan suaves y angélicas como si hubiesen sido arrojadas de los cuadros del Giotto; con sus amores platónicos velados en beatíficas alegorías, parecidos a los que inflamaron el corazón del Dante y del Petrarca, con sus imágenes tan intangibles como las ficciones de un sueño y tan transparentes como la claridad de los cielos, en donde, sin embargo, vibra tan hondamente la nota del dolor y de la melancolía del siglo; qué diferencia, repito, no, existe entre esta poesía, y la inspiración turbulenta, panteísta y sensual de Algernon Carlos Swinburne y sus secuaces, en cuyas estrofas, caldeadas por la pasión, se funden por extraño modo las hinchazones huguescas con las reminiscencias clásicas, así como cuantas rebeliones, rencores y tempestades conturban la tierra! Difícil sería relacionar ambas escuelas, por tan inconmensurables abismos separadas, si una numerosa pléyade de poetas famosos no viniera a eslabonar con la graduada variedad de sus tonos líricos los dos términos del espacio abierto entre la musa impíamente revolucionaria de Swinburne y la musa más apacible de Dante Gabriel Rossetti. Destácase entre todos ellos la vigorosa personalidad de Ténnyson, que simboliza, cual ninguna otra, el estado de muchas inteligencias de nuestro siglo, con su ansiedad constante, sus desfallecimientos fugaces, su inagotable misericordia para los débiles y desgraciados, y, más que todo, con su resignada tristeza, propia del inmortal enfermo que se llama el género humano, condenado, según la doctrina pesimista, a vivir al azar y revolcándose sin esperanza de remedio en el duro lecho de su perdurable desventura.

Si el plan que me he propuesto se redujera a exponer y juzgar en conjunto el estado actual de la poesía inglesa, abundantes materiales me suministraría para realizarlo, la rica variedad de caracteres con que, como veis, se ostenta. Pero no es este mi objeto; porque un estudio demasiado detenido acerca del movimiento general de la poesía en la Gran Bretaña, me robaría espacio para bosquejar la expresiva fisonomía de algunos de sus señalados maestros, que si no abrazan y compendian todas las manifestaciones del genio inglés, en tan importante ramo de la literatura, son, sin embargo, su representación más alta o, por lo menos, más moderna.

El primero de todos, por su antigüedad y fama, es el venerable Ténnyson, que inclina la cabeza bajo el peso de los años y los laureles. Es este poeta célebre el vínculo de unión entre el ciclo byroniano y la edad presente. Sus primeros pasos en la senda del arte fueron tímidos e inciertos, y en sus composiciones juveniles descúbrense a cada paso reminiscencias de sus autores favoritos, principalmente de los poetas laquistas, que tanto

influyeron a fines del siglo pasado y principios del actual en el progreso literario de Inglaterra. Poco satisfecho del éxito que lograron sus primeros ensayos, tuvo bastante fuerza de voluntad para guardar silencio durante diez años, al cabo de los cuales el águila ya crecida, habiendo encontrado los verdaderos elementos de su inspiración, levantó majestuosamente el vuelo, libre de las ligaduras que la habían sujetado. Puede decirse que desde entonces entró en plena gloria. Todavía en algunos de sus poemas, como en el indignado canto de Locksley-Hall, percíbese, aunque muy apagada, la nota personal de Byron; pero en los dos tomos que dio a la estampa en 1842, se hallan ya diseminados los gérmenes de su poesía, tan varia, tan dulce y tan armoniosa. Anúnciase en la Muerte de Arturo el poeta épico que posteriormente había de suspender la atención de sus compatriotas con los arcaicos y maravillosos Idilios del Rey, en donde evoca, con la magia incomparable de su estilo, las damas ideales y los caballeros sin tacha de la famosa Tabla Redonda. In Memoriam, breve colección de poesías dedicadas al recuerdo de un amigo querido, el hijo del historiador Hállam, muerto en la flor de la edad y de sus esperanzas, es el arranque impetuoso de un alma que, fatigada de andar a tientas entre las nieblas de la duda, busca, aunque sin dar con ellos, los senderos de la fe. El roble que habla, las Dos voces, Dora y la Reina de Mayo, son como la entrada triunfal que hace el autor en los dominios de la poesía íntima, llena de ternura para todos los dolores con que los desasosiegos de nuestro espíritu, jamás apaciguados, y los rigores de la naturaleza imparable nos acosan y atormentan. Los ayes de la pobre doncella tísica, cuyas doradas ilusiones de amor desvanece la muerte, precisamente para mayor sarcasmo, en los días en que nuestra fría e insensible madre la tierra engalana su seno con las más hermosas flores primaverales; y la conmovedora historia del rudo, pero noble marino Enoch Arden, que se salva del naufragio del mar para perecer en el naufragio de su corazón, cuando al volver de la solitaria roca en que por largos años le tuvieron aprisionado las olas, encuentra ocupado por otro hombre su puesto en el hogar, en el cariño de su mujer y en la memoria de sus hijos; estos dos interesantes poemas, en los cuales las víctimas inocentes de inmerecidas desdichas sucumben amando y bendiciendo la mano invisible que las hiere, muestran entero el pensamiento filosófico de Ténnyson y el estado de su conciencia.

Circula por ambas composiciones, y, más o menos, por todas las que ha escrito en el mismo género, un hálito de melancolía y resignación que, sin llevar el consuelo al afligido, le predispone, sin embargo, a la calma.

Hay en el fondo de ellas, ¿para qué negarlo?, cierto dejo de desesperación tranquila, muy contagiosa en nuestro siglo, en el cual tantos corazones, hartos de luchar en las batallas del mundo, buscan en su mismo recogimiento, no la dicha en que no creen, sino el reposo que la alteración de los tiempos les niega. Almas estoicas, más que egoístas, proceden como el esclavo que, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos contra el poder de un amo implacable, gime en silencio con los desgraciados que participan de su suerte, porque no ha perdido su generosidad ingénita, pero se doblega sin resistencia, sin odio y sin cólera, a la dura servidumbre. Ténnyson es el poeta de la compasión, no el poeta de la esperanza. Aunque claramente no lo diga, a veces se trasluce en sus obras, ya en algunas frases sueltas, ya en exclamaciones que, mal de su grado, se le escapan, su falta de fe en la felicidad humana y acaso en la piedad divina. Tal vez abriga el triste convencimiento de que la humanidad está sentenciada desde su origen hasta el día sin sol en que se agoten en nuestro globo las fuentes de la vida, a seguir su curso tumultuoso bajo la inclemencia de la

naturaleza y la indiferencia del cielo; mas esta convicción no le irrita, ni le exaspera, ni despierta en él los instintos de la fiera incesantemente acorralada. Antes al contrario, acrecienta en su corazón el amor hacia los que soportan el común infortunio de la existencia, y parece como que les dice en sus dulcísimos cantos: ¡Hermanos míos, nuestro mal es irremediable! ¡Llorad y someteos!

Notable contraste forma, según os dije, el genio triste y plácido de Ténnyson con la inspiración de Algernon Carlos Swinburne, que capitanea en el orden literario la falange revolucionaria y materialista en la Gran Bretaña. Este poeta no es un resignado, sino un rebelde que con alborotado acento enciende la sangre, pisotea el principio de autoridad y se revuelve contra Dios. Hay algo de atroz, en su musa, ebria y lúbrica como una bacante. Enamorado hasta el delirio de la revolución social, abrasado en ira contra Cristo, sintiendo todos los acicates de la concupiscencia y todas las delectaciones de la crueldad, Swinburne canta algunas veces como habrían cantado Nerón y Calígula si hubiesen sido poetas; pero en forma espléndida, llena de cláusulas sonoras y de plasticidad tan perfecta, que recuerda las más admiradas estatuas del arte griego. En sus poesías el Himno del hombre, Ante un crucifijo, Mater dolorosa y Mater triumphalis, su impiedad sistemática y su furor contra Dios tocan en los límites de la epilepsia, así como en su poema dramático titulado Atalanta en Calydon, y en Anactoria, la pasión impura, el sensualismo pagano, el desbordamiento erótico adquieren proporciones monstruosas, rugiendo como bestias feroces hambrientas de carne viva. Es imposible que podáis imaginaros, no leyéndolos, los arrebatos con que estalla este frenesí amoroso, parecido a la locura, y si bien con las debidas atenuaciones, me habéis de permitir que traslade a mi discurso la menos escabrosa y cruel de sus estrofas, siquiera para defenderme ante vosotros mismos de la nota de exagerado. «Pluguiera a Dios -dice en Anactoria- que mis labios inarmónicos no fuesen más que labios colgados a los encantos acardenalados de tu blanco y flagelado seno; que en vez de nutrirse con la leche de las musas, se alimentaran con la dulce sangre de tus ligeras heridas...; que pudiera beber tus venas como vino y comer tus senos como miel; que de la cabeza a los pies tu cuerpo se anonadara y consumiera en el fuego del amor, y que tu carne se absorbiera con dolorosos estremecimientos en la mía.» Basta lo expuesto para que se comprenda el carácter, el sentido y las aberraciones de este poeta, que si respondiera sólo a los impulsos de su genio arrebatado, si no le contuviese la sólida educación clásica que ha recibido, si no cubriera las desnudeces de su musa desgreñada con la refulgente túnica de su estilo, no habría conseguido, de fijo, en la meticulosa sociedad inglesa el lugar que, con alguna protesta, ha conquistado. Y paso, porque el deseo de molestaros lo menos posible me obliga a marchar deprisa, a ocuparme en el examen de otro poeta, Dante Gabriel Rossetti, iniciador de la escuela prerrafaelista o estética, el cual ofrece, a lo que entiendo, el caso de atavismo literario más curioso y digno de estudio que registra la historia.

Rossetti, como indica su apellido de origen italiano, es hijo del célebre escritor revolucionario del mismo nombre, a quien las borrascas políticas y religiosas de su patria lanzaron de Nápoles, obligándole a emigrar a Inglaterra en donde se convirtió al protestantismo. Nacido en el seno de una sociedad hostil como la inglesa a las pompas católicas, y educado en edad poco dada a los místicos arrobamientos, Gabriel Rossetti salta, sin embargo, psicológicamente, por encima de las creencias de su país y de su tiempo, y cediendo a los impulsos de la sangre italiana, retrocede en su semejanza intelectual y artística, no a sus abuelos próximos sino a sus antepasados de los siglos XIV y XV. Ni las

frías negaciones de nuestros días, ni la incredulidad burlona de la anterior centuria, ni las austeridades de la Reforma que había abrazado con toda su familia, ni los resplandores del Renacimiento leontino detienen su marcha retrospectiva, y cuando llega, atropellando por todo, al límite de su carrera, siéntese arrebatado por las visiones apocalípticas del Dante, cae en los éxtasis de Fiéssoli y cierra los ojos, deslumbrado ante las creaciones del Giotto. En compañía de estos muertos gloriosos anda, como ellos piensa, con ellos siente y en su estética se inspira. Es un rezagado de la vida, que traspasando los siglos desvanecidos, cruza por el nuestro con el alma cargada de apariciones beatíficas y de alucinamientos celestes. La sorpresa que causó en el mundo de las letras y las artes este recién llegado de los postreros días medioevales, fue inmensa. Su único tomo de versos, titulado Poemas, alcanzó éxito extraordinario, mezcla de curiosidad y sorpresa, y, de la noche a la mañana, viose proclamado apóstol y jefe de escuela. ¿Cómo no habían de maravillarse, no obstante su sentido arcaico, aquellas figuras de mujer, diáfanas como las imágenes pintadas en los vidrios de las catedrales, casi incorpóreas, ceñidas de blancas túnicas flotantes como ráfagas, con la frente orlada de flores místicas y los largos cabellos, parecidos a la espiga madura, cayendo en rizadas ondas sobre sus espaldas; suaves, esbeltas, y como para ocultar sus angélicas perfecciones a los ojos profanos, medio envueltas en nubes de incienso? El sentimiento del amor que despiertan estas formas indecisas, es tan puro como el sueño de un niño; nada hay en él que estimule los apetitos de la materia, y más que el ardiente deseo de los sentidos, es como una tibia evaporación del alma. El poema La doncella bienaventurada, donde se destaca la imagen de la casta y amantísima joven que, inclinándose por fuera de la balaustrada del cielo, ve melancólicamente pasar ante sus ojos, como espirales de humo, los espíritus desprendidos de la existencia terrena, y llora no bien se persuade de que no asciende entre ellos su tierno bien amado, aún no libre del destierro de la vida; este singular poema, iluminado por los resplandores de la gloria, en cuyas estrofas se siente el aleteo de los querubines, el ritmo de los astros y el acordado canto de las vírgenes que rodean el trono de María es, a juicio mío, la manifestación más genial de Gabriel Rossetti. Transpira de sus delicadas estancias, como un perfume, la nostalgia de los cielos, el ansia de volar hacia esa región de venturas eternas, a donde van los que, según su feliz expresión, nacen cuando mueren, y desde donde creía que estaba llamándole sin cesar la única y santa mujer a quien había amado en la tierra.

Debo hablaros también, para completar mi reseña, de un anciano poeta, cuyo estro, contrariando las leyes de la Naturaleza, se ha desarrollado y crecido con los años: me refiero a Roberto Brówning. Casi octogenario, ha conseguido atraer hacia las obras que escribe sentado ya en el borde del sepulcro, la atención y el entusiasmo de sus compatriotas.

Es posible, según dice con mucha razón un crítico eminente, que desde Dante no haya habido en el mundo poeta alguno, incluso Goethe, que haya tenido más comentadores. En todos los pueblos de lengua inglesa, en Europa como en América, se han constituido numerosas asociaciones (Browning'societies), donde se discuten sus poemas, desentrañando su sentido, con tanto ardor como si se tratara de algunos pasajes oscuros de la Biblia o de la interpretación de indescifrables jeroglíficos egipcios.

¿Debe este venerable escritor renombre tan extraordinario a sus condiciones de moralista o a sus cualidades de poeta? No lo sé, ni hay para qué entrar ahora en ese género

de disquisiciones. Diré, sin embargo, por mi propia cuenta, que no siento por él admiración alguna. Creo yo que los poetas, y más en esta edad positiva en que toda alegoría ha perdido su valor y todo misterio su encanto, no deben escribir para ser explicados, sino para ser sentidos. Brówning, gravemente preocupado con los problemas filosóficos y sociales desde un punto de vista puramente ético, se hunde con frecuencia en sus abstracciones, como en un mar sin fondo; es difuso, y poco claro, principalmente para los que hemos nacido en estas benditas tierras del Mediodía, donde la idea, para que llegue a nuestro entendimiento, es menester que vaya impregnada de luz.

Estragadas por las exigencias del público universal, más ávido de gustar el acre sabor de la novedad, por repugnante que sea, que de deleitar su espíritu con obras de verdadero mérito, las letras, y por tanto la poesía, atraviesan en Francia un período de lamentable confusión. Reconozco que el deseo de excitar por cualquier medio la curiosidad del lector indiferente, hastiado o corrompido, es dolencia general en todas las literaturas de Europa; pero en la República vecina, donde la producción es tan enorme, el mal reviste excepcional importancia. Los mercaderes no sólo han invadido, sino que se han apoderado del templo, y en él bulle, gesticula y vocifera una turba codiciosa de dinero, con más amor al negocio que al arte. Verdad es que hay todavía egregios escritores, poco dispuestos a sacrificar su nombre y su conciencia en aras de una reputación tan malsana como productiva -¡lástima sería que no los hubiera!-, pero tampoco es posible negar que el inmoderado afán de lucro ha trastornado en Francia muchos cerebros y muchos corazones.

Dios me es testigo de que no me asusta ninguna doctrina, por atrevida que sea. Participo o no de ella, y la defiendo o la impugno, con la vehemencia que nace de mi temperamento, si bien la tolerancia está tan arraigada en mí, que nunca se me ha ocurrido reclamar para la que me desagrada, ni siquiera para la que me indigna, los rigores de la proscripción. Creo firmemente que los principios, como los hombres, tienen sagrado derecho a la vida. Cuando son falsos o absurdos, cuando no satisfacen las necesidades del espíritu o van contra la ley natural, mueren sin necesidad de que la policía los persiga, el tribunal, los juzgue y el verdugo los extermine. Sólo pido a aquellos que los profesan sinceridad y buena fe, y esto es, por desgracia, lo que más escasea, no sólo en la poesía, sino en todos los ramos de la literatura francesa contemporánea. Los escritores de París, que es el bazar intelectual del mundo, fabrican libros como cualquier otro artículo de comercio, más atentos al gusto del comprador que al suyo propio. No se cuidan de lo que sienten, sino de lo que sienten los demás, y según son los caprichos del mercado, así producen obras groseras o pulcras, sentimentales o inmundas. La cuestión para ellos es vender, y vender mucho, y vender pronto. Sin ir más lejos, Zola, el apóstol del naturalismo experimental, exagera su propio sistema porque no le siente, extrema la fría obscenidad de sus obras porque carece de ella; y como hay en su ser algo que es refractario a los mismos principios que proclama, a lo mejor, infringiendo los cánones de la escuela que ha fundado, se le escapa el acento idílico en la Culpa del abate Mouret, el simbolismo en Nana, y la nota romántica en los últimos capítulos de Germinal. El poeta Richepín, especie de ogro, amamantado a los pechos de una civilización gastada, turanio, como él mismo se llama, pero turanio de pega, saturado de retórica clásica, y genuino representante del epicureísmo baudelairiano en su última degeneración moral, sufre también la fascinación del éxito o el acicate de la codicia, y prostituye su musa, lanzando sus Blasfemias a los vientos del escándalo. Mas como no escribe lo que piensa, ni expresa lo que su corazón le dicta, sus apóstrofes son pueriles

como las amenazas de un chico, su impiedad es de relumbrón como un disfraz carnavalesco, y su lascivia la de un colegial que se las echa de corrido: sucia y mal hablada. Comparad, señores, el vocinglero aturdimiento de Richepín al increpar a Dios y revolverse contra las leyes divinas y humanas, con el lenguaje plácido y majestuoso en que Shelly expone su ateísmo y Leopardi su amor a la nada, y decidme francamente si al mismo tiempo que excitan vuestra risa las maldiciones ruidosas, las protestas campanudas y las burlas soeces del vate francés, no sentís que los cantos sublimes de aquellos eximios poetas os traspasan el corazón como una espada. ¿Y sabéis por qué? Porque de ellos rebosa un convencimiento, quizás equivocado, pero profundo; mientras que de las estrofas de Richepín, brota el negocio bajo su aspecto más cínico y aborrecible. No son más con todos sus primores, que un artículo de última moda, artificiosamente preparado por el instinto de la especulación, ávido y sin conciencia. Vuelvo a repetirlo: el ansia de alcanzar notoriedad a toda costa, como el mejor camino para llegar rápida y fácilmente a la fortuna, ha perturbado en Francia los entendimientos más claros, y es el origen, no sólo de su corrupción intelectual, sino de las extravagancias apenas concebibles en que va insensiblemente cayendo.

Ahí está, para no dejarme mentir, entre otras muchas sectas poético-artísticas a cuál más alambicada, la llamada escuela del decadentismo (según ella misma se apellidó, en un arranque de raro buen sentido), que como legítima heredera de los refinados parnasianos y adoradores de la rima rica en oposición a la rima natural, priva hoy en una gran parte de la juventud poética de la nación vecina, publica revistas en las cuales menosprecia todo el caudal poético de Francia como contrario a las nuevas reglas que proclama, e inunda el mercado de tomos de versos tan absurdos por su fondo como por su forma. No recuerdo género alguno de gongorismo que se acerque al de estos iniciadores. Ellos han roto con el ritmo, el metro, la rima, la sintaxis, hasta con el léxico de la lengua francesa, descubriendo sutilmente en los vocablos una doble o triple naturaleza simbólica, ni siquiera sospechada antes de la aparición en el campo literario de estos iluminados reformadores. No es tan sólo la palabra, como hasta ahora habían creído los simples mortales, el medio por el cual el pensamiento encarna y se exterioriza -acaso en este sentido es como menos valor tiene-, la palabra es sobre todo, para los culteranos del día, color, aroma, nota musical y figura geométrica. Hay, según ellos, palabras rojas, palabras azules, palabras amarillas, palabras verdes, violáceas, de todos los matices; las hay también ondeadas, rectas, circulares, planas, otras que contienen el olor del jazmín y de la violeta, del mar, de la carne femenina, de la tierra húmeda, y por último, muchas con bastante tonalidad para solicitar un puesto por derecho propio en el pentagrama. Con todos estos elementos exquisitamente combinados, escriben poesías, por lo menos así las llaman, en las cuales, sin que el lector se tome la molestia de leerlas -es el colmo de la felicidad- conoce de qué se trata, y sabe, si la escena pasa en un jardín, qué árboles le dan sombra, qué flores le perfuman, qué avechillas le alegran, qué cielo le cubre y qué personas le animan. Pedir más es gollería; como que cogiendo cualquier mortal el volumen de uno de estos vates quintaesenciados puede saturar su alma de poesía, sin más que mirarlo, palparlo y olerlo. Tal vez leyéndolo, es como menos lo entienda.

Sin embargo, en medio de tantas extravagancias y perversiones del gusto y de la moral, originadas por el exceso de la competencia, Francia, gloriosa madre de grandísimos ingenios, puede mostrar en nuestros tiempos a la consideración y al respeto de las gentes,

escritores, artistas y poetas de inestimable valía. Mas suponiendo que atravesase por un período de relativa esterilidad, la tierra que en la sucesión de tres centurias ha dado al mundo tantos y tan excelsos maestros en todos los órdenes de la actividad humana, tiene derecho, sin menoscabo de su fama, a reposar de su largo alumbramiento. No cuenta Francia en la hora presente con poetas de la talla gigantesca de Víctor Hugo. El eco, al repetir todavía el acento ensordecedor de aquel genio singularísimo, fecundo y desigual, que con las alas de la antítesis y de la hipérbole, ha recorrido los círculos de lo bello y de lo deforme, de lo grande y de lo pequeño, de lo sublime y de lo monstruoso, ahoga y apaga con su resonancia póstuma las voces de los demás poetas franceses. A semejanza de los ríos caudalosos que, impulsados por la fuerza de su corriente, entran en el mar y prolongan largo trecho su marcha por encima de las olas, aquel desordenado e impetuoso raudal lírico flota aún y resuena sobre el abismo de la eternidad en que con tanto estrépito se ha precipitado. Es preciso, pues, para apreciar con imparcialidad el valor y la importancia de los poetas franceses del último tercio de nuestro siglo, apartar ante todo la memoria, no tanto de la estatura real, cuanto de la que un pueblo fanatizado atribuye al ídolo que ha perdido, la cual con el transcurso de los años, quedará reducida a proporciones siempre extraordinarias, pero menos colosales.

Empezaré mi ligera reseña por Leconte de l'Isle, heredero de Víctor Hugo en la Academia Francesa, por sus merecimientos propios y la recomendación especial del maestro; cosa, en verdad, extraña, porque su protegido simboliza la reacción más radical contra las exageraciones románticas, que habían poblado el teatro, la novela y la poesía, de seres imaginarios, inverosímiles y absurdos. Mentira por mentira, ficción por ficción, Leconte de l'Isle prefiere la helénica, donde al menos encuentra el arquetipo de la belleza eterna y la serena plasticidad de la forma.

Pero él también extrema su doctrina, imponiendo a la poesía, para devolverla el reposo que ha perdido, la rígida inmovilidad de la muerte. Sostiene Leconte de l'Isle que la poesía descende de su pedestal y se degrada viviendo la vida humilde y participando de los sentimientos de los mortales. Según él, debe mostrarse ante el dolor humano tan desdeñosa e insensible como la naturaleza y los dioses. Es de esencia divina, y la dignidad de su alto origen, la obliga a permanecer alejada de las miserias terrenas. Prescindiendo de todo aparato retórico, esto significa una violenta regresión a la suprema indiferencia que caracteriza en la historia el primer período del Renacimiento, sólo que con una circunstancia agravante en contra del poeta francés: es a saber, que el Renacimiento pecó por omisión involuntaria, y él peca por cálculo. Compréndese que, al despertar de la terrible noche de la edad media, el arte, tan rudo como el mundo de donde salía, quedase atónito y deslumbrado ante aquel refulgente sol grecolatino, que de improviso hería sus ojos, y se concibe también que arrobado en la contemplación de un espectáculo para él tan nuevo como majestuoso, se olvidase por un momento de todo cuanto le rodeaba para no ver ni sentir más que la suavísima luz y la dulce música que le penetraban y envolvían. Pero en nuestros tiempos, cuando el escalpelo y la piqueta, es decir, el análisis y la crítica van reduciendo de día en día el campo de la ficción, cuando apenas nos deja conciliar el sueño el ruido de las cosas que a nuestro lado se derrumban, cuando el suelo removido vacila bajo nuestros pies, y no llega a nuestras almas doloridas sino confusamente el resplandor de los cielos, hay algo de vanidad inocente en el propósito de querer apartar nuestro espíritu de la triste realidad que nos acosa y en pretender distraer nuestra creciente incertidumbre con

fábulas en que no creemos y con tragedias teogónicas que no sentimos. No: en todas las edades; pero particularmente en la nuestra, no hay para el hombre nada tan superior y tan interesante como el hombre mismo: fuera de él, todo es abstracción y sombra.

Hay en la obra de Leconte de l'Isle, fundada en un sistema, a mi entender completamente erróneo, magnitud de pensamiento, corrección de líneas, riqueza descriptiva, número en el metro y abundancia en la rima; lo único imposible de hallar en ella es la vibración de la vida. No conozco en literatura alguna poesía más monumental que la que someramente juzgo; algunas de sus descripciones, acaso las mejores, parecen altos relieves de la Hélade o de la India; sus figuras, sin músculos, sin nervios ni sangre, tienen la inquietud y el pulimento de las estatuas de mármol, y cuando considero la obra en conjunto me produce el efecto que me causaría un templo magnífico en donde no habitasen ni dioses ni hombres, iluminado por un sol esplendoroso que no calentara. Confieso, pues, que este famoso escritor con su grandiosidad, semejante a la de una cumbre nevada, me impone respeto, pero no me atrae ni me seduce.

La veneración de Leconte de l'Isle por el arte griego en su primitiva belleza, llega hasta la idolatría, conduciéndole al extremo de calificar de bárbaras todas las obras del ingenio que no se ajustan exactamente al molde de Homero y Esquilo. Podría afirmarse que para él la tierra quedó desierta, el cielo silencioso y el Parnaso vacío, desde que aquellos excelsos poetas callaron.

Extranjero en su propio siglo y ajeno por sistema a todas sus agitaciones, gózase ahondando en los misterios de las teogonías antiguas, y sólo le place pasear con los dioses, ya bajo los pórticos atenienses, ya en las sagradas selvas del Indostán, o ya entre las brumas tempestuosas del Norte. En este punto, su frecuente comunión intelectual con la mitología, y, sobre todo, con los adoradores de Brahma, ha impregnado su poesía de un sentimiento panteísta que concuerda con las tendencias del pesimismo contemporáneo: el deseo de eterno reposo en el seno de la naturaleza, a la vez absorbente y creadora, en donde toda la voluntad se anula, el hombre deja de ser hombre y acaba al fin por confundirse con la divina esencia de la sustancia universal. Sólo por este lado, es decir, por el más metafísico y menos comprensible para la multitud, coincide Leconte de l'Isle, sin buscarlo, con una de las corrientes filosóficas de nuestros tiempos, acaso con la que mejor expresa el amargo desencanto y el cansancio intelectual de nuestra civilización febril y vertiginosa.

Mucho original ha escrito y mucho ha traducido el poeta de quien trato; pero las obras que le han granjeado sólido crédito en la república de las letras son tres tomos de versos en los cuales ha recocentrado su estética reformadora: los Poemas antiguos, los Poemas bárbaros y los Poemas y Poesías. A pesar de la alteza de su numen, generalmente reconocida, Leconte de l'Isle no es popular, y se explica bien que no lo sea por las razones que he expuesto al formular mi juicio sobre sus teorías literarias. El alejamiento voluntario y hosco de las realidades de la vida a que se ha condenado, le aísla entre la muchedumbre, a quien habla de cosas que no le importan y en un lenguaje que no entiende. Si de pronto sobreviniese la ruina total de nuestra civilización a consecuencia de un cataclismo tan violento como la irrupción de los bárbaros, y si pasada la tempestad, las generaciones futuras intentasen reconstituir para la historia aquella sociedad arrasada por la catástrofe, al dar entre los escombros con las obras perdidas de Leconte de l'Isle, difícil sería que

pudieran averiguar por el contenido de ellas, el tiempo y las circunstancias en que su autor había florecido. Hasta tal punto es impersonal e indiferente.

Francisco Coppée, miembro desprendido del Cenáculo Parnasiano, cuya influencia sólo se deja sentir en él por su refinado amor a la rima nítida y acendrada, después de haberse contado en los primeros años de su juventud entre los más fervorosos discípulos de Leconte de l'Isle, fue el poeta que antes se apartó del espíritu y de los procedimientos de su maestro. Leconte de l'Isle husmea su inspiración entre los escombros del Olimpo devastado, Coppée la encuentra en la bullente variedad de la vida contemporánea; agrádale sólo a Leconte de l'Isle, como he tenido ocasión de manifestaros, conversar con los dioses, a Coppée le atrae la dulce intimidad con los humildes y los desheredados de la tierra; Leconte de l'Isle es impasible como la fatalidad griega, y Coppée tierno y conmovedor como un raudal de lágrimas. No levanta mucho el vuelo, pero se sostiene con cierta majestad, y si no siempre es verdadero, pocas veces deja de ser humano.

La popularidad de este poeta, que cifra su mayor gloria en la sencillez, es grandísima, y ha llegado hasta nosotros, merced a la excelente traducción que de algunas de sus obras ha hecho uno de los más jóvenes cultivadores de la musa española. Esto, en cierto modo, me dispensa de entrar en más pormenores acerca del autor de *El Relicario*, de *las Intimidaciones*, del *Confíteor*, de *la Huelga de los Herreros* y de tantas y tantas joyas en que la emoción desborda como el licor de una copa demasiado llena; pero no sin que reconozca, antes de pasar a otro asunto, la justicia con que ocupa uno de los primeros puestos entre los poetas franceses de la nueva generación.

Con pena prescindo del delicado, melancólico y profundo Sully Prudhomme, que comparte con Coppée la predilección del público francés, así como de otros poetas que merecerían también el saludo de mi crítica. Pero mi trabajo, que daría materia para un libro, crece como la marca bajo mi pluma, y, bien a mi pesar, me veo constreñido a proseguir en mi tarea sin detenerme, impulsado por la urgencia. Diré sin embargo, para concluir, que la índole de la poesía francesa es hoy, en general, algún tanto afeminada e histérica; que el trono elegíaco predomina demasiado en ella, como es natural, aunque sensible, que suceda en una sociedad donde el árbol de la esperanza va quedándose desnudo de hojas, y por último, que si no renuncia a sus sutiles atildamientos, está expuesta a rodar hasta el fondo de su ya iniciada decadencia.

Voy, pues, cumpliendo mi empeño, a formular mi opinión sobre la literatura rusa, en particular sobre la poesía, que ha sido hasta hace poco tiempo desconocida. Los tenebrosos crímenes que han ensangrentado y ensangrientan el vasto imperio moscovita, cometidos por algunas de sus innumerables sectas religiosas, políticas y sociales, cuya formación se debe, quizás por iguales partes, a los rigores del clima, a las asoladoras doctrinas del materialismo contemporáneo, a los estragos morales ocasionados por una prolongada opresión, y a los alucinamientos místicos, propios de una raza semiasiática, empezaron a excitar, no sin razón, la curiosidad de Europa. Pero el exaltado patriotismo francés, que ansioso de contar con el eficaz auxilio de Rusia, en la contingencia de guerras más o menos inmediatas, acaricia, abulta y ensalza cuanto procede de tan lejana región, es, o mucho me engaño, la causa que más ha contribuido a despertar la atención del mundo sobre los sucesos, las obras y los hombres de aquel enorme Estado.

¡Ay!, hace mucho tiempo que en ese inmenso calabozo, sin aire y sin luz, la poesía, si no ha muerto, ha enmudecido. En los albores de nuestra centuria, cuando las ideas de libertad y progreso, llegaron a las puntas de las bayonetas de Napoleón I, hasta el corazón de Rusia, la poesía sintió de improviso correr por sus debilitadas venas el fecundo torrente de la savia primaveral. Dos inspirados jóvenes, que había formado la musa de Byron, entonces dominadora, abrieron con páginas de oro el libro de la lírica rusa, tal vez poco original en un principio, pero exuberante y desordenada como la vegetación de los trópicos. Era la hora de las ilusiones. Pronto el cansancio de una lucha estéril contra la resistencia cada vez más obstinada de las clases populares a entrar en el concierto de las naciones de Occidente, y la brutal persecución con que el despotismo se impuso a las tendencias innovadoras, apagaron el ardor de la juventud inteligente que había soñado con la regeneración de la patria.

El menosprecio en que fueron cayendo los principios que tan calurosamente había abrazado la parte más ilustrada de la sociedad moscovita; el espectáculo de los demás pueblos de Europa, desgarrados por las facciones; y, algunos años después, las consecuencias de la guerra de Crimea que, enardeciendo el patriotismo de la multitud, afirmó en la opinión y en el poder el predominio del viejo partido ruso, opuesto a todas las reformas, torcieron la dirección que aquel pueblo había parecido tomar, y la poesía, principal promotora del movimiento fracasado, se encerró en el silencio más absoluto: porque las aves, cuando están tristes, no cantan.

Desde entonces hasta nuestros días, la enfermedad intelectual y social de Rusia ha ido agravándose, y bajo el yugo de un despotismo incurable, podría decirse que el pueblo ruso se ha vuelto loco. Su facultad soñadora se ha atrofiado, porque nadie sueña entre los horrores del tormento, y la actual generación ha renunciado por completo en sus relaciones con la autocracia a toda idea de transacción y de paz de suerte que ya no hay en Rusia más que rebeldes o resignados, pesimistas o místicos. Aguijoneada por los dolores del mal que la aqueja, no siente los placeres de la imaginación, ni encuentra en ellos lenitivo a sus crecientes angustias; busca remedios, remedios por todas partes, remedios a toda costa, y su literatura, respondiendo a esta necesidad generalmente sentida, se ha transformado en inmenso laboratorio donde todo se sujeta al análisis, al experimento y a la disección. Pero a medida que adelanta en su estudio, su esperanza ya amortiguada, va disipándose más, y el nihilismo revolucionario y el nihilismo místico van apoderándose de su conciencia. ¿Qué amor puede tener a una sociedad en cuyo áspero engranaje, siempre en movimiento, deja deshechos su cuerpo y su alma? Cuando un pueblo llega a tal estado, no tiene razón de ser la poesía; el único género posible en su literatura es la novela social, donde le sea fácil ver y comprender hora por hora, minuto por minuto, los síntomas y los progresos de su cruel dolencia.

Un poeta ¡uno solo!, consigue todavía en medio de esta espantosa tribulación de los espíritus, hacerse oír con respeto de sus conciudadanos, y su voz, que permanece fiel a los altos destinos de la poesía, es voz de confortación y confianza. Apolo Maïcof, poeta esencialmente cristiano, se levanta con tranquila filosofía sobre el mortal desaliento o la ira demoledora, y condena ambos extremos como manifestaciones distintas de un mismo mal: la debilidad del ánimo. Saber resistir, saber perdonar, y, en último caso, saber morir, son para él los supremos problemas de la vida. El drama Tres Muertes, que pasa por ser una de

las obras maestras de Maïcof, desarrolla en forma enérgica y concisa este pensamiento, que después vuelve el autor a reproducir con mayor riqueza de pormenores, en otro poema del mismo género, titulado Los dos mundos. En el primero de estos dramas, no escritos para el teatro, el filósofo Séneca, el epicúreo Lucio y el poeta Lucano, complicados en una conspiración y condenados por Nerón a muerte, conversan por última vez mientras llega la hora del sacrificio, y expone cada cual, con admirable claridad, sus opiniones, sentimientos y creencias. Séneca, impasible, proclama, en un arranque lírico de extraordinario vuelo, la inmortalidad del alma; Lucano duda, se desespera y procura, aunque inútilmente, su evasión, y Lucio interviene en el diálogo de sus compañeros, o mejor dicho, le corta con sus escépticas y sarcásticas interrupciones. Un alumno predilecto de Séneca entra a verle a la sazón; refiere que una esclava ha sufrido las mayores torturas sin delatar a ninguno de los conjurados, y Lucano, al oírle, pasando, como todas las almas débiles, del decaimiento a la exaltación, teme parecer más cobarde que una mísera sierva, y en un arrebato de ira se da la muerte. Lucio, sin ilusiones y sin fe, muere burlándose como ha vivido, y sólo Séneca, que representa en este poema la fortaleza del varón constante, se salva. Antes que tan inesperado desenlace termine la obra, Séneca exclama con ánimo sereno: «He perseguido en mi vida un solo fin, difícil de alcanzar: toda ella ha sido para mí hasta ahora una escuela de moral, y la muerte será mi última lección. Es ésta una letra nueva en el eterno y extraño alfabeto de lo desconocido; es como el principio de una causa infinita cuyo sentido misterioso empiezo a desentrañar. Mi camino ha terminado, ¿qué importa? Por la vida se va a la eternidad, y ya columbro desde el umbral de la noche, la aurora de nuevas existencias. No estoy al borde de la muerte, sino al borde de la resurrección.»

El mismo tema renace, como os he indicado antes, en los Dos Mundos, que, según la opinión unánime de la crítica, es la obra capital de Maïcof: sólo que el problema se plantea, no ya entre algunas víctimas cuidadosamente escogidas por la tiranía, sino en el ancho escenario de la humanidad, y entre dos civilizaciones rivales.

El poeta pone frente a frente la vieja y materializada sociedad romana, en cuya inteligencia se han extinguido todas las energías morales, y la humilde legión de Cristo, reclutada en las ergástulas, escondida en las catacumbas y diezmada en los circos, pero sobre la cual ha descendido el espíritu de Dios. Desarróllase el grandioso cuadro durante las horribles persecuciones neronianas, que alcanzan con tanta furia a los oprimidos como a los opresores, y unos y otros, aventados por la demencia del déspota, van, como leve hojarasca, arremolinados y revueltos hacia su trágico fin; pero ¡de cuán diferente manera! Los desalentados, los incrédulos y los corrompidos, mueren sin dejar detrás de sí más que el rastro de sangre, como reses degolladas en el matadero, mientras los hombres de fe, los animosos y los purificados, mueren sentando las bases de una nueva y robusta civilización. ¿No es verdad que éstas son las enseñanzas viriles con que la poesía debe sacudir y despertar la voluntad enervada de los pueblos que, como el ruso, fluctúan entre la desesperación y el abatimiento? Porque, o yo me equivoco mucho, o no es infiltrando en la conciencia de los hombres la idea de que la libertad moral es vago fantasma de su deseo, ni convenciéndoles de su impotencia definitiva para quebrantar las cadenas con que los esclavizan fatal e irremisiblemente las leyes de la naturaleza, los vínculos de la sociedad, su propio organismo, la configuración de su cráneo, hasta la sangre que circula por sus venas, como se les prepara e infunde valor para las grandes batallas de la vida.

Pero me acerco al término de mi discurso, y es menester que ponga fin a mis observaciones críticas sobre algunos de los más famosos líricos contemporáneos. No sin esfuerzo renuncio a emitir mi juicio sobre los poetas alemanes Federico Rodenstedts y Roberto Hemerling, que figuran en el lugar más alto del Parnaso germánico, el primero por su colección de apasionados versos titulada Mirza Schaff, en la cual se respiran las brisas embalsamadas de Oriente, y el segundo por sus narraciones épicas Ashavero, El Rey de Sión y Herman Lingg, en donde traza con gran pujanza de genio los más sombríos cuadros de la historia. Pero aun cuando no sea más, quiero aprovechar la oportunidad con que la índole de mi trabajo me brinda, para consagrar cariñoso recuerdo a otro poeta distinguido, nuestro buen amigo Juan Fastenrath, que tanto ha hecho por las letras españolas, popularizándolas en su patria, y que ha iluminado el cielo de la poesía alemana con un rayo del sol de nuestra hermosa Andalucía.

No obstante la presión que sobre mí ejerce el propósito de no fatigar por más tiempo vuestra paciencia, sería imperdonable que olvidase en mi desaliñada reseña al célebre italiano Josué Carducci, jefe y maestro de la novísima escuela de Bolonia, y en quien, por rara coincidencia, se amalgaman la inspiración del poeta y la perspicacia del erudito, sin que cualidades, al parecer tan contradictorias, se perjudiquen ni estorben. Carducci maneja su dulcísima lengua como si fuese blanda cera, y ha llegado a escribir como Horacio escribiría si pudiese volver a platicar con las musas bajo las frondosas alamedas de Tíbur. Enamorado de las formas clásicas como Leconte de l'Isle, tiene sobre el poeta francés la doble ventaja de crear la belleza en un idioma más armonioso y flexible para el metro, y de haber abierto su entendimiento y su corazón a las tumultuosas pasiones de su siglo. Vate profundamente pagano y latino, daría la parte más apreciada de su gloria por resucitar a Júpiter, si esta empresa no fuese, por lo menos, tan temeraria e imposible como la de matar a Cristo. Sus Odas Bárbaras pusieron el sello a su reputación, que ya había iniciado por toda Italia con el Himno a Satanás, en cuyas estrofas, cortas e incisivas como un dardo, canta las excelencias de la razón, emancipada de todo yugo, y ensalza su rebeldía.

Aquí, señores, doy por terminada mi tarea. En la rápida e incompleta excursión que hemos hecho por el campo de la poesía, habréis observado la sumisa complicidad de las musas con todas las tendencias materialistas de la época. Los más excelsos poetas se han puesto a su servicio, y la resistencia que ofrecen todavía algunos, es semejante a la del valeroso soldado de un ejército vencido y disperso, que prefiere la muerte a la ignominia de rendir las armas.

Esto revela hasta qué punto el contagio se ha propagado y extendido, porque cuando la poesía, acostumbrada a volar por las alturas, no ha podido preservarse del mal, es porque los miasmas han envenenado todo el aire de la tierra. Es evidente que el equilibrio de la conciencia se ha roto; que la bestia ha prevalecido sobre el ángel, y que como consecuencia de este predominio, el libre albedrío aparece cada día más confuso, cuando no más anulado. Un fatalismo reflexivo que enerva las voluntades y debilita los caracteres, se ha apoderado del mundo intelectual, y se refleja en las más importantes manifestaciones del arte contemporáneo, singularmente en la literatura que es la gran vulgarizadora de todas las ideas. Las ilusiones de la vida y las piadosas promesas del cielo parecen haberse desplomado sobre muchos entendimientos superiores, acaso sobre los que más influencia

ejercen en las generaciones actuales, y su voz llega a nuestros oídos como saliendo de entre los escombros de todo cuanto hemos creído, amado y reverenciado.

¿Qué nos queda ya de nuestro patrimonio divino? Nada más que la incierta vida; todo lo demás nos lo han arrebatado, y estamos reducidos a la última indigencia. Empezamos a ahogarnos en el seno de una civilización que nos deslumbra con sus inventos, sus maravillas y sus magnificencias; pero que al mismo tiempo nos roba el alma, y sentimos ya que vale mucho menos lo que nos da, que lo que nos quita.

Por eso, en medio de todas las grandezas de nuestro siglo, la melancolía nos acompaña a donde quiera que dirigimos nuestros pasos; es como la sombra de nuestro cuerpo, o más bien, es la única almohada en donde reposa nuestra frente abrumada de pensamientos oscuros. La humanidad ha perdido sus alas, y marcha por caminos desconocidos, sin saber adónde. Pero como no puede seguir por estos derroteros sin caer en la más desconsoladora atonía moral; como no es fácil que se resigne a sacrificar dentro del triste fatalismo científico en que va hundiéndose gradualmente, la austera responsabilidad de sus actos, que tanto la dignifica como no es racional que semejante estado, puramente patológico, se prolongue de un modo indefinido, porque todo ser organizado, individual o colectivo, propende, mientras alienta, a expeler el elemento morbosos que le daña, yo os anuncio con fe profunda una próxima y regeneradora reacción, que iniciará, como siempre, la poesía.

No sé en qué forma, no sé cuándo; pero es para mí seguro que el día menos pensado el cielo derramará la benéfica lluvia del ideal sobre nuestras almas agostadas.

No lo dudéis: la hora de la redención se acerca. Siéntese ya el batimiento de alas de la poesía que, como celeste precursora, vendrá a calmar las tristezas del mundo con el himno inmortal de la esperanza. «Creo -nos dirá apaciguando con sus suavísimos acentos nuestras zozobras-, creo en la fuerza del espíritu y en las victorias de la ciencia; creo en fines altos, sacros y lejanos, creo en la fraternidad de los pueblos que, de siglo en siglo, se transmiten su pensamiento; creo en el bien que, con la blanca frente coronada de rayos, bajará a curar las heridas de las almas y a disipar las tinieblas de la tierra; creo en las flores de la esperanza que crecen en los sepulcros; creo en el progreso necesario de la humanidad hacia los eternos ideales de la justicia; creo que los hombres no están perpetuamente sometidos al error, aunque muchas veces, antes de lograr la verdad, pasen por negras aflicciones y estrechen entre sus brazos sombras vanas; creo en el vuelo del alma que nunca se está quieta; creo en el libre albedrío de los hombres y de los pueblos; creo, finalmente, en Dios.» HE DICHO.

Raimundo Lulio

A un amigo de la infancia

Acoge cariñoso,  
como sencilla ofrenda que tributo

a nuestro antiguo afecto,  
mis pobres cantos de Raimundo Lulio.

Esta doliente historia 5  
encierra un grave pensamiento, obscuro  
quizás, porque mi musa  
ni engrandecerle ni aclararle supo.

De la atrevida ciencia  
que huye de Dios, y en su rebelde orgullo, 10  
con sus fulgores sólo  
quiere llenar los cielos y los mundos;

de esa ciencia a que rinde  
la vanidad del hombre ciego culto,  
y que persigue siempre 15  
con sacrílego afán y ardor impuro;

por quien, obedeciendo  
de su apetito al indomable impulso,  
mancha las sacras aras  
y a Dios disputa su poder augusto: 20

en Blanca, en esa hermosa  
Blanca, sueño y delirio de Raimundo,  
el símbolo terrible,  
el triste emblema presentar procuro.

¡Ay!, cuando devorado 25  
por insaciable sed, loco y convulso  
piensa alcanzar el hombre  
de su soberbia el anhelado fruto;

¿qué encuentra? Eterna duda,  
eterno hastío entre el placer oculto, 30  
y, bajo regias galas,  
la horrible podredumbre del sepulcro.

Mas, no porque condene  
éso que errores de la ciencia juzgo,  
para extirparlos pido 35  
el auxilio sangriento del verdugo.

Impuestas por la fuerza,  
o por la vil superstición del vulgo,  
odiosas me serían  
la verdad y la fe que ansioso busco. 40

Hijo soy de mi siglo,  
y no puedo olvidar que por el triunfo  
de la conciencia humana,  
desde mis años juveniles lucho.

Por bárbaro rechazo 45  
de la brutal intolerancia el yugo,  
y quiero en campo abierto  
libremente lidiar con el absurdo.

### Canto primero Profanación

Como el radiante sol cuando declina,  
la vida con sus últimos reflejos  
nuestros fríos recuerdos ilumina,

y vemos todos al llegar a viejos,  
el muerto bien que la memoria guarda 5  
más rico de color cuanto más lejos:

hoy que la edad me postra y acobarda,  
mi pasada ilusión cruza furtiva,  
al través de los años más gallarda.

¡Oh visión misteriosa y fugitiva, 10  
que remontaste apresurada el vuelo  
al centro de la luz eterna y viva!

¡Oh Blanca mía! ¡Oh Blanca de Castelo,  
a mis ojos tan casta y luminosa  
como las mismas vírgenes del cielo! 15

Resplandecían en tu faz hermosa  
el ampo de la nieve inmaculada  
y el matiz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,  
tan intensa su luz, que sus destellos 20  
penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos

como rayos de sol entretrojados,  
para que el alma se prendiera en ellos.

Y estaban mis potencias y sentidos 25  
suspensos del aliento de tu boca,  
tierno regazo de ósculos dormidos.

Te vi y te amé con la pasión más loca  
que puede contener el alma humana  
cuando en la altura de sus sueños toca. 30

¡Cuántas veces al pie de tu ventana,  
siempre cerrada para mí, llorando  
me sorprendió la luz de la mañana!

Jamás tu acento melodioso y blando  
dio forma a una promesa lisonjera, 35  
y entre el cariño y el temor luchando,

a un tiempo mismo generosa y fiera,  
parecían decir a mi deseo  
tus Ojos: -¡nunca!-, y tu silencio: -¡espera!

¡Ay, qué terrible incertidumbre! Creo 40  
que es menor la ansiedad, menor la duda  
con que el fallo mortal aguarda el reo.

Mas siempre, siempre en la contienda ruda  
de mi invencible amor, sombra querida,  
te hallé a mi ruego impenetrable y muda. 45

¡Qué miserable vida fue mi vida!  
Brotaban los sollozos de mi pecho  
como estalla la llama comprimida.

Y de noche, agitándome en el lecho,  
de día, persiguiéndote incesante 50  
con la torpe insistencia del despecho,

cuanto menos querido, más amante,  
miraba transcurrir, ardiendo en ira,  
como un siglo de angustias cada instante.

¡Qué solitario y tétrico suspira 55  
el corazón que osado se levanta  
y en su delirio a lo imposible aspira!

La esperanza del hombre es arpa santa:  
pulsas la fe sus cuerdas, y sublime  
en medio del dolor, preludia y canta. 60

Mas si con mano bárbara la oprime  
el vil recelo, estéril y cobarde,  
en medio del placer, se rompe y gime.

Haciendo de mi amor público alarde,  
por las calles de Palma te seguía 65  
una tarde de abril. ¡Qué hermosa tarde!

El sol su excelsa majestad hundía  
en el seno del mar, con sus fulgores  
arrebolando el término del día,

y llenaban el aire esos rumores 70  
que despiertan, abriendo su capullo  
a los besos del céfiro, las flores.

De las palomas el sentido arrullo,  
el sonoro bullir de las corrientes,  
del viento y de las hojas el murmullo, 75

todo inspiraba al corazón ardientes  
y tenaces deseos; todo amaba,  
auras y flores, pájaros y fuentes.

En árabe corcel, que levantaba  
nubes de polvo al estampar su huella, 80  
y el duro freno indómito tascaba,

en pos de ti, que pudorosa y bella  
recatabas la faz, con paso lento  
iba yo a impulsos de mi negra estrella.

Súbito, arrebatado pensamiento 85  
turbó mi juicio y removió las heces  
de mi amargo pesar y mi tormento;

recordé con furor tus esquiveces,  
sentí en el corazón la mordedura  
de la sospecha ruin, una y mil veces, 90

y, descompuesto, ciego, en mi locura  
al inquieto corcel piqué la espuela,  
para alcanzar por fuerza mi ventura.

Tú, como el ave que azorada vuela,  
lanzaste un grito de terror: el grito 95  
de la honrada virtud que se rebela.

Sin duda el hondo torcedor maldito  
que excitaba mi afán y mis enojos  
debiste ver en mi semblante escrito,

porque cayendo atónita de hinojos, 100  
rígida y sin color como una muerta  
volviste a mí los espantados ojos.

La calle estaba, por tu mal, desierta,  
y ya creía en mi febril anhelo  
fácil el triunfo y mi ventura cierta, 105

cuando de pronto, alzándote del suelo,  
hacia una iglesia gótica cercana  
avanzaste veloz, clamando al ciclo.

Muda de asombro y confusión la anciana  
que te seguía, penetró contigo 110  
en la augusta basílica cristiana,

y yo ¡insensato!, -con horror lo digo-,  
provocando de Dios el justo fallo  
al bruto indócil apliqué el castigo;

hizo sonar su endurecido callo 115  
en las losas del atrio, y de repente  
dentro del templo me encontré a caballo.

Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente:  
sé que al verme llegar pálido y fiero  
corrió sordo rumor entre la gente; 120

que trastornado yo, pero altanero,  
en torno las miradas revolvía,  
acariciando el puño de mi acero,

y que con pompa abrumadora y fría  
un helado cadáver en la cumbre 125  
del enlutado túmulo yacía.

De los blandones la rojiza lumbre

reverberando en los bordados de oro;  
el pasmo de la absorta muchedumbre;

de la terrible música el sonoro 130  
raudal, que con los rezos confundido,  
inundaba la nave desde el coro;

el ronco Miserere, ese gemido  
de nuestra vanidad, que brilla apenas  
para caer en perdurable olvido: 135

todo, mezclado con mis propias penas,  
condenaba mi intento temerario  
y el calor apagaba de mis venas.

Me pareció que de su oscuro osario  
alzábanse los muertos con estruendo, 140  
envueltos en su fúnebre sudario.

Helóseme la sangre, y revolviendo  
con ímpetu el rendal, gané la puerta,  
de mi conciencia amedrentada huyendo,  
lívido el rostro y la mirada incierta. 145

## Canto segundo Insomnio

Mi caballo, sintiendo el acicate  
y no la brida, abandonada y suelta,  
salió escapado con furioso embate.

La atropellada multitud, envuelta  
en el espeso polvo del camino, 5  
me apostrofaba enérgica y resuelta.

Pero yo, como el raudo torbellino  
que al través de los bosques se abre paso,  
avanzaba frenético y sin tino.

Falto de aliento, de vigor escaso, 10  
iba como la seca y móvil hoja  
al impulso del viento y del acaso.

Poco a poco el temor y la congoja  
fueron cediendo; recobré el estribo,

con mano firme aseguré la floja 15

y descuidada rienda, erguime altivo,  
y lentamente hacia el paterno techo  
retrocedí cansado y pensativo.

Arrojeme sin fuerzas en el lecho,  
y contra mí frenético y sañudo, 20  
herí mi frente, desgarré mi pecho.

Como si atara mi garganta un nudo  
pugnaba por gritar, y no podía,  
porque el dolor que se desborda es mudo.

¡Noche de insomnio, noche de agonía, 25  
que vives ¡ay!, en mi memoria impresa  
con indelebles rasgos todavía!

¡Aún tiemblo de pavor! Al hacer presa  
la calentura en mí, formas extrañas  
se destacaron de la sombra espesa. 30

Híbridos monstruos, fieras alimañas,  
trasgos y espectros espantosos, hijos  
del fuego abrasador de mis entrañas,

al par deslumbradores y prolijos  
revolaban en torno de mi frente, 35  
con sus ojos de luz, siempre en mí fijos.

Y en el circulo tú, resplandeciente  
como la estrella matutina, muda  
como el pudor, como el amor, ardiente,

mostrándote a mi afán, medio desnuda, 40  
confuso el rostro, palpitante el seno  
cual la virtud que desfallece y duda,

con blando halago, de promesas lleno,  
como nunca gozaron los mortales,  
soltabas ¡ay! a mi pasión el freno. 45

Yo, rompiendo los diáfanos cendales  
que te envolvían, con hambrientos ojos  
devoraba, tus formas virginales,

y esclavo de mis lúbricos antojos,

vencido por el lánguido embeleso 50  
de tu húmeda pupila y labios rojos,

de mi amante ilusión en el exceso,  
extático y dichoso hubiera dado  
mi eternidad de gloria por un beso.

¡Por un beso no más! Desesperado, 55  
atropellando la medrosa hueste  
de monstruos que giraban a mi lado,

quise alcanzarte, aparición celeste,  
y las manos tendí con desvarío  
para rasgar tu inmaculada veste; 60

pero hallé un esqueleto hórrido y frío  
que al deshacerse en mis convulsos brazos  
exclamaba llorando: -¡Ay, amor mío!-

Y bajo la opresión de estos abrazos  
de muerte, de estos punzadores goces, 65  
mi corazón saltaba hecho pedazos,

Y otra vez, dando incomprensibles veces,  
volvían los abortos del marco  
a perseguirme airados y veloces.

Y otra vez ofreciéndote en trofeo 70  
a mi imposible amor, te descubría  
más cerca y más radiante mi deseo...

¿Cuánto duró la fiebre? No sabría  
decirlo: sé que sonrosada y bella  
calmó mi ardor la claridad del día. 75

¡Ay!, a juzgar por la profunda huella  
que el dolor dejó en mí, duró las horas  
de mi edad juvenil la noche aquella.

Huyeron las visiones tentadoras  
a la naciente luz; con manso ruido 80  
batió el sueño sus alas bienhechoras,

y como el gladiador, que ya rendido,  
el postrer golpe resignado espera,  
cerré los ojos y perdí el sentido.

Ya el sol en la mitad de su carrera,  
desparramaba sobre el ancho mundo 85  
su fúlgida y dorada cabellera,

cuando saliendo yo de mi profundo  
letargo, alcéme triste y macilento  
como vuelve a la vida el moribundo.

En medio de mi vago aturdimiento 90  
recordé tus ofensas, tan contrito  
como espantado de mi loco intento,

y buscando el perdón de mi delito  
estos versos tracé, que de buen grado  
hubiera con mis lágrimas escrito: 95

«¡Oh Blanca! Cierta que la culpa mía  
es grande; ni la oculto ni la niego:  
pero vencido por mí humilde ruego  
Dios al mismo Luzbel perdonaría.

Injusta pena por demás sería 100  
la que impusieras, cuando ve el más ciego  
que aviva tu desdén mi amante fuego  
y es causa tu rigor de mi porfía.

¡Oh mi vida! ¡Oh mi luz! ¡Oh mi esperanza!  
Ahógame entre tus brazos si a moverte 105  
mi fervorosa súplica no alcanza.

Que yo al morir bendeciré mi suerte,  
pues será compasión, y no venganza,  
darme en tu seno cándido la muerte.»

Berenguer de Pedralves, mi criado, 110  
animoso y resuelto, halló camino  
de entrar en tu mansión, sin ser notado.

Encomendé mi carta a su buen tino,  
y tal maña se dio, que en plazo breve,  
con la respuesta inesperada vino. 115

Quien sienta y sufra como yo, quien pruebe  
la esquiva condición de un pecho ingrato,  
para el amor de endurecida nieve,

ése quizás comprenda el arrebatado  
con que tu carta abrí, sin que acertara 120  
a entender su enigmático relato:

«Mísera y desdichada criatura,  
lamento vuestro error, y le perdono.  
Mas ¿quién me guardará de vuestro encono  
si en la casa de Dios no estoy segura? 125

Nada vale la efímera hermosura  
con que, sin pretenderlo, os aprisiono.  
Dejad que se marchite en su abandono  
y alzad los ojos a mayor altura.

Pero si con mi ruego no os obligo, 130  
rompiendo para siempre nuestros lazos  
a separaros del amor terreno;

si es para vos piedad y no castigo  
hallar la muerte en mis crispados brazos,  
venid, que acaso dormiré en mi seno.» 135

Era la cita misteriosa y rara;  
mas cuando la pasión nos precipita,  
¿quién en vanos escrúpulos repara?

A un tiempo mismo -murmuré- me incita  
y me desprecia. La razón no acierto; 140  
pero ¿qué importa? Acudiré a la cita.

Y cuando en mi amoroso desconcierto  
esto decía, lúgubre y lejana  
en los aires vibró, doblando a muerto,  
la penetrante voz de una campana. 145

Canto tercero  
La cita

La negra noche su enlutado manto  
por la serena atmósfera tendía  
con inefable y misterioso encanto.

¡Cuánta tristeza y cuánta poesía

en el herido corazón despierta 5  
ese adiós melancólico del día!

La luz crepuscular pálida, incierta,  
que pasa, se amortigua y desvanece  
como recuerdo de esperanza muerta;

la muda sombra que impalpable crece, 10  
y a semejanza del dolor humano  
todo lo apaga y todo lo obscurece;

aquel reposo, de la muerte hermano,  
que extingue los latidos de la vida  
en la selva, en la cumbre y en el llano; 15

aquel suave silencio que convida  
al sueño; aquella soledad suprema,  
a la paz del sepulcro parecida;

el fulgor de la luna, casto emblema  
del doméstico holgar puro y honrado, 20  
que alumbra y da calor, pero no quema;

el infinito espacio, tachonado  
de innúmeras estrellas, que el camino  
señalan de otra patria al desdichado,

y son el jeroglífico divino 25  
que en la bóveda inmensa Dios imprime  
para enseñar al hombre su destino:

todo es en ti patético y sublime,  
¡oh noche augusta!, para el alma inquieta  
que duda y ama, que medita y gime. 30

Esperé, pues, con la ansiedad secreta  
del que sueña en cercanas alegrías,  
a que la lobreguez fuese completa,

y dando suelta a las pasiones mías  
perdime entonces, de temor ajeno, 35  
por calles solitarias y sombrías.

Insensible mi espíritu sereno  
a los siniestros cuentos y consejas  
que inventa el vulgo, de aprensiones lleno,

activo, con la capa hasta las cejas 40  
y la mano en el pomo de la espada,  
palpitando de amor llegué a tus rejas.

Tú aguardabas allí, triste, callada,  
inmóvil, como estatua misteriosa  
en su lecho de piedra incorporada, 45

y al verme, con palabra recelosa,  
tenue como el suspiro comprimido  
que del deshecho corazón rebosa:

-¡Cuán desgraciada soy! Habéis venido,  
-dijiste, alzando la mirada al cielo 50  
y arrancando del alma hondo gemido.

-¿Tanto me aborrecéis, que os causa duelo  
mi presencia -exclamé-, cuando en el mundo,  
cifro en vos, sólo en vos, todo mi anhelo?

-Quizás os pese y lo lloréis, Raimundo, 55  
-respondiste con voz solemne y grave  
como el último adiós del moribundo.

Llegué a tu puerta, rechinó la llave,  
abrió y entré. Lo que en aquel momento  
pasó dentro de mí, nadie lo sabe. 60

La rápida explosión de mi contento  
tan recia fue que atónito y confuso  
detuve el paso hasta cobrar aliento.

¡Con qué placer mi corazón iluso  
vio entonces acortarse la distancia 65  
que tu rigor entre nosotros puso!

Sobrecogido penetré en tu estancia,  
en aquella mansión tranquila y pura  
como los castos sueños de la infancia.

De una lámpara de oro la insegura 70  
y vacilante luz, con noble empleo  
alumbraba de lleno tu hermosura.

¡Ay!, a despecho de la edad, aún veo  
tu imagen melancólica y esbelta  
como jamás la sospechó el deseo. 75

En níveo traje desceñido envuelta,  
por tu gallarda espalda descendía  
la cabellera destrenzada y suelta.

Tu mirada, fijándose en la mía,  
intensa como el rayo y penetrante 80  
la sangre de mis venas encendía.

Tímida, ruborosa y anhelante,  
con la impresión de la inquietud y el miedo  
retratada en tu angélico semblante,

me viste aparecer, y con el dedo 85  
mostrándome un sitial, por vez primera  
tu labio me llamó, quedo, muy quedo.

Y al pronunciar mi nombre, tu voz era  
como arrullo de tórtola que anida  
y al tierno esposo enamorada espera. 90

De impaciencia y temor el alma henchida,  
obediente moví la débil planta,  
y a tus pies me postré, luz de mi vida.

A tus pies me postré, pero con tanta  
agitación, que demudado y frío, 95  
sentí ahogarse la voz en mi garganta;

hasta que al fin, como el hinchado río  
que se desborda y precipita ciego,  
estalló sordamente el amor mío.

Y estalló con sus cláusulas de fuego, 100  
con su expresión incoherente y rota  
por el halago, y la pasión, y el ruego;

con ese dulce cántico que brota  
al fecundo calor de una mirada,  
y lleva una ilusión en cada nota; 105

con esa breve frase entrecortada  
que al morir en los labios adivina  
el corazón de la mujer amada,

música de las almas, peregrina,  
que con suspiros trémulos empieza 110

y con vibrantes ósculos termina.

No sé lo que te dijo mi ternura  
entonces; sé que al escuchar mi acento  
doblaste blandamente la cabeza;

sé que en tu irresistible arrobamiento 115  
más de una vez, a tu pesar, sin duda,  
se confundió tu aliento con mi aliento;

sé que en aquella prueba áspera y ruda,  
tú, en amorosas lides inexperta,  
debiste al cielo demandar ayuda; 120

sé -y al profundizar mi herida abierta  
aún abundantes lágrimas derramo-  
que conmovida, fascinada, incierta,

como pobre avechilla que al reclamo  
acude presurosa, me dijiste, 125  
en mis brazos cayendo: -¡Te amo! ¡Te amo!

¿Qué más pude escuchar? ¿Ni quién resiste  
al grato influjo de la voz querida,  
a un tiempo mismo apasionada y triste?

Dentro de mí se engrandeció la vida, 130  
y ante mis ojos fulguró cercana  
la dicha ansiada y nunca conseguida.

Y te abracé con fuerza sobrehumana,  
y mis labios ardientes dejé impresos  
¡ay!, en los tuyos de encendida grana. 135

Y sentí penetrar aquellos besos  
que arrebatava a tu inocencia esquiva,  
cual plomo derretido, hasta mis huesos.

Ya, redoblando mis esfuerzos, iba  
a vencer tu virtud lánguida y yerta, 140  
cuando de pronto sacudiendo altiva

la noble frente de rubor cubierta,  
me rechazaste atónita y convulsa,  
exclamando: -¡Jamás! ¡Primero muerta!

Como es ciego el amor que nos impulsa, 145  
tomé por la postrera llamarada  
del pudor vacilante tu repulsa.

Y te busqué otra vez, y acongojada  
reprimiste otra vez mi atrevimiento,  
diciéndome con voz ronca y ahogada: 150

-¡Soy débil, perdonadme! En vano intento  
sofocar mi pasión, que ya no puede  
permanecer oculta. ¡Harto lo siento!

Dios no permite que en la sombra quede  
comprimido este afán que me consume: 155  
el alma mía a sus impulsos cede.

Y cual la violeta que presume  
de modesta y humilde, aunque se esconda  
revela donde está con su perfume,

es inútil querer que no responda 160  
al fuego inextinguible en que me abraso,  
mi agitación desordenada y honda.

Sabedlo, pues; pero olvidadme. ¿Acaso  
debo pensar en el amor terreno,  
yo, moribunda y triste ave de paso? 165

Esto soy, esto ansiáis, éste es el seno  
donde la muerte os pareciera hermosa.  
Ved lo que guarda. ¡Podredumbre y cieno!

Y con mano alterada y temblorosa  
descubriste tu pecho carcomido 170  
por repugnante llaga cancerosa.

-¡Ay!, -dijiste cayendo sin sentido  
al contemplar mi horror-. ¿Me amabais tanto,  
que a robarme la vida habéis venido?

Yo, mudo de estupor, con el espanto 175  
pintándose en mi faz desencajada,  
pudiendo apenas reprimir el llanto,

vi deshacerse en polvo, en humo, en nada  
mis ensueños, mi gloria, mi alegría,  
el encanto del alma enamorada. 180

Y sentí bajo el golpe que me hería,  
vacío el corazón, vacío el mundo,  
hasta la misma inmensidad vacía.

Trastornose mi vida en un segundo,  
y como aquel a quien del sueño arranca 185  
dolor extraño, insólito, profundo,

dando a mi exaltación salida franca,  
¡Blanca!, -gemí desesperado, al verte  
caer cual ave herida-, ¡Blanca, Blanca!

¡Oye mi ruego! ¡Unamos nuestra suerte! 190  
Mas ¡ay!, que sólo al llamamiento mío  
contestaba el silencio de la muerte.

En mi airado y frenético extravío,  
de Dios y de los hombres olvidado  
cogí en mis brazos tu cadáver frío, 195

le estreché con furor y arrebatado  
besé tu boca lívida, aún caliente,  
como nido recién abandonado.

Y así hubiera seguido eternamente  
abrazado a tus míseros despojos, 200  
ajeno a todo, a todo indiferente,

helado el corazón, turbios los ojos,  
si no hubiera sentido de improviso  
rumor de gente y ruido de cerrojos.

Piadoso el cielo, con aquel aviso 205  
quizás volverme la razón perdida  
y poner fin a mis angustias quiso.

Otra vez, en señal de despedida  
posé mis labios en tu faz serena,  
y en aquél beso te dejé mi vida. 210

Salí. La noche transparente, llena  
de reposo, insultaba mi tormento  
y parecía escarnecer mi pena.

Templó mi fiebre abrasadora el viento  
bullicioso y sutil, y, más tranquilo, 215

dijo en la soledad mi pensamiento:

¡Mundo engañoso, adiós! Rompióse el hilo  
que me ligaba a ti, y en su regazo  
la religión me prestará un asilo.

Unió la muerte con estrecho lazo 220  
nuestras almas, ¡oh Blanca de Castelo!  
Mi senda es fatigosa; pero el plazo  
breve y seguro. ¡Espérame en el cielo!

La duda

A mi querido amigo el distinguido poeta don Antonio Hurtado

Desde esta soledad en donde vivo,  
y en la cual de los hombres olvidado  
ni cartas ni periódicos recibo;  
donde reposo en apacible calma,  
lejos, lejos del mundo que ha gastado 5  
con la del cuerpo la salud del alma;  
antes de que el torrente desbordado  
de la ambición con ímpetu violento  
me arrebatase otra vez; desde la orilla  
donde yace encallada mi barquilla, 10  
libre ya de las ondas y del viento,  
como recuerdo de amistad te escribo.

¡Ay! Aunque salvo del peligro, siento.  
la inquietud angustiosa del cautivo,  
que rompiendo su férrea ligadura, 15  
traspasa fatigado a la ventura  
montes, llanos y selvas, fugitivo.  
El rumor apagado que levantan  
las hojas secas, que a su paso mueve,  
lasavecillas que en el árbol cantan, 20  
el aire que en las ramas se cimbreo  
con movimiento reposado y leve,  
el río que entre guijas serpentea,  
la luz del día, la callada sombra  
de la serena noche, el eco, el ruido, 25  
la misma soledad, ¡todo le asombra!  
Y cuando ya de caminar rendido

sobre la yerta piedra se reclina  
y le sorprende el sueño y le domina,  
oye en torno de sí, medio dormido, 30  
vago y siniestro son. Despierta, calla,  
y fija su atención despavorido;  
las tinieblas le ofuscan, se incorpora  
y el rumor le persigue. ¡Es el latido  
de su azorado corazón que estalla! 35  
Y entonces ¡ay!, desesperado llora.  
Porque es la libertad don tan querido,  
que en el humano espíritu batalla,  
más que el placer de conseguirla, el miedo  
de volverla a perder. 40

Yo que no puedo  
recordar sin espanto la agonía,  
la dura y azarosa incertidumbre  
en que mi triste corazón gemía  
sometido a penosa servidumbre,  
cuando, arista a merced del torbellino, 45  
sin elección ni voluntad seguía  
los secretos impulsos del destino,  
y en ese pavoroso desconcierto  
de la social contienda, consumía  
la paz del alma ¡la esperanza mía!, 50  
hoy que la tempestad arrojó al puerto  
mi navecilla rota y quebrantada,  
temo, ¡infeliz de mí!, que otra oleada  
la vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada 55  
¿qué soy yo?, ¿qué es el hombre? Sombra leve,  
partícula de polvo en el desierto.  
Cuando el simún de la pasión le mueve,  
busca el átomo al átomo, y la arena  
es nube, es huracán, es cataclismo. 60  
Gigante mole los espacios llena,  
bajo su peso el mundo se conmueve,  
obscurece la luz, llega al abismo  
y al sumo Dios que la formó se atreve,  
Vértigo arrollador todo lo arrasa; 65  
pero después que el torbellino pasa  
y se apacigua y duerme la tormenta,  
¿qué queda? Polvo mísero y liviano  
que el ala frágil del insecto aventa,  
que se pierde en la palma de la mano. 70  
¡Oh grata soledad, yo te bendigo,

tú que al náufrago, al triste, al pobre grano  
de desligada arena das abrigo!

Muchas veces, Antonio, devorado  
por ese afán oculto que no sabe 75  
la mente descifrar, me he preguntado,  
-cuestión a un tiempo inoportuna y grave-  
¿qué busco?, ¿a dónde voy?, ¿por qué he nacido  
en esta Edad sin fe? Yo soy un ave  
que llegó sola y sin amor al nido. 80  
A este nido social en que vegeta,  
mayor de edad, la ciega muchedumbre,  
al infortunio y al error sujeta  
entre miseria y sangre y podredumbre.  
Contéplala, si puedes, tú que al ciclo 85  
con tus radiantes alas de poeta  
tal vez quisiste remontar el vuelo,  
y si este el mundo que soñaste ha sido  
nunca el encanto de tu dicha acabe...  
¡Ay!, pero tú también eres un ave 90  
que llegó sola y sin amor al nido.

Desde la altura de mi siglo, tiendo  
alguna vez con ánimo atrevido,  
mi vista a lo pasado, y removiendo  
los deshechos escombros de la historia, 95  
en el febril anhelo que me agita  
sus ruinas vuelvo a alzar en mi memoria.  
Y al través de las capas seculares  
que el aluvión del tiempo deposita  
sobre columnas, pórticos y altares; 100  
del polvo inanimado con que cubre  
la loca vanidad del polvo vivo,  
que arrebató a su paso fugitivo,  
como el viento las hojas en octubre;  
mudo de admiración y de respeto 105  
busco la antigüedad -roto esqueleto  
que entre la densa lobreguez asoma-,  
y ofrecen a mi absorta fantasía  
sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,  
sus mártires la fe cristiana y pía, 110  
el patriotismo su grandeza austera,  
sus monstruos la insaciable tiranía,  
sus vengadores la virtud severa.  
Y llevado en las alas del deseo  
que anima mi ilusión, a veces creo 115  
volver a aquella Edad. En la espesura

del bosque, en el murmullo de la fuente,  
en el claro lucero que fulgura,  
en el escollo de la mar rugiente,  
en la espuma, en el átomo, en la nada, 120  
Apolo centellea, alza su frente  
de luminoso lauro coronada.  
Por él la luna que entre sombras gira,  
la luz que en rayos de color se parte,  
la ola que bulle, el viento que suspira, 125  
todo es Dios, todo es himno, todo es arte.  
¡Ay! ¿No es verdad que en tus eternas horas  
de desaliento y decepción, recuerdas  
esa dorada Edad, y que te inspira  
el coro de sus musas voladoras, 130  
que murmuran y primen en las cuerdas  
de la ya rota y olvidada lira?  
Aunque las llames, no vendrán: ¡han muerto!,  
la voz del interés grosera y ruda  
anuncia que el Parnaso está desierto 135  
y la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda  
sólo una Musa vive. Musa ciega,  
implacable, brutal. ¡Demonio acaso  
que con los hombres y los dioses juega! 140  
La Musa del análisis, que armada  
del árido escalpelo, a cada paso  
nos precipita en el obscuro abismo  
o nos asoma al borde de la nada.  
¿No la ves? ¿No la sientes en ti mismo? 145  
¿Quién no lleva esa víbora enroscada  
dentro del corazón? ¡Ay!, cuando llena  
de noble ardor la juventud florida  
quiere surcar la atmósfera serena,  
quiere aspirar las auras de la vida, 150  
esa Musa fatal y tentadora  
en el libro, en la cátedra, en la escena  
se apodera del alma y la devora.  
¡Si a veces imagino que envenena  
la leche maternal! En nuestros lares, 155  
en el retiro, en el regazo tierno  
del amor, hasta al pie de los altares  
nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo a solas,  
ha sacudido con su soplo ardiente 160  
los tristes pensamientos de mi mente

como sacude el huracán las olas!  
¡Cuántas, ay, revolcándome en el lecho  
he golpeado con furor mi frente,  
he desgarrado sin piedad mi pecho, 165  
y entre visiones lúgubres y extrañas,  
su diente de reptil, áspero y frío,  
he sentido clavarse en mis entrañas!  
¡Noches de soledad, noches de hastío  
en que, lleno de angustia y sobresalto, 170  
se agitaba mi ser en el vacío  
de fe, de luz y de esperanza falto!  
¿Y quién mantiene viva la esperanza  
si donde quiera que la vista alcanza  
ve escombros nada más? Por entre ruinas 175  
la humanidad desorientada avanza;  
hechos, leyes, costumbres y doctrinas  
como edificio envejecido y roto  
desplomándose van; sordo y profundo  
no sé qué irresistible terremoto 180  
moral, conmueve en su cimiento el mundo

Ruedan los tronos, ruedan los altares:  
reyes, naciones, genios y colosos  
pasan como las ondas de los mares  
empujadas por vientos borrascosos. 185  
Todo tiembla en redor, todo vacila.  
Hasta la misma religión sagrada  
es moribunda lámpara que oscila  
sobre el sepulcro de la Edad pasada.  
Y cual turbia corriente alborotada, 190  
libre del ancho cauce que la encierra,  
la duda audaz, la asoladora duda  
como una inundación cubre la tierra.  
¡Es que el manto de Dios ya no la escuda!  
No la defiende el varonil denuedo 195  
de la fe inexpugnable y de las leyes,  
y el dios de los incrédulos, el miedo,  
rige a su voluntad pueblos y reyes.  
Él los rumores bélicos propala,  
él organiza innúmeras legiones 200  
que buscan la ocasión, no la justicia.  
Mas ¿qué podrán hacer? No se apuntala  
con lanzas, bayonetas ni cañones,  
el templo secular que se desquicia.  
En medio de este caos, como un arcano 205  
impenetrable, pavoroso, obscuro,  
yérguese altivo el pensamiento humano

de su grandeza y majestad seguro.  
Y semejante al árbol carcomido  
por incansable y destructor gusano, 210  
que cuando tiene el corazón roído,  
desenvuelve su copa más lozano,  
al través del social desasosiego  
cruza la tierra en su corcel de fuego,  
hasta los cielos atrevido sube, 215  
pone en la luz su vencedora mano,  
el rayo arranca a la irritada nube  
y horada con su acento el Océano.  
¡Mas, ay del árbol que frondoso crece  
sostenido no más por su corteza! 220  
Tal vez la brisa que las flores mece  
derribará en el polvo su grandeza.

¡Tal vez! ¿Lo sabes tú? ¿Quién el misterio  
logra profundizar? Esta sombría  
turbación, esta lóbrega tristeza 225  
que invade sin cesar nuestro hemisferio,  
¿es acaso el crepúsculo del día  
que se extingue, o la aurora del que empieza?  
¿Es, ¡ay!, renacimiento o agonía?  
Lo ignoras como yo. ¡Nadie lo sabe! 230  
Sólo sé que la dulce poesía  
va enmudeciendo, y cuando calla el ave  
es que su obscuridad la noche envía.  
Oigo el desacordado clamoreo  
que alza doquier la muchedumbre inquieta 235  
sin freno, sin antorcha que la guíe;  
ando entre ruinas, y espantado veo  
cómo al sordo compás de la piqueta  
la embrutecida indiferencia ríe.

También en Roma, torpe y descreída, 240  
la copa llena de espumoso y rico  
licor, gozábbase desprevenida,  
hasta que de improviso por la herida  
que abrió en su cuello el hacha de Alarico  
escapósele el vino con la vida. 245  
Todo el cercano cataclismo advierte;  
pero en esta ansiedad que nos devora  
ninguno habrá que a descifrar acierte  
la gran transformación que se elabora.

¿Y qué más da? Resurrección o muerte, 250  
vespertino crepúsculo o aurora,

los que siguen llorando su camino  
por medio de esta confusión horrenda,  
con inseguro paso y rumbo incierto,  
¿dónde levantarán su débil tienda 255  
que no la arranque el rauda torbellino  
ni la envuelva la arena del desierto?  
En otro tiempo el ánimo doliente,  
atormentado por la duda humana,  
postrábase sumiso y penitente 260  
en el regazo de la fe cristiana;  
y allí, bajo la bóveda sombría  
del templo, el corazón desesperado  
se humillaba en el polvo y renacía.  
Cristo en la cruz del Gólgota clavado 265  
extendía sus brazos, compasivo,  
al dolor sublimado en la plegaria,  
y para el pobre y triste fugitivo  
del mundo, era la celda solitaria  
puerto de salvación, sepulcro vivo, 270  
anulación del cuerpo voluntaria.

¡Ay! En aquella paz santa y profunda  
todo era austero, reposado, grave.  
La elevación de la gigante nave,  
la luz entrecortada y moribunda, 275  
la sencilla oración de un pueblo inmenso  
uniéndose a los cánticos del coro,  
la armonía del órgano sonoro,  
las blancas nubes de quemado incienso,  
el frío y duro pavimento, fosa 280  
común, perpetuamente renovada,  
de la cual cada tumba, cada losa  
es doble puerta que limita y cierra  
por debajo el silencio de la nada,  
por encima el tumulto de la tierra; 285  
aquella majestad, aquel olvido  
del siglo, aquel recuerdo de la muerte,  
parecían decir con infinita  
dulzura al corazón desfallecido,  
al espíritu ciego, al alma inerte: 290  
Ego sum via, et veritas et vita.

Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.  
Mas ¿dónde iremos ya? Torpes y oscuros  
planes hallaron en el claustro abrigo,  
y Dios, airado, desató el castigo 295  
y con el rayo derribó sus muros.

¿Dónde posar la fatigada frente?  
¿Dónde volver los afligidos ojos,  
cuando ha dejado el corazón creyente  
prendidos en los ásperos abrojos 300  
su fe piadosa y su interés mundano?  
¿Dónde?

¡En ti, soledad! Yo te bendigo,  
porque al náufrago, al triste, al pobre grano  
de desligada arena das abrigo.

La selva oscura

Advertencia

Por si acaso el público, inclinado siempre a buscar el sentido y a medir el alcance de las obras que lee, desea conocer la tendencia moral, tal vez demasiado velada, de este nuevo Poema que le ofrezco, voy, en pocas palabras, a satisfacer su curiosidad, exponiendo el pensamiento a que he obedecido, y que temo no haber acertado a expresar con la claridad debida.

En el simbólico amor de Dante a Beatriz, que resiste no sólo a las amarguras de la existencia, sino a la oscuridad de la muerte, y que abre tan vastos horizontes a la imaginación, al sentimiento y a la sabiduría del excelso poeta florentino, descubriéndole los más terribles misterios, he intentado representar la constante aspiración a lo desconocido y lo infinito, que anima al hombre, sirviéndole de poderoso estímulo para acometer las más altas empresas, y sin la cual su razón sería sólo una fuerza sin objeto, él, un cadáver ambulante, y la sociedad, confusa y desordenada muchedumbre.

Hoy que bajo el peso del desengaño, de la contradicción y de la duda, tantos ideales desaparecen, bueno es repetir un día y otro a las almas escépticas o fatigadas, que es imposible vivir sin alguno, y que, aun cuando desgraciadamente se comprobaran y resultasen verdaderas las tristes negaciones de una filosofía desesperada y vencida por el tedio; aun cuando se demostrara que todo en la vida y en la conciencia es ilusión, sueño y sombra, el mundo no se conformaría con esta dolorosa y estéril certidumbre, y haría bien en no conformarse; porque ¿adónde iría sin luz, sin esperanza, sin libertad y sin Dios?

Todos debemos, pues, tener fija en nuestro espíritu la radiante imagen de una Beatriz inmortal, única señora de nuestros pensamientos, que nos conforte en la tribulación, nos ampare en la lucha y, nos dé valor en las horas de desmayo. Si la noble aspiración que vive y alienta en nuestros corazones es realizable, nunca dejemos de rendirle culto; y si, por

desdicha, no es más que un sueño... ¡oh!, entonces ¡tristes de nosotros!, procuremos no despertar.

G. NÚÑEZ DE

ARCE.

Canto primero

Dante

Al bajar la pendiente de la vida,  
me hallé de pronto en una selva oscura:  
agreste y sin vereda conocida.

Turbado y lleno de mortal pavor,  
seguí marchando a tientas y sin tino 5  
al través de la lóbrega espesura.

Brisa otoñal, en raudo remolino,  
las hojas de los árboles movía  
y alfombraba con ellas mi camino. 10

No sé por qué mi corazón creía  
que con las mustias y amarillas hojas  
llevaba el viento la esperanza mía.

Dejando impresas las señales rojas  
de mis desnudos pies ensangrentados, 15  
y avanzando entre sustos y congojas,

intenté ver si por opuestos lados  
fácil salida al laberinto hallaba,  
y venturoso fin a mis cuidados.

Pero a medida que en la selva entraba 20  
iba siendo su aspecto más salvaje,  
y más profusa, impenetrable y brava.

¡Cuántas veces el áspero ramaje  
hiriéndome al pasar con golpe rudo, 25  
me arrancó sordo grito de coraje,

sin que templaran mi dolor agudo

ni el silencioso bosque, ni el sombrío  
cielo, ni el eco a mis clamores mudo!

Asaltome el terror, y a pesar mío 30  
volcose mi asombrado pensamiento,  
como se vuelca el ánfora de un río,

poblando, en su febril desbordamiento,  
de monstruos la espesísima arboleda  
y de rumores el callado viento. 35

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda  
fijo en el alma, del tropel liviano  
iluminaba la bullente rueda,

cual la luz que en las noches de verano  
serpentea con lívido destello 40  
sobre la sepultura y el pantano.

Tenaz angustia se enroscó a mi cuello  
y conturbó mi juicio de tal modo,  
que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo 45  
y acometido por las sombras, iba  
tropezando doquier como un beodo,

hasta que al fin, agitación tan viva  
rindió mis fuerzas y caí, cual duro  
roble, que el huracán troncha y derriba. 50

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,  
postrado estuve y frío como el hielo,  
inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí con hondo anhelo,  
desesperando del auxilio humano, 55  
alcé los ojos y la mente al cielo;

que busqué en mi memoria de cristiano  
la fe de mi piadosa adolescencia,  
y que pugué por alcanzarla en vano.

¡Oh ciclo, que alumbraste mi inocencia, 60  
de candorosas ilusiones lleno  
en tu infinita y pura transparencia!

¡Oh cielo azul, espléndido y sereno,  
patria inmortal del ánimo que aspira  
a dilatarse en tu profundo seno! 65

¡Cuánto has cambiado para mí!... ¡Mentira!  
Tú no cambias jamás. ¡Siempre tu esfera  
es del color del alma que la mira!

¿Por qué se asusta el ave pasajera  
que con vuelo imprudente y atrevido 70  
a incógnita región partió ligera,

si cuando torna al bosque en que ha nacido  
tal vez arrepentida y fatigada,  
no encuentra ya su abandonado nido?

De pronto, traspasando la enramada 75  
sin conmover las hojas, como suave  
rayo de luna en noche sosegada,

llegó un anciano a mí, pausado y grave,  
mostrando la serena compostura.  
que sólo en almas superiores cabe. 80

Prestaban majestad a su figura  
el lauro de oro en la anchurosa frente,  
y la talar y roja vestidura.

Avanzó con el firme continente  
de quien no cede a la pasión tirana, 85  
ni el torpe miedo del peligro siente,

rasgando con su vista soberana  
la densa oscuridad, como avezado  
a penetrar en la conciencia humana

y a ver hasta en el pecho más cerrado 90  
la insomne incertidumbre del delito  
y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito  
en su semblante rígido y severo  
por las vigilias y el dolor marchito; 95

cuando animar con mis memorias quiero,  
si no la noble imagen, el esbozo

de aquella ilustre sombra que venero;

de boca reprimida, extraña al gozo,  
como empeñada en detener el paso 100  
a justa maldición y hondo sollozo;

de aguileña nariz, de rostro raso  
y enjuto, de mirada penetrante  
como una espada, y tan temida acaso.

Lleno de admiración vile delante 105  
de mí, lloré, con voz conmovedora  
grité, cayendo prosternado: -¡Oh Dante!

Y a este nombre la turba aterradora  
de fantasmas huyó; cual los insanos  
sueños al leve rayo de la aurora. 110

-Señor, -tendiendo las crispadas manos  
exclamé con afán-; préstame auxilio,  
que me pierdo en tinieblas y en arcanos.

-Haré por ti cuanto en mi largo exilio  
-me contestó con reposado acento- 115  
hizo por mí la sombra de Virgilio.

Será grande y terrible tu tormento  
antes que el sol a iluminarte vuelva,  
porque aquí se desgarran el pensamiento.

Pero al amargo trance te resuelva 120  
la sentencia fatal de que en la vida  
todos pasamos por la oscura selva.

¡Todos pasamos, sí! Y es, a medida  
que de su freno la razón se exime,  
más angosta y difícil la salida. 125

Aquí se desespera, aquí se gime,  
aquí se llora sangre, aquí el quebranto  
de las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,  
ni olor las flores, ni rumor las fuentes, 130  
ni las medrosas avecillas, canto.

Ya verás, cuando avances, cómo sientes

bajo el tremendo golpe de la pena,  
crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena; 135  
hiel el agua que bebes; aquí el hombre  
llega a dudar de Dios y se condena.

-¡Oh!, -receloso pregunté-, ¿qué nombre  
tiene esta horrible selva en que me veo?  
¿A dó podré mirar que no me asombre? 140

Y cuando así expresaba mi deseo,  
sentime herido de terror extraño,  
como en presencia de su juez el reo.

-¿No has conocido ya para tu daño  
-respondiome el Maestro-, que caminas 145  
por la selva mortal del Desengaño?

¿No te lo han revelado las espinas  
que ensangrientan tus pies, y el grave peso  
de los recuerdos bajo el cual te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso 150  
las jóvenes y alegres ilusiones  
impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones  
aduerman tu virtud, ni con infames  
halagos den calor a tus pasiones. 155

Es inútil que grites y derrames  
el llanto acerbo que tu rostro escalda.  
¡Huyeron! No vendrán aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda  
de la vejez, impuras meretrices, 160  
todas nos vuelven con desdén la espalda.

¡Ay! ¡Bienaventurados y felices  
los que al llegar al término forzoso  
que con estéril cólera maldices;

cuando por todas partes el frondoso 165  
bosque, sus pasos embaraza y cierra,  
y no encuentran la dicha ni el reposo;

cuando, como despojos de la guerra,  
van dejando en la linde del camino  
las raudas alegrías de la tierra, 170

y el hombre, fatigado peregrino,  
hacia el mudo sepulcro avanza a oscuras  
sin saber dónde va, ni por qué vino;

no pierden en las agrias cortaduras  
del escabroso monte de la vida, 175  
sino sus miserables vestiduras,

y llevan hasta el fin de la partida  
la luz, que el mundo al infortunio niega,  
en su propia conciencia recogida!

Esa luz, cuando el ánimo se entrega 180  
a la insaciable duda, con su escaso  
fulgor, si no le alumbra, no le ciega;

y semejante al sol en el ocaso,  
no esparce ya la claridad del día,  
pero a la negra noche estorba el paso. 185

Tenue es su resplandor; mas él nos guía  
cuando abatido el corazón despierta  
en la intrincada y azarosa vía.

¡Triste de aquel que a conservar no acierta  
viva esa luz, y arrastra desolado 190  
al través de la vida el alma muerta!

Que es como el asesino condenado  
a marchar siempre, en lobreguez envuelto,  
con su inocente víctima cargado.

-¡Oh Dante!, -preguntele, apenas vuelto 195  
de mi estupor-. ¿Y tu pasión, aún vive?  
-¡Vive, y no morirá!, -dijo resuelto-

Con mayor fuerza su impresión recibe  
mi espíritu inmortal, hoy que no siente  
deleznable interés que le captive. 200

Dijo, dobló la pensativa frente,  
guardó silencio, y sin hablar marchamos  
largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos  
de corpulentos árboles se abrían, 205  
y sin molestia ni dolor pasamos.

Pero después con ímpetu volvían  
a entrelazarse como espesa malla,  
y dijérase a veces que gemían,

o que surgía de la inculta valla 210  
que tras nosotros se cerraba, el ruido  
temeroso de un campo de batalla.

Súbito, con acento enternecido  
clamó alzando la frente: -¡Oh casto sueño,  
nunca logrado y siempre perseguido! 215

¡Oh Beatriz, que con tenaz empeño  
busco en vida y en muerte! ¡Oh tú, que fuiste  
y serás siempre mi imposible dueño!

¿Quién a su encanto celestial resiste?  
¿Quién, sin amarla y someterse, mira 220  
su faz a un tiempo esplendorosa y triste?

¿Quién por volver a verla no suspira?  
¿Cómo olvidar su pudibunda sombra  
si ante mí, sin cesar, irradia y gira?

Cuando la humana confusión me asombra 225  
y vacila mi fe, su imagen bella  
con angélica voz me alienta y nombra,

y vamos ambos por la misma huella  
los círculos celestes recorriendo,  
ella en pos de la luz, y yo tras ella. 230

-Padre -dije-, perdona si pretendo  
penetrar atrevido el hondo arcano  
de esa inmortal pasión que no comprendo.

Unió tu sentimiento soberano  
las excelencias del amor divino 235  
y las miserias del amor humano.

A una mujer te encadenó tu sino  
y extático la amaste, hasta el momento

en que la muerte a devorarla vino.

Cayó como la flor que troncha el viento; 240  
pero al perder su túnica terrena  
hirió con nueva luz tu entendimiento.

Sigues tras la visión que te enajena  
con incansable afán; mas ¿de qué modo  
obra en ti la pasión? ¿Es gozo? ¿Es pena? 245

¿Amas la carne vil? ¿Amas el lodo?  
¿O bien la esencia incorruptible y santa  
del alma libre? -Y respondiome: -¡Todo!

La eterna aspiración que nos encanta  
y llega a Dios como impalpable nube, 250  
del fango de la vida se levanta.

Escala es de Jacob por donde sube  
nuestro dolor, en busca de consuelo,  
a las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo 255  
a la excelsa región de la esperanza;  
es la nostalgia mística del cielo.

-Señor -repuse-, mi razón no alcanza  
a entender los misterios que me dices,  
y más se ofusca, cuanto más avanza. 260

-Sabrás, sin que tu ingenio martirices  
lo que tu mente conocer no pudo.  
-Y así hablando, sentose en las raíces

salientes y rugosas de un desnudo  
tronco, fantasma de la selva umbría, 265  
ante el cual desbordado, pero mudo,  
ancho río de lágrimas corría.

Canto segundo  
Beatriz

Con su profundo pensamiento fijo

en más prósperos tiempos y lugares,  
Dante Alighieri, suspirando, dijo:

-¡Recordar es vivir! Paternos lares,  
sueños de amor, quiméricos anhelos, 5  
rápidos goces, íntimos pesares,

luchas de la ambición, traidores celos,  
sorda inquietud del alma que se pierde  
sin hallar el camino de los cielos,

horas de insomnio en que voraz nos muerde 10  
la duda el corazón, breve alegría,  
¡desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos gula  
por el humano mar embravecido,  
desde la cuna hasta la tumba fría. 15

¿Dónde la vida está del que ha tenido  
la lobreguez del porvenir delante,  
sí deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignore el pobre navegante  
el puerto adonde va, conozca al menos 20  
los que ha tocado, náufrago y errante.

En los días alegres y serenos  
de mi fugaz y hermosa primavera,  
a la malicia y al engaño ajenos,

fue cuando Beatriz, que también era 25  
niña inocente, en noble hogar nacida,  
rindió mi voluntad por vez primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,  
pudo unirnos con lazo tan estrecho  
en los castos albores de la vida? 30

Resguardaba la infancia nuestro pecho,  
como resguarda a la ciudad el muro  
contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mutua ignorancia era un seguro. 35  
inexpugnable, misterioso y santo,  
cerrado a todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto  
de una pasión, en la niñez ignota,  
y cómo en nuestras almas creció tanto? 40

¿No viste el manantial que gota a gota  
la peña horada, y rumoroso emprende  
su curso desde el risco en donde brota,

que va creciendo al paso que descende,  
hasta que al fin con desatado brío 45  
por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío  
aumentaron también con la distancia,  
como el arroyo al transformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia 50  
encerró mi ventura, como encierra  
el virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra  
a tan grata ilusión, que desde el cielo 55  
amándonos bajamos a la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,  
negro como la noche, la memoria  
de las gemelas almas sin consuelo,

que durante su estancia transitoria 60  
por nuestro valle de dolor, olvidan  
su edén perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite a veces que coincidan  
en un mismo recuerdo, y se den cuenta  
de los misterios que en su fondo anidan. 65

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta  
las sombras de su mente, como el rayo  
rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo  
en plena luz, desde la excelsa cumbre 70  
a do llegué tras mi postrer desmayo,

mi duda se convierte en certidumbre,  
y sé que fuimos al cruzar el mundo  
como dos chispas de la misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo 75  
que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido  
tan tímido, callado y pudibundo?

Siempre mi pensamiento confundido  
llegó sin voz hasta los pies de aquella  
que me robaba el alma y el sentido. 80

Jamás oyó la cándida doncella  
concepto alguno, que asomar los rojos  
matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,  
mis secretas zozobras expresaba 85  
con el mudo lenguaje de los ojos,

y sin hablar, sin que mi lengua, esclava  
de ruin temor, se aventurase al ruego,  
ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego 90  
ante la majestad de su hermosura,  
que me dejaba trastornado y ciego.

Pero después cuando la noche oscura,  
de rutilantes astros coronada,  
excitaba mi fiebre y mi locura; 95

cuando solo en mi hogar, con la mirada  
fija en el ancho espacio tenebroso,  
do esplendía la imagen de mi amada,

buscaba en el silencio y el reposo  
lenitivo a mi mal ¡cuán tristes quejas 100  
exhalaba mi pecho congojoso!

Como al panal acuden las abejas,  
volaban a Beatriz mis pensamientos  
al través de los muros y las rejas,

y en la noche callada, en los momentos 105  
en que soltaba sus cabellos de oro,  
turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizás que en invisible coro  
mis ardientes suspiros a su lado

revolaban diciéndole: -¡Te adoro! 110

Alguna vez en mi infeliz estado  
la voz del corazón secreta y honda,  
gritábame: -¡Valor!, que eres amado;

mas no cobarde tu pasión se esconda,  
ni quieras que la virgen inocente 115  
a tu silencio, impúdica responda.

Entonces, llena de ilusión la mente,  
de Beatriz a la mansión cercana  
animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pie de su ventana, 120  
confuso y sin valor retrocedía,  
diciendo: -¡Es pronto! Volveré mañana.

Y no lució jamás propicio el día  
para mi amor, que atormentado y preso  
en mí, como un Titán, se revolvía. 125

Quizá sin la flaqueza que confieso,  
se fundieran en éxtasis divino  
nuestras dos existencias en un beso.

Mas, ¡ay!, que un día inesperado vino  
a dejarme la muerte pavorosa 130  
solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa  
que formaron en hora afortunada  
la nieve en competencia con la rosa;

aquella casta frente, urna sagrada 135  
de virtud y de amor; aquellos ojos  
claros como la luz de la alborada;

aquel seno gentil; aquellos rojos  
labios, que con su púdica sonrisa  
templaban el rigor de mis enojos, 140

aquella voz que trémula, indecisa,  
llegaba a mí, como lejano canto  
de la noche, en las alas de la brisa:

todo al compás de mi abundoso llanto,

pasó ante mí como fugaz centella, 145  
y aún pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,  
que al transplantarla a mundos superiores  
su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la vi a los siniestros resplandores 150  
de blanco cirio, al parecer dormida,  
la sien orlada de olorosas flores,

y en su apacible faz descolorida  
posé temblando un ósculo... ¡el primero  
y único beso que le di en mi vida! 155

¡Ay! cómo pude resistir al fiero  
y rudo embate de tan dura prueba,  
ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

porque el pesar que amortiguado lleva,  
mas no extinguido el corazón, es llaga 160  
que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga  
caminaba al azar y sin concierto,  
como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto, 165  
sin luz el sol, naturaleza muda,  
y yo no acongojado, sino muerto:

Porque no vive el alma que desnuda  
de todo bien, frenética se lanza  
en los negros abismos de la duda. 170

¡Cuán desgraciado fui! Mas ¿dó no alcanza  
la clemencia de Dios que nos envía  
tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía  
en que arrastrado por la indócil ola 175  
del dolor, retorciéndome gemía;

cuando más ciega, abandonada y sola  
pugnaba mi razón contra la pena  
en que la fe del hombre se acrisola,

la imagen de Beatriz, dulce y serena, 180  
apareció a mis ojos de improviso,  
de celestiales resplandores llena.

Dios de mis ansias apiadado, quiso  
poner fin a mi inmensa pesadumbre  
con aquella, Visión del Paraíso. 185

Rodeada de ráfagas de lumbre  
y envuelta en su flotante vestidura,  
sin mancha como nieve de la cumbre,

bajó hasta mí la virginal figura,  
para alumbrar mi espíritu sombrío 190  
con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,  
convulso incorporándome en el lecho,  
quise abrazarla, y abracé el vacío,

y de su imagen al través, deshecho 195  
en un raudal de lágrimas, tres veces  
sentí caer mis brazos sobre el pecho.

-El cielo, oyendo tus continuas preces  
-exclamó la Visión-, volverte anhela  
el perdido reposo que apetece, 200

y torno a ti, como afanosa vuela  
el ave errante al silencioso nido  
donde el esposo sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,  
pensando en tu aflicción, triste mí estancia, 205  
y turbada su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva a tu constancia,  
que no pudieron quebrantar la suerte,  
ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia,

como en debido premio acudo a verte 210  
y por orden altísima te digo  
que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del ciclo a esclarecer me obligo  
tu espíritu gigante, y por doquiera

que vayas, siempre me verás contigo. 215

Cuando sigas la senda verdadera,  
-¡Avanza!, -te diré- que el bien nos guía;  
y cuando empieces a dudar: -¡Espera!

Y tu alma, en mi amorosa compañía,  
subirá más porque tendrá dos alas 220  
para elevarse a Dios: tu fe y la mía.

Vestiré para ti nupciales galas,  
seré tu esposa mística, y mi mano  
te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano, 225  
tu mente llegará donde no pudo  
llegar jamás el pensamiento humano,

y unida a ti por invisible nudo,  
en las recias batallas de la vida  
tú la espada serás y yo el escudo. 230

Esto dijo, y su voz siempre querida,  
vibró en mi corazón, como las notas  
de un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas:  
sentí al impulso de su acento tierno 235  
las ligaduras de mi carne rotas,

y traspasé las puertas del Infierno,  
y con espanto vi de los precitos  
la fiera angustia y el suplicio eterno,

y horripilado percibí los gritos  
que arrancaba a las almas pecadoras 240  
la tremenda expiación de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,  
cerrado para siempre a la esperanza,  
donde son siglos de dolor las horas,

invencible y tenaz desconfianza 245  
sujetaba mis pies, o el terror ciego  
que nunca el hombre a dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego

el nombre de Beatriz, romper me hacía  
olas de sangre y límites de fuego. 250

Mas no tan sólo en la región sombría  
del llanto penetré: siempre guiado  
por mis sueños de amor y poesía,

subí también al círculo apartado  
donde las almas con ferviente anhelo 255  
esperan el perdón de su pecado;

y lejos ya de la mansión del duelo,  
visité, libre de temor impuro,  
las esferas espléndidas del cielo.

Dijo Dante, y alzándose del duro 260  
tronco, emprendió de nuevo la jornada  
con ánimo resuelto y pie seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada  
con el mudo tropel de mis ideas,  
al través le seguí de la enramada. 265

De repente exclamó: -¡Bendita seas  
santa ilusión que nuestra pobre vida  
dignificas, levantas y hermo seas!

Sin ti, nuestra conciencia sumergida  
en tenebroso y perdurable encierro, 270  
gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por ti, mi voluntad de hierro  
pudo sufrir la adversidad terrena  
y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por ti, subí sin pena, 275  
pero no sin orgullo, los peldaños  
tan tristes, ¡ay!, de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,  
soporté con firmeza soberana  
la injusticia de propios y de extraños. 280

¡Ay! Si al hundirme en la miseria humana  
no columbrara en lontananza el puerto  
y la costa segura, aunque lejana;

si en medio del mundano desconcierto  
no hubiese a veces mi razón confusa 285  
entrevisto el oasis del desierto;

privado de la paz que no rehúsa  
a las almas la fe, tú hubieras sido,  
¡oh desesperación!, mi única Musa.

Yo seguía escuchando embebecido 290  
las austeras palabras del Maestro,  
mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, a cada instante, más siniestro  
se presentaba, y la escabrosa ruta  
más estrecha y hostil al paso nuestro. 295

Paró, por fin, mi marcha irresoluta,  
salvando de improviso los abrojos  
que la boca cerraban de una gruta,

feroz pantera, cuyos anchos ojos  
relucían inquietos en la densa 300  
oscuridad, como carbones rojos.

Rasgando el aire con su voz inmensa,  
cual si estuviese contra mi en acecho,  
descuidado cogiome y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho, 305  
grité azorado, y a mi propio grito  
desperté, revolcándome en el lecho.

-¡Luz, dadme luz!, -clamé con infinito  
afán, con el afán del moribundo  
a quien mira su culpa de hito en hito. 310

-Sin el vivo calor, sin el fecundo  
rayo de la ilusión consoladora,  
¿qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Lejos de mí las sombras que a deshora  
llenan de espanto la conciencia humana! 315  
Y al decir esto, penetró la aurora  
en torrentes de luz por mi ventana.

En el crepúsculo vespertino  
El primer beso de amor

I

Al morir el invierno, el mundo siente  
renacer su agostada lozanía  
y cobra de improviso la energía  
con que despierta el alma adolescente.  
Corre la savia, como oculta fuente, 5  
por el árbol, sin hojas todavía,  
y so la tierra aletargada y fría  
palpitan el insecto y la simiente.

Cuando sus auras germinales lleva  
marzo ventoso hasta el sepulto grano, 10  
todo se anima y todo se renueva.

Sólo, como un sarcasmo de la vida,  
en el marchito corazón humano  
¡ay!, no retoña la ilusión perdida.

II

Amorosos y tiernos desvaríos  
que encendisteis la sangre de mis venas,  
ya tan lejanos de mi edad, que apenas  
tengo valor para llamaros míos,  
surgid de mi pasado, y luego hundíos 5  
en el profundo abismo de mis penas,  
como las ondas claras y serenas  
que en el inmenso mar vuelcan los ríos.

Rasgad la negra noche de mis males,  
cual atraviesa repentino lampo 10  
las nubes más cerradas y sombrías.

Y sed como las lluvias otoñales,  
que hacen brotar en el desnudo campo,  
quemado por el sol, flores tardías.

III

Huyeron ya mis años de pelea,  
y de la ardiente lucha retraído,  
sólo a mis vagos pensamientos pido

la calma que mi espíritu desea.

Soy como el veterano que, en la aldea 5  
donde ignorado vive y escondido,  
en contar los azares que ha corrido  
sus veladas inútiles emplea.

¿Quién os puede borrar de la memoria,  
sueños de la ambición, locos deslices 10  
de la edad juvenil y ansias de gloria,  
si, como las honrosas cicatrices,  
para siempre fijáis en nuestra historia  
el recuerdo de tiempos más felices?

#### IV

Quiero buscar reparador abrigo  
bajo mi antigua y olvidada tienda,  
que intervenir en la social contienda  
no es ya honor para mí, sino castigo.

¿En dónde, en dónde están los que conmigo 5  
se aventuraron en la lid tremenda?  
Dejando voy por la escarpada senda,  
uno tras otro, al deudo y al amigo.

Fue nuestra vida atormentada y triste,  
amargo el pan y la labor penosa; 10  
pero el templo que alzamos aun subsiste.

Y una voz inefable y misteriosa  
me dice ya: -Con tu deber cumpliste.  
Tienes derecho a descansar; reposa.

#### V

Viviré, ni envidioso ni envidiado,  
en la quietud que el cielo me conceda,  
y nada habrá que importunarme pueda  
como lo que he sentido y he pensado,

¿A qué seguir con paso acongojado 5  
de la fortuna la mudable rueda?

Toda mi vida a mis espaldas queda  
y flota, como un sueño, en lo pasado.

¿Por qué, teniendo al fin de la jornada  
la luz detrás, la lobreguez delante, 10  
no tornar a otros tiempos la mirada?

Vuelva hacia ti mi corazón amante,  
¡oh aurora de mi vida, inmaculada,  
más luminosa cuanto más distante!

#### VI

De mi niñez la dócil compañera,  
abrasada en la fe de sus mayores,

iba, llena de místicos temores,  
a recibir su comunión primera.

La luz de anticipada primavera, 5  
quebrándose en los vidrios de colores,  
con nimbo de irisados resplandores  
coronaba su rubia cabellera.

Cuando al pie del altar, con la creciente  
exaltación de su cristiano celo, 10  
rindiose a Dios la virgen inocente,  
me pareció que en sosegado vuelo,  
agolpándose en torno de su frente,  
la besaban los ángeles del cielo.

## VII

Nunca gozó la tierra castellana  
más gentil y perfecta criatura.  
Era su tez tan sonrosada y pura  
como el nítido albor de la mañana.

Tenía su mirada soberana 5  
el brillo de un lucero en noche oscura,  
y exhalaba su púbera hermosura  
el fresco aronia de la flor temprana.

Como el gorjeo halagador del ave  
que canta en libertad, era su acento, 10  
a un tiempo mismo, arrebatado y suave.

¿Quién competía, en el risueño coro  
de alegres niñas, con aquel portento  
de ojos azules y cabellos de oro?

## VIII

Ajenos al temor y a la tristeza  
crecimos cual los frutos de una rama,  
y aún alumbra el confuso panorama  
de mi vida, su cándida belleza.

Mas cuando la inmortal Naturaleza 5  
dice a la juventud: -¡Despierta y ama!  
y alcanzamos la edad en que la llama  
de la pasión a embravecerse empieza,  
su genio se volvió, para mi daño,  
cayendo en singulares extravíos, 10  
suspical, melancólico y huraño.

Ya extremaba, impaciente, sus desvíos  
y ya, sumida en estupor extraño,  
no apartaba sus ojos de los míos.

## IX

A veces se escapaba de su pecho

forzado gozo y sin razón reía,  
otras, entre sus manos escondía  
su hermoso rostro, en lágrimas deshecho.

Siempre alterado y nunca satisfecho, 5  
yo con ávidos ojos la seguía,  
que era su angustia causa de la mía  
y origen su esquivez de mi despecho.

¿Quién, turbando de pronto las serenas  
horas de nuestra paz íntima y santa, 10  
rompió nuestras dulcísimas cadenas?

Preguntádselo al pájaro que canta,  
labrando el nido, sus ocultas penas,  
y al insecto, y al germen, y a la planta.

## X

Los dos, un día, en solitario huerto,  
nos vimos con placer, fingiendo en vano,  
junto a un almendro, que se alzaba ufano  
de vigorosa floración cubierto.

Ya del invierno entumecido y yerto 5  
presentía la tierra el fin cercano,  
y de verde matiz vistiendo el llano  
esmaltaba la mies el surco incierto.

Cruzáronse al azar nuestras miradas,  
llenas de fuego, como en lid reñida 10  
centellando se cruzan dos espadas.

Y envolvió nuestras almas de tal modo  
aquel desbordamiento de la vida,  
que, sin hablar, nos lo dijimos todo.

## XI

No sé qué impulso irresistible y rudo  
me sacó de mi extático embeleso:  
sé que en su casta boca estampé un beso  
y la abracé con apretado nudo.

La pobre niña, que evitar no pudo 5  
de mi pasión el temerario exceso,  
vaciló, temblorosa, bajo el peso  
de aquel ósculo ardiente, intenso y mudo.

Haciéndome sentir de sus enojos  
el noble arranque, con nervioso brío 10  
mis ímpetus contuvo y mis antojos.

Pero ¿cómo ofenderme su desvío,  
si el amor, asomándose a sus ojos,  
a traición me entregaba su albedrío?

## XII

¡Ay! ¡No era para mí ventura tanta!  
Tenaz dolencia arrebatome aleve  
de mi tierna ilusión la dicha breve,  
que aún muerta en mi memoria se levanta.

Del seno virginal de aquella santa, 5  
como nube de incienso undosa y leve,  
voló el alma, tan pura cual la nieve  
que no manchó jamás humana planta.

Cuando en su casto lecho, con profundo  
recogimiento, el pan de eterna vida 10  
recibió, despidiéndose del mundo,  
clavó en mí su mirada entorpecida  
con el supremo afán del moribundo,  
y quedó, al parecer, como dormida.

### XIII

Han pasado los años, y aún la veo.  
Aún, dejando tras sí radiante huella,  
surca la obscuridad su imagen bella  
como fulguración de mi deseo.

Cuando en la lucha del deber flaqueo 5  
y el brutal desengaño me atropella,  
fijo el cansado pensamiento en ella  
y, como en tiempos venturosos, creo.

Hoy que, ceñido el corazón de espinas,  
del sol poniente al resplandor escaso, 10  
me siento a meditar sobre mis ruinas,  
por vez postrera, apresurando el paso,  
¡ay!, llega con sus tintas matutinas  
a templar las tristezas de mi ocaso.

### Miniatura Julieta y Romeo

Pronto a partir, temiendo que la aurora  
a sus contrarios delatarle pueda,  
de pie en la escala de torcida seda,  
suspira el joven con pesar: -¡Ya es hora!

Y envuelta en la hojarasca trepadora 5  
que por los vidrios del balcón se enreda,  
con voz, la dama, entrecortada y queda  
retiene al dulce bien que le enamora.

Tan sólo el canto, precursor del día,  
de la impaciente alondra, quebrar pudo 10  
del furtivo coloquio el embeleso.

-¡Ya va el alba a llegar, vete, alma mía!,  
-ella gimió, y en el silencio mudo  
de la vencida noche, estalla un beso.

A un agitador

I

En vano mueves la opinión, y en vano  
tu palabra de fuego centellea.  
Para que llegue a germinar la idea  
que arrojaste en el surco, aún es temprano.  
Fundiendo el tiempo en el crisol humano 5  
razas y tribus, las naciones crea.  
¿Hay, por ventura, alguna que no sea  
lenta labor de su invisible mano?  
Por más que ceda a la presión del hecho,  
no sacrifica un pueblo dócilmente 10  
su fe, su tradición y su derecho.  
Y cual río caudal, cuya corriente  
cambiando avanza por su antiguo lecho,  
siempre es el mismo y siempre diferente.

II

Cuando la nieve que el invierno frío  
en las abruptas cumbres aglomera,  
licuada por la tibia primavera,  
baja de peña en peña al valle umbrío,  
el revuelto turbión que afluye al río 5  
márgenes rompe, y la corriente fiera,  
dilatando el estrago por doquiera,  
lánzase al mar con indomado brío.  
El soberbio raudal devasta el llano,  
arrebata los rústicos hogares, 10  
descuaja el bosque y la ciudad inunda:  
hasta que Dios, con inflexible mano,  
le reduce a sus cauces seculares,  
y las campiñas que asoló, fecunda.

El único día del paraíso

I

En la bóveda azul, antes sombría,  
el fulgor de la gloria reverbera,  
y es el mundo en su breve primavera  
todo amor, todo paz, todo armonía.

¡Con qué infantil y extática alegría 5  
alzan su vista a la insondable esfera  
Eva y Adán, cuando por vez primera  
abren los ojos a la luz del día!

Rinden al hombre, sazonado fruto  
la tierra, el cielo su vital fluido, 10  
música el bosque y obediencia el bruto.

Todos vienen a un signo de su dedo:  
que, en brazos del dolor, aún no ha nacido  
de las entrañas de la culpa el miedo.

## II

Despliega el sol, que por Oriente asoma  
con regia majestad, su intensa llama  
y el calor de la vida desparrama  
por la extendida vega y fértil loma.

Gustando, incautos, la madura poma 5  
cuyo jugo sus picos embalsama,  
juntos se posan en la misma rama  
el halcón y la tímida paloma.

Por el llano, feraz sin que la reja  
le desgarré inclemente, en paz bendita 10  
pastan el lobo y la sufrida oveja.

Y en el Edén florido, que palpita  
como un seno fecundo, se refleja  
la calma de los cielos infinita.

## III

Eva, que aspira en el jardín ameno  
el húmedo frescor de la alborada,  
ve su casta hermosura retratada  
de manso arroyo en el cristal sereno.

Céfiro besa, de perfumes lleno, 5  
su cabellera, como el sol, dorada,  
que cae en leves ondas desatada  
sobre el ebúrneo y delicado seno.

Quédase un punto atónita, indecisa,  
quiere luego abrazar la imagen pura 10  
que en la corriente trémula divisa,

y, al ver rota en el agua su figura,  
lanza a los ecos su vibrante risa  
perdiéndose a través de la espesura.

## IV

La muda soledad del firmamento,  
como un lago, tranquila y transparente,  
el murmullo apacible de la fuente,

la rumorosa undulación del viento,  
de la vida el perpetuo movimiento 5  
que Adán, embelesado, admira y siente,  
todo sume su espíritu inocente  
en grave y religioso arrobamiento.

Con el llanto agolpándose a sus ojos,  
sobrecogido ante grandeza tanta, 10  
póstrase, en tierna adoración, de hinojos.

Y es, bajo el solio del espacio inmenso,  
la primera oración que a Dios levanta,  
pura cual nube de oloroso incienso.

## V

Eva, por la serpiente seducida,  
cede al funesto ardor que la devora  
y vuelve a Adán, confusa y tentadora,  
de su belleza virginal vestida.

Por gustar de la fruta apetecida 5  
que despierta sus ansias en mal hora,  
suplica humilde, apasionada llora  
y en su inquietud febril de Dios se olvida.

Fuego devorador y repentino  
de Adán enciende el contenido celo 10  
y abre a su infausta rebelión camino.

Y cuando, en lucha con su propio anhelo,  
sucumbe al dulce halago femenino,  
va el sol llegando a la mitad del cielo.

## VI

¡Cuán tremendo el estigma del pecado  
sobre sus almas consternadas pesa  
al ver pasar, como fugaz pavesa  
barrida por el viento, el goce hurtado!

Núblase el cielo de repente, el prado 5  
se agosta, el canto de las aves cesa  
y huyen rugiendo por la selva espesa  
las fieras en tropel desordenado.

Como vagas imágenes de un sueño,  
brillan y se deshacen de improviso 10  
las dichas del Edén, antes risueño.

Y en la gran dispersión del Paraíso,  
sólo queda a las plantas de su dueño,  
aullando de terror, el can sumiso.

## VII

«¡Gemid, gemid por vuestra infausta suerte,  
-truenas la voz de Dios desde la altura-;

la paz del mundo en negra desventura  
vuestra soberbia ingratitud convierte!

Tú, Adán, tú labrarás, como más fuerte, 5  
desde hoy la tierra, a tus esfuerzos dura,  
y será siempre tu progenie impura  
esclava del dolor y de la muerte.

Salid, hasta que en hora venidera,  
el pie de una mujer inmaculada 10  
la frente aplaste de la sierpe artera.»

Dijo, y blandiendo su fulmínea espada  
el ángel del Señor, echolos fuera  
del mustio Edén, y les cerró la entrada.

### VIII

La tarde empieza a declinar. Con paso  
medroso y torpe, la infeliz pareja  
de aquel lugar de perdición se aleja,  
dirigiendo su rumbo hacia el ocaso.

El tímido pudor ante el fracaso 5  
de la ventura humana, huye y los deja,  
y con rígida piel de blanca oveja  
cubren su cuerpo macilento y laso.

Cada vez es más áspero el camino:  
difusa franja de matices rojos 10  
arrebola el celaje vespertino.

Avanzan, y al través de los abrojos  
con susto ven, del animal dañino  
que está en acecho, relucir los ojos.

### IX

La rencorosa culpa que con ellos  
marcha invisible, sus conciencias muerde  
para que el bien pasado les recuerde  
el dolor, y se ericen sus cabellos.

Ya la tierra, a los pálidos destellos 5  
de amortiguada luz, sus galas pierde  
y no muestran el monte, ni la verde  
selva, ni el cielo azul tonos tan bellos.

La tristeza aumentando del paisaje,  
oyen por donde van, lúgubre y queda 10  
la voz de su delito que los nombra.

Y lejos, por los troncos y el follaje  
de la intrincada y tétrica arboleda,  
ven flotar los fantasmas de la sombra.

### X

El sol, al trasponer la última cumbre,

su disco agranda y por instantes crece,  
y está tan encendido, que parece  
el rojizo horizonte, un mar de lumbre.

-¡Oh Dios! Bajo su enorme pesadumbre 5  
se precipita el sol. ¡Todo fenece!  
Eva temblando grita y desfallece,  
presa de su mortal incertidumbre.

-¡Es el incendio, es el incendio!, -gime  
desesperado Adán-. ¡Tal vez la llama 10  
que purifica el alma y la redime!

Y alzando al alto cielo que se inflama  
la faz inquieta, en su terror sublime,  
-¡Dios que ofendí, misericordia!, -clama.

## XI

Rendidos por la angustia y el espanto  
caen en honda congoja, y mientras dura  
su lánguido sopor, la noche oscura  
cubre los cielos con su negro manto.

¡Ay!, al volver de su estupor, ¡con cuánto 5  
afán, mezcla de asombro y de pavor,  
clavan en las tinieblas de la altura  
su mirada tenaz, que ciega el llanto!

Con el aura que calla el ruido expira.  
Un astro sin calor, por el sombrío 10  
y mudo espacio, amarillento gira.

Y, abrazándose a Adán, en su extravío,  
Eva balbuce sollozando: -¡Mira!  
¡Es el sol que se muere! ¡Siento frío!

## XII

Y la celeste bóveda enlutada  
es para su creciente desconcierto,  
urna de un mundo desquiciado y muerto  
que toca en los confines de la nada.

Llenos de horror, con la razón turbada 5  
y el semblante de lágrimas cubierto,  
por aquel vasto y lóbrego desierto  
van a tientas siguiendo su jornada.

Su propio pensamiento los hostiga,  
la sombra todos los caminos cierra, 10  
y es mayor por momentos su fatiga.

Hasta que el susto embarga sus sentidos  
y dan, como cadáveres, en tierra  
por su medrosa ofuscación vencidos.

## XIII

¡Oh claridad del alba, precursora  
de un día inesperado! Tú viniste  
a liberrar a Adán de aquella triste  
noche, como el pecado, abrumadora.

Despiértase la vida, el sol colora 5  
la tierra, el ciclo de fulgor se viste,  
y en jubiloso coro cuanto existe  
canta el himno sublime de la aurora.

Desde que, envuelto en santa poesía,  
un rayo matinal tenue y fecundo 10  
calmó de nuestros padres la agonía,  
para el mísero, el pobre, el moribundo,  
en el primer destello de aquel día,  
¡tú, Esperanza inmortal, bajaste al mundo!

## Al dolor

### I

Tú nos recoges al nacer, y en vano  
es luchar contra ti. Nunca vencido,  
la vida universal siempre ha gemido  
sujeta al férreo yugo de tu mano.

¡Ah!, si en la inmensidad tu soberano 5  
poder, sobreponiéndose al olvido,  
el llanto condensase que ha vertido  
desde su origen el linaje humano;  
si la lóbrega nube reventara  
y bajo su espantosa pesadumbre 10  
en lluvia torrencial se desatara,  
tocando el mundo en su postrero día,  
el diluvio de lágrimas, la cumbre  
de los más altos montes, cubriría.

### II

¿Quién escapa de ti? ¿Quién tu castigo  
evita? ¿Quién se esconde a tu mirada?  
Desde que el hombre emprende su jornada  
de la cuna al sepulcro, va contigo.

Mas no con torpe lengua te maldigo 5  
¡oh Dolor!, cuya fuerza incontrastada,  
como Dios sacó un mundo de la nada,  
sacas del mal la luz que adoro y sigo.

Fuerte artista que labras tu escultura,  
el bloque humano sin piedad golpeas 10  
y el bien arrancas de su entraña dura.

Chispas de tu cincel son las ideas

con que iluminas nuestra noche oscura,  
cuando tus obras inmortales creas.

### Grandeza humana

«¿Quién contra mí? Con el misterio en guerra,  
nada resiste a mi potente anhelo:  
Esclavizo la luz, escalo el cielo,  
bajo al fondo del mar, reino en la tierra.  
De los secretos que Natura encierra 5  
voy desgarrando el tenebroso velo,  
y cuando, en mi ambición, remonto el vuelo,  
Dios no me espanta ni el dolor me aterra.  
¡Cuán grande soy! Dispongo del estrago.  
Los mismos dioses que adoré en mi aurora 10  
hoy, con desdén sacrílego, deshago...»

-  
-¡Bah! No tu loco orgullo se desmande:  
el átomo invisible que devora  
tu vida y tu soberbia, ése es más grande.

### La esfinge

#### I

La caravana por camino incierto  
con recelosa indecisión avanza,  
temiendo a cada paso la asechanza  
de las nómadas tribus del Desierto.  
Por todas partes el espacio abierto 5  
se pierde en fatigosa lontananza,  
y donde quiera que la vista alcanza  
todo está triste, desolado, muerto.  
Ni verde selva, ni azulado monte  
el mar limitan de infecunda arena 10  
en que el dócil camello hunde su planta,  
y sólo al fin del diáfano horizonte,  
brillando al sol, inmóvil y serena,  
la misteriosa Esfinge se levanta.

#### II

Sembrado está de huesos, que calcina  
sol inclemente, el árido contorno,  
y por el aire, ardiente como un horno,  
no cruza ni una humilde golondrina.  
Alza polvo sutil densa neblina 5

de la cansada caravana en torno,  
que, rindiéndose al peso del bochorno,  
con soñolienta postración camina.

Nada su sed inextinguible aplaca,  
antes se irrita más, cuanto más finge 10  
gratos oasis el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca  
la gigantesca mole de la Esfinge,  
impenetrable y muda como el cielo.

### III

Buscando alivio a sus atroces penas,  
en su camello el árabe dormita;  
mas ¡ay!, de pronto se incorpora y grita  
y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el simum, rompiendo sus cadenas, 5  
obscurece la bóveda infinita  
y con terrible convulsión agita  
el vasto mar de líbicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa,  
arrolla en desatado torbellino 10  
la caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve a sosegarse el llano,  
allá, ciega y brutal como el Destino,  
corta la Esfinge el término lejano.

Leyendo el monólogo de Hamlet

#### HAMLET

¡Ser o no ser! ¡La alternativa es ésta!

Si es a la de la razón más digno  
sufrir los golpes y punzantes dardos  
de suerte horrenda, o terminar la lucha  
en guerra un piélago de males. 5  
Morir; dormir. No más. Y con un sueño  
pensar que concluyeron las congojas,  
los mil tormentos de la carne herencia,  
debe término ser apetecido.  
Morir; dormir. ¿Dormir? ¿Soñar acaso! 10  
¡Ah!, la rémora es ésa, pues qué sueños  
podrán ser los que acaso sobrevengan  
en el dormir profundo de la muerte,  
ya de mortal envuelta despojados,  
suspende la razón: ahí el motivo 15  
que a la desgracia da larga vida.  
¿Quién las contrariedades, el azote

de la fortuna soportar pudiera,  
la sinrazón del déspota, del vano  
el ceño, de la ley las dilaciones, 20  
de un amor despreciado las angustias,  
del poder los insultos, y el escarnio  
que del menguado el mérito tolera,  
citando él mismo su paz conseguiría  
con un mero punzón? ¿Quién soportara 25  
cargas, que con gemidos y dolores  
ha de llevar en vida fatigosa,  
si el recelo de un algo tras la muerte,  
incógnita región de donde nunca  
vuelve el viajero, no turbara el juicio, 30  
haciéndonos sufrir el mal presente,  
antes que en busca ir de lo ignorado?

SHAKESPEARE (Hamlet, acto II, escena I)

¿Quién, sin morir, en el obscuro abismo  
de lo ignorado penetrar pudiera,  
saber la suerte del torrente humano  
que el impulso del tiempo, hora por hora,  
vuelca en la muda eternidad, y luego 5  
volver al mundo, iluminar las armas  
y disipar la tenebrosa duda  
en que, siglo tras siglo, se consumen?  
Mas Dios no quiere que mortales ojos  
profanen, atrevidos, el misterio 10  
donde, como en un templo, están ocultos  
el principio y el fin de cuanto alienta.  
Y a la manera con que frágil orla  
de leve arena el ímpetu contiene  
del proceloso mar, así la tumba 15  
dice al soberbio y loco pensamiento:  
-¡No pasarás de aquí!

Si no arraigara  
en nuestra mente la tenaz idea  
de un más allá sin fondo y sin orillas,  
do reparten el premio y el castigo 20  
la justicia absoluta, el Bien supremo  
y la excelsa Verdad; si nuestra vida  
fuese como el relámpago que nace  
y muere en las entrañas de la nube,  
sin dejar de su paso huella alguna, 25  
y no tuvieran ulterior destino  
ni el bien ni el mal, ni el sacrificio santo  
ni la torpe ambición; si el mismo sueño  
durmiesen en el lecho de la nada,

indiferente, inalterable y ciega, 30  
el déspota y el siervo, el noble mártir  
y el verdugo feroz, el alma pura  
y el corazón dañado, no serías  
¡oh Sumo Dios, en quien adoro y creo!  
ordenación, y providencia, y eje 35  
del universo, que en tu amor descansa.

Pero es, Señor, tan grande la tragedia  
de los hijos del hombre, tan profundo  
e incurable su mal, y la aparente  
complicidad de los callados cielos 40  
con tal pujanza a la razón se impone,  
que, a veces, ¡ay!, hasta la fe más viva  
vacila temerosa y desespera,  
semejante a la roca que, azotada  
por el vaivén continuo de los mares, 45  
retiembla en sus cimientos de granito.  
Cuando desde las cumbres de la Historia  
el abatido espíritu, rompiendo  
la densa lóbreguez de lo pasado,  
contempla absorto la intrincada ruta 50  
que, manchada de lágrimas y sangre,  
la humanidad ha recorrido, siente  
como un vago terror, y en el silencio  
de la noche, en las páginas del libro  
sobre el cual, melancólico, medita, 55  
piensa escuchar, como el fragor confuso  
de un mar, oculto a la mirada, el ronco  
grito de espanto, el lúgubre lamento  
de cien generaciones ya sepultas.  
Desde que el hombre amaneció en la tierra, 60  
hacia la huesa inescrutable y fría  
revueltos van esclavos y señores  
torciéndose de angustia, atormentados  
de misterioso afán y siendo todos,  
en la incesante y bárbara pelea, 65  
a la vez vencedores y vencidos.  
Allá van los asiáticos imperios  
con su abominación; con sus crueles  
iniquidades, sus atroces fiestas  
y sus infamias la cesárea Roma. 70  
Allá van razas, tribus y naciones  
al fraude y a la fuerza sometidas,  
y en lo más hondo de su negro seno,  
sin pan el pobre, sin clemencia el rico,  
sin el alivio de su pena el triste, 75

y todos sin amor. Así, ¡oh desdicha!,  
fueron y van, tras la impalpable sombra  
de su ilusión, los míseros mortales,  
arrastrando en su curso tumultuoso  
hacia el voraz sepulcro, sus ensueños 80  
de gloria, sin quiméricas grandezas,  
las breves y ostentosas creaciones  
de su incierta razón, hasta los vanos  
dioses, que en las catástrofes del mundo,  
incrusta el miedo en la flaqueza humana; 85  
tal como lleva desbordado río,  
entre sus turbias aguas, los despojos  
de las comarcas fértiles que asuela.  
Así fueron e irán, hasta que el tiempo  
toque en su plenitud y el sol se apague, 90  
todos los seres de mujer nacidos,  
siempre elevando el pensamiento, y siempre  
cayendo en un dolor sin esperanza.  
¡Revuélcate en tu inmundo estercolero,  
Job sin paciencia ni virtud, y llora! 95  
¡Llora, pues nunca te dará la tierra  
la soñada ventura que persigues,  
¡Viniste sólo a combatir, combate  
y sangra sin cesar, hasta que llegue  
la muerte redentora y te desnude 100  
de la gran podredumbre de la vida!

Mas ¿y después? ¡Después!... La luz excelsa  
para el ciego, la paz consoladora  
para el vencido, el lauro para el mártir  
y el eterno dolor para el verdugo. 105  
¡No, Dios, mil veces no! ¡Tú no has creado  
el espacio infinito en donde giran  
con firme ritmo innúmeras estrellas,  
para entregar a las monstruosas fauces  
de un insaciable azar, tanta hermosura! 110  
Ni has ornado de vivos resplandores  
el pabellón cerúleo, que cobija  
la humilde tierra, ni con franca mano  
das a los prados floreciente alfombra,  
verdor a las frondosas arboledas, 115  
ondas de plata diáfana a los ríos,  
nieve a las cumbres y olas a los mares,  
para que tan magnífico escenario  
sea tan sólo el campo de batalla  
donde en inútil lucha se devoren, 120  
sin paz ni tregua, los humanos seres

engañados por ti. ¡Caiga mi lengua,  
como fruto podrido de la rama,  
antes que lance contra ti, Dios mío,  
tan vil calumnia y tan horrendo ultraje! 125

El vértigo

SR. D. J. MARTÍNEZ PARRA

Mi querido amigo: varias veces, leyendo algunas de mis composiciones líricas, ha deslizado V. en mi oído la tentadora insinuación de que escribiera un poema donde se reflejasen las ideas, sentimientos y luchas de nuestra época, tan llena de altos pensamientos como de sucesos trágicos.

Exageraba V., llevado por el cariño que me profesa, el alcance de mis fuerzas, que son escasas para realizar la ardua empresa que V. me proponía, en la cual tantos ingenios se han estrellado, y que presenta todos los caracteres de una obra imposible. No hay marco capaz de encerrar en armónico conjunto la diversidad de propósitos, de pasiones y de conceptos de este siglo inmenso que ha presenciado y presencia tantas revoluciones en el orden social, en el psicológico y en el científico de un siglo que piensa y siente como ningún otro ha pensado ni sentido; que ha removido todas las fibras del alma y todos los intereses de la tierra; que camina a tientas, cayendo y levantándose en la sombra, pero sin desmayar nunca, por entre los más temerosos problemas, y que, empujado por el demonio insaciable de la investigación, llega a las más elevadas cimas y a los más hondos abismos, escala los cielos y se sumerge en los lodazales del mundo para verlo, sentirlo y conocerlo todo.

Hay épocas en la historia en que la razón ha seguido una dirección uniforme, precisa, claramente determinada; en que un principio, una necesidad social, un sentimiento político, moral o religioso, ha predominado casi en absoluto y se ha impuesto a la masa humana, haciéndola marchar en un sentido dado, como va la corriente de un río por su cauce. Las antinomias y rebeldías que engendra siempre el proceso de las ideas y que son el más poderoso estímulo del progreso humano (porque el día en que se apagara la contradicción, si esto fuera posible, la inteligencia se paralizaría, como se paraliza la sangre en un cuerpo muerto), fueron impotentes, en las épocas a que me refiero, para resistir el curso impetuoso de la idea matriz, del principio fundamental a que obedecían. Las ciencias, las artes, las costumbres, las leyes, todo avanzaba en la misma dirección, por el mismo camino, hacia el mismo fin y con el mismo paso. Dentro de estos períodos de ordenada elaboración intelectual, la poesía podía apreciar el movimiento de la humanidad en una síntesis suprema; abarcarla con su mirada desde las cumbres de su inspiración; cantar sus grandezas y sus miserias, y ser al mismo tiempo la queja y el himno de aquellas generaciones más o menos felices, pero disciplinadas.

En nuestro siglo el entendimiento humano ha crecido o se ha ensoberbecido tanto, que, rompiendo todos sus diques, se desborda y extiende como una riada. Atraída nuestra época por múltiples y contrapuestos ideales, sin dejarse dominar exclusivamente por ninguno, sufre, sin embargo, la influencia de todos. Escéptica y fanática, autoritaria y demagógica,

fríamente utilitaria y, a veces, generosa hasta el heroísmo, en su seno se codean, se empujan, se oprimen y compenentran los principios más contrarios, los intereses más hostiles entre sí, las aspiraciones más inconciliables: al lado de milagros cuya verosimilitud se hubiera resistido a admitir la Edad Media, surgen las negaciones más violentas; junto a las creencias más vivas, las dudas más desgarradoras; por todas partes resaltan en la órbita del pensamiento, el contraste, la antítesis, la incertidumbre, el conflicto. Ni la filosofía, ni el arte siguen rumbos lógicos y seguros, porque ninguna doctrina definida y concreta impera en absoluto; antes bien pasan con la oscilación del péndulo de un extremo a otro, influidas por modas tan caprichosas como efímeras. Ayer reinaba, por ejemplo, la metafísica; hoy ha caído en menosprecio: ayer el arte era idealista; hoy es realista: ayer se extraviaba por la inmensidad del espacio; hoy parece como que goza revolcándose en el fango más inmundado de la tierra: ayer levantaba ídolos; hoy derriba dioses. Grandes y profundas son las revoluciones sociales que en el presente siglo han trastornado la faz de los pueblos; pero son más grandes y profundas todavía las revoluciones que han agitado y agitan el mundo de la filosofía y del arte. Hay más distancia de Krause a Hartman, de Paul Delaroché a Courbet, de Lamartine a Zola y su escuela, que la que media entre la autocracia rusa y la democracia americana; y no obstante, ¡cuán pocos años hemos necesitado para salvar este abismo! Los mismos quizás que emplearemos mañana para desandar lo andado, para volver a nuestro punto de partida, para rehacer, en lo posible, lo que hemos deshecho, y, destruir, también en lo posible, lo que hemos creado, porque el péndulo no se para nunca. ¡Siempre el flujo y reflujo de la vida!

¿Es racional que en medio de tan confuso remolino de ideas y de sucesos, intente la poesía y aunque lo intente, lo consiga, reflejar las diversas tendencias de esta época tan activa como perturbada, que a fuerza de tener todos los caracteres, puede decirse que no tiene ninguno? No, amigo mío, no lisonjee V. mi amor propio para que emprenda una obra irrealizable: conozco que me faltan alientos para arrojarme en la vorágine que V. me señala, donde tantos se han ahogado, y no quiero acercarme, ni por curiosidad, que sería peligrosa, a la esfera de atracción del precipicio; le tengo miedo.

Pero no es esto decir, que, atendiendo a los consejos de amigos para mí muy afectuosos, entre los cuales ocupa V. lugar preferente, no me decida acaso a escribir un poema de mayores y más trascendentales proporciones que los que hasta ahora he producido. Abrigo este pensamiento hace tiempo, y espero realizarlo, si Dios me concede para ello vida y reposo. Los poemas de cortas dimensiones que he publicado sólo son, como serán los que publique en lo sucesivo, tentativas en que ejercito mis fuerzas y ensayo mi aptitud para los varios géneros de la poesía contemporánea. En La última Lamentación de Lord Byron he procurado probarme en el tono épico, tal como creo yo que debe ser en nuestra época; en el idilio he intentado penetrar en el seno de esa poesía íntima, familiar, patética que se desarrolla al calor del hogar y en la dulce serenidad de la naturaleza; en La Selva Oscura he pretendido velar mi pensamiento, sin hacerle incomprensible, en los misterios de la alegoría y del simbolismo, y en La Visión de Fray Martín, de la cual el público sólo conoce el primer canto, he deseado, bajo forma severa y grave, unir lo fantástico y lo sobrenatural a lo real y trascendente. En EL VÉRTIGO, que ahora doy a la imprenta, y que corresponde también a la serie de mis ensayos, predominan exclusivamente el carácter legendario y la forma popular, para lo cual le he escrito en el metro del pueblo. Escaso es su valor; pero tal como es, se le dedico a V. cariñosamente, respondiendo a la estimación que siempre me ha

manifestado, y con él tendrá V. que conformarse, mientras yo no pueda, como V. desea y quiero, ofrecerle una obra de más importancia, nunca la que V. ha soñado, sino la que logre dar de sí el pobre y ya fatigado ingenio de su antiguo amigo que de veras lo aprecia,

GASPAR NÚÑEZ DE

ARCE.

Guarneciendo de una ría

la entrada incierta y angosta,  
sobre un peñón de la costa  
que bate el mar noche y día,  
se alza gigante y sombría 5  
ancha torre secular  
que un rey mandó edificar  
a manera de atalaya,  
para defender la playa  
contra los riesgos del mar. 10

Cuando viento borrascoso  
sus almenas no conmueve,  
no turba el rumor más leve  
la majestad del coloso,  
Queda en profundo reposo 15  
largas horas sumergido,  
y sólo se escucha el ruido  
con que los aires azota  
alguna blanca gaviota  
que tiene en la peña el nido. 20

Mas cuando en recia batalla  
el mar rebramando choca  
contra la empinada roca  
que allí le sirve de valla;  
cuando en la enhiesta muralla 25  
ruge el huracán violento,  
entonces, firme en su asiento,  
el castillo desafía  
la salvaje sinfonía  
de las olas y del viento. 30

Dio magnánimo el monarca  
en feudo a Juan de Tabares  
las seis villas y lugares

de aquella agreste comarca.  
Cuanto con la vista abarca 35  
desde el alto parapeto,  
a su yugo está sujeto,  
y en los reinos de Castilla  
no hay señor de horca y cuchilla  
que no le tenga respeto. 40

Para acrecentar sus bríos  
contra los piratas moros,  
colmole el rey de tesoros,  
mercedes y señoríos.  
Mas cediendo a sus impíos 45  
pensamientos de Luzbel,  
desordenado y cruel  
roba, asuela, incendia y mata,  
y es más bárbaro pirata  
que los vencidos por él. 50

Pasma, al mirar su serena  
faz y su blondo cabello,  
que encubra rostro tan bello  
los instintos de una hiena.  
Cuando en el monte resuena 55  
su bronca trompa de caza,  
con mudo terror abraza  
la madre al niño inocente,  
y huye medrosa la gente  
del turbión que la amenaza. 60

Desde su escarpada roca  
baja al indefenso llano  
con el acero en la mano  
y la blasfemia en la boca.  
Excita, con rabia loca, 65  
el ardor de su mesnada,  
y no cesa la algarada  
con que a los pueblos castiga  
sino cuando se fatiga,  
más que su brazo, su espada, 70

De condición dura y torva  
no acierta a vivir en paz,  
y como incendio voraz  
destruye cuanto le estorba.  
Todo a su paso se encorva; 75  
la súplica le exaspera;

goza en la matanza fiera,  
y con el botín del robo  
vuelve, como hambriento lobo,  
a su infame madriguera, 80

de cuyos espesos muros,  
en las noches sosegadas,  
surgen torpes carcajadas,  
maldiciones y conjuros.  
Con los cantares impuros 85  
de rameras y bandidos,  
salen también confundidos  
de los hondos calabozos,  
desgarradores sollozos  
y penetrantes quejidos. 90

Una noche, una de aquellas  
noches que alegran la vida,  
en que el corazón olvida  
sus dudas y sus querellas,  
en que lucen las estrellas 95  
cual lámparas de un altar,  
y en que, convidando a orar  
la luna, como hostia santa,  
lentamente se levanta  
sobre las olas del mar; 100

don Juan, dócil al consejo  
que en el mal le precipita,  
como el hombre que medita  
un crimen, está perplejo.  
Bajo el ceñudo entrecejo 105  
rayos sus miradas son,  
y con sorda agitación  
a largos pasos recorre  
de la maldecida torre  
el imponente, salón. 110

Arde el tronco de una encina  
en la enorme chimenea:  
el tuero chisporrotea  
y el vasto hogar ilumina.  
Sobre las manos reclina 115  
su ancha cabeza un lebel,  
en cuya lustrosa piel  
vivos destellos derrama  
la roja y trémula llama

que oscila delante de él. 120

El fuego con inseguros  
rayos el hogar alumbra;  
pero deja en la penumbra  
los más apartados muros  
Hacia los lejos oscuros 125  
la luz sus alas despliega,  
y riñen muda refriega  
en el fondo húmedo y triste,  
la sombra que se resiste  
y la claridad que llega. 130

Hosco don Juan y arrastrado  
por su incorregible instinto,  
cruza el gótico recinto  
convulso y acelerado.  
¿Qué maldad o qué cuidado 135  
embarga su entendimiento?  
Dijérase que el tormento  
de su corazón, si fuera  
el alma de aquella fiera  
capaz de remordimiento. 140

El odio que le avasalla,  
arreatado y sombrío,  
tiene el ímpetu del río  
pronto a quebrantar su valla.  
Ni se apacigua ni estalla 145  
la cólera que en él late,  
y con mil ansias combate  
como corcel impaciente  
que a un tiempo el castigo siente  
del freno y del acicate. 150

En tan solemne momento  
lucha Tabares a solas  
con las encontradas olas  
de su propio pensamiento.  
¿Qué busca? ¿Cuál es su intento? 155  
¿Triunfará Dios o Satán?  
Nunca los hombres sabrán  
por qué en el cerebro humano,  
como en el hondo Océano,  
las olas vienen y van. 160

En vano a vencerse prueba,

y con fuerza prodigiosa  
vuelve la pesada losa  
que abre paso a oculta cueva.  
Del repleto hogar se lleva 165  
un grueso leño encendido,  
y arrójase, enfurecido,  
por aquella negra entrada,  
lanzando una carcajada  
doliente como un gemido. 170

Alza el lebrel que dormita  
la noble cabeza, el sueño  
sacude, y en pos del dueño  
gruñendo se precipita.  
Don Juan, con ira inaudita, 175  
marcha como un torbellino,  
y va saltando sin tino  
uno tras otro escalón,  
entre el humo del tizón  
con que alumbra su camino. 180

Al fondo del antro baja,  
y con sus puños de hierro,  
de un triste y lóbrego encierro  
el postigo desencaja.  
Yace postrado en la paja 185  
un ser miserable y ruin,  
que recelando su fin  
azorado se incorpora,  
y con voz conmovedora  
grita: -«¿Qué quieres, Caín?» 190

Don Juan, insensible y duro,  
la vista en torno pasea,  
y fija la humosa tea  
en una grieta del muro.  
-«Luis -le responde-, te juro 195  
que te engaña el corazón,  
pues no tengo la intención  
de arrebatarte la vida,  
como a una fiera cogida  
en la trampa y a traición.» 200

-«¿Qué pretendes, pues?, -exclama  
don Luis, tendiendo los brazos-.  
¿Quieres anudar los lazos

a que la sangre nos llama?  
Si la pasión que te inflama 205  
en amor se convirtió,  
no te detengas, que yo  
con alma y vida te espero.»  
Y, rechazándole fiero,  
su hermano contesta: -«¡No! 210

Ya es razón que esto concluya  
-añade, falto de calma-  
¿Por qué Dios me ha dado un alma  
tan distinta de la tuya?  
Pues no hay fuerza que destruya 215  
el odio mortal que abrigo,  
¿a qué, di, cuando te hostigo,  
con tu cariño me hieres?  
¡Aborréceme, si quieres  
ser generoso conmigo!» 220

Luego, con gesto feroz,  
prosigue quedo, muy quedo  
como si tuviera miedo  
de escuchar su propia voz:  
-«¡Si supieras cuán atroz 225  
es la inquietud con que lidio!  
Yo prefiero el fratricidio  
al afán que me tortura,  
porque es tal mi desventura  
que hasta tus penas envidio. 230

Te detesto, y busco en vano  
un motivo a mis rigores.  
Yo, grande entre los mayores,  
con tu perdición ¿qué gano?»  
Y don Luis replica: -«Hermano, 235  
todo tiene sus azares.  
No conmigo te compares,  
que resultarás pequeño.  
Yo tus grandezas desdeño  
y tú envidias mis pesares.» 240

-«Es cierto. ¡Suerte menguada!»  
-dice don Juan impaciente,  
golpeándose la frente  
con mano dura y crispada,  
La bondad, jamás cansada, 245  
de don Luis le desespera,

y la pasión que le altera  
desborda en el calabozo  
con un ¡ay!, mitad sollozo,  
mitad rugido de fiera. 250

¡Ah!, no es extraño que gima  
de su angustia en el exceso,  
como el Titán bajo el peso  
del mundo que lleva encima.  
No es extraño que le oprima 255  
su rencor vivo y profundo,  
ni que se agite iracundo  
con más ímpetu quizás,  
porque a veces pesa más  
un pensamiento que un mundo. 260

De su voluntad no es dueño,  
como el alma pecadora  
a quien asalta a deshora  
su culpa en forma de sueño.  
Intenta, con loco empeño, 265  
vencer su ansiedad sombría,  
y exclama, con voz tan fría  
cual la punta de una daga:  
-«¡Esta sed sólo se apaga  
con tu sangre o con la mía! 270

Que el sol naciente me vea  
libre de tan grave peso.»  
Y levantándose el preso,  
dice resignado: -«¡Sea!»  
Don Juan recoge la tea, 275  
y echa a andar, perdiendo el tino,  
porque el fulgor mortecino  
que el seco leño despide  
tan sólo a trechos divide  
las tinieblas del camino. 280

El uno del otro en pos  
van, con paso mal seguro,  
por el subterráneo oscuro,  
abandonados de Dios.  
El lebrél entre los dos 285  
sobresaltado camina,  
y por la lóbrega mina  
llegan al viejo portillo,  
que a un lado tiene el castillo

del peñón en que domina. 290

El soldado que la puerta  
por fuera guarda y defiende,  
absorto el paso suspende  
viéndola de pronto abierta.  
Lejanas voces de alerta 295  
turban la noche callada,  
y con frase entrecortada  
por el ardor que le agita,  
don Juan, avanzando, grita:  
-«¡Eh, malsín! Dame tu espada.» 300

Resistir quiere el soldado,  
y el monstruo, entonces, golpea  
con la resinosa tea  
la faz del desventurado.  
Por el dolor trastornado, 305  
cae el centinela inerte.  
-«Toma, para defenderte,  
de ese menguado el acero  
prorrumpe don Juan, pues quiero  
morir o darte la muerte.» 310

Airado al ver tal acción,  
responde don Luis: -«Le tomo  
para clavarle hasta el pomo  
en tu infame corazón.  
Por tan bárbara traición 315  
te matara una y cien veces.»  
-«¡Gracias a Dios que apareces  
tal como yo te quería!,  
-clama, con sorda alegría,  
su hermano-. ¡Ya me aborreces!» 320

El frío intenso y tenaz  
calma pronto la zozobra  
de don Luis, que al fin recobra  
su única dicha: la paz.  
Y en él despierta vivaz 325  
el recuerdo santo y tierno  
de aquellas noches de invierno  
en que, al amparo de Dios,  
juntos oraban los dos  
en el regazo materno. 330

Y compara aquellos años

de inocencia y bienandanza,  
tan henchidos de esperanza  
como desnudos de engaños,  
con los martirios y daños 335  
que ha sufrido entre cerrojos;  
y ante los duros, enojos  
de aquél a quien tanto quiso,  
siente llegar de improviso  
las lágrimas a sus ojos. 340

Don Juan, que ya no refrena  
sus iras, marcha delante  
revelando en su semblante  
la pasión que le enajena.  
Yace la noche serena 345  
en vago adormecimiento;  
la luna en el firmamento  
sin celajes resplandece,  
y hay tal calma, que parece  
como aletargado el viento. 350

Cuando a desatarse empieza  
la tempestad en el alma,  
¡qué insoportable es tu calma,  
oh madre Naturaleza!  
Nunca a la humana tristeza 355  
das el ansiado consuelo,  
y en los momentos de duelo  
nuestra pena es más aguda  
bajo la impasible y muda  
indiferencia del cielo. 360

Atravesando un pinar  
llegan, tras breve jornada,  
a una planicie situada  
entre las cumbres y el mar.  
Nada parece turbar 365  
la paz del estéril llano:  
sólo del ronco Océano,  
que con los peñascos lucha,  
el sordo rumor se escucha  
como un gemido lejano. 370

Todo en el alma despierta  
un vago afán misterioso:  
el infinito reposo  
de la llanura desierta;

la luz sin color y muerta, 375  
que inunda el diáfano ambiente;  
los ecos del mar rugiente,  
y el ladrido prolongado  
con que el lebrél erizado  
la catástrofe presiente. 380

Hay en la vasta llanura  
un tronco seco y sin ramas,  
despojado, por las llamas,  
de su pompa y su hermosura.  
De la escarcha la blancura 385  
le da un tinte funerario,  
pues se eleva solitario  
ennegrecido y escueto,  
como gigante esqueleto  
bajo su roto sudario. 390

Don Juan que la marcha guía,  
detiéndose allí, desnuda  
su espada, y, con voz sañuda,  
clama: -«¡Tu vid, o la mía!»  
En actitud grave y fría 395  
ante él su hermano se para,  
y mirando cara a cara  
a su opresor: -«¿Eso esperas?,  
-le dice-. ¡Qué más quisieras  
sino que yo te matara! 400

Hiere, si intentas herir;  
el golpe aguardo sereno,  
que yo, en cambio, te condeno  
al tormento de vivir.  
¿Adónde podrás huir 405  
que no te alcance el castigo?  
Te darán, en vano, abrigo  
otros climas y otras playas,  
pues donde quiera que vayas  
irá tu crimen contigo.» 410

«¡Mi crimen!, -ruge don Juan-.  
¡Por Cristo, que es brava idea!»  
Y en sus ojos centellea  
la cólera de Satán.  
«Cuando suelto el huracán 415  
rompe, arrolla y desbarata,  
sólo algún alma insensata,

en momento tan aciago,  
culpa al viento del estrago,  
y no a Dios que le desata. 420

Desde el día en que nací  
-añade airado y convulso-,  
obedezco a extraño impulso,  
y no soy dueño de mí.  
Lucha, pues armas te di 425  
para ganar la partida,  
que si en la lid fratricida  
no opones el hierro al hierro,  
juro a Dios que como a un perro  
voy a arrancarte la vida.» 430

-«¡Hazlo!, -contesta su hermano-.  
A tus instintos me entrego,  
pues no detendrá mi ruego  
los ímpetus de tu mano.  
Mi muerte será, ¡oh tirano!, 435  
tu expiación más tremenda;  
y rompo la espada, en prenda  
de que no quiero cobarde,  
ni piedad que me resguarde,  
ni acero que me defienda.» 440

Dice, y quebrando después  
la bruñida y sutil hoja  
en dos pedazos, la arroja  
de su verdugo a los pies.  
Avanza tranquilo, y es 445  
su porte grave y austero.  
-«Guarde cada cual su fuero  
-exclama-, y ya que es tu sino,  
mata como un asesino,  
mas no como un caballero» 450

Don Juan vacila un instante;  
con su conciencia batalla;  
pero al fin la envidia estalla  
más soberbia y más pujante.  
-«¡Imbécil, recojo el guante,» 455  
-grita con áspero tono;  
y, arrastrado por su encono,  
contra el desdichado cierra,  
que cae exánime en tierra,  
exclamando: -«¡Te perdono!» 460

¿Cómo expresar el horror  
de aquella escena de muerte?  
La víctima yace inerte  
a los pies del matador.  
Con su pálido fulgor 465  
la luna alumbra al caldo;  
el lebrél, enardecido,  
la hirviente sangre olfatea,  
y se revuelve, y rastrea,  
y rompe en lúgubre aullido. 470

Don Juan se detiene adusto:  
el asombro en él se pinta,  
y la espada en sangre tinta  
cae de su puño robusto.  
Los ojos vuelve con susto, 475  
horror se inspira a sí mismo,  
y cercano al paroxismo  
se retuerce y desespera,  
como si rodando fuera  
hacia el fondo de un abismo. 480

Tierra, mar y firmamento  
cuanto huella y cuanto mira,  
todo en torno suyo gira  
con rápido movimiento.  
Llénase su pensamiento 485  
de mortal incertidumbre,  
y la inmensa muchedumbre  
de visiones que le asalta,  
ondula, bulle, resalta  
entre círculos de lumbre. 490

Su razón se turba, un velo  
de sangre nubla sus ojos,  
y cubren vapores rojos  
el mar, la tierra y el cielo.  
Con acongojado anhelo 495  
lanza un grito de agonía,  
y huye como res bravía  
cuando de pronto a su oído  
llega el ardiente latido  
de la furiosa jauría.

Corre, corre, y corre en vano, 500  
porque cuanto más avanza

más cerca a mirar alcanza  
el cadáver de su hermano.  
No encuentra término al llano,  
y ve con ansia cruel 505  
los ojos del nuevo Abel  
de eterna sombra cubiertos,  
siempre fijos, siempre abiertos,  
siempre clavados en él. 510

Nunca el torpe matador  
de su víctima se aleja,  
y el miedo ver no le deja  
que va de ella en derredor.  
Al fin recoge el traidor 515  
de sus maldades el fruto:  
que a veces Dios, en tributo  
a su justicia ofendida,  
todo el dolor de una vida  
reconcentra en un minuto. 520

Su ronda desesperada  
sigue con bronco resuello,  
puesto de punta el cabello  
y atónita la mirada.  
En su fuga acelerada 525  
apenas el suelo toca,  
y cuanto más en su loca  
carrera el triste se ofusca,  
más le estrecha, más le busca,  
más el muerto le provoca. 530

Precipítase sin tino,  
y aumentando sus terrores,  
los espectros vengadores  
le acosan en el camino.  
Gira como un remolino 535  
sin detenerse jamás,  
y va ciego, y cuanto más  
huye, ve más espantado  
el cadáver siempre al lado  
y el lebrél siempre detrás. 540

Nada su pavor mitiga,  
y su marcha abrumadora  
se prolonga hora tras hora  
sin ceder a la fatiga.  
Su propio crimen le hostiga 545

con creciente frenesí,  
hasta que fuera de sí,  
crispado, lívido, yerto,  
se desploma junto al muerto  
gritando: -«¡Infeliz de mí!» 550

Cuando su manto repliega  
la triste noche sombría,  
tres muertos alumbra el día  
en la solitaria vega:  
don Luis, que en sangre se anega 555  
y yace en tranquilo sucio,  
don Juan, cuyo torvo ceño  
muestra su angustia final,  
y el lebre, noble y leal,  
tendido a los pies del dueño. 560

¡Conciencia, nunca dormida,  
mudo y pertinaz testigo  
que no dejas sin castigo  
ningún crimen en la vida!  
La ley calla, el mundo olvida; 565  
mas ¿quién sacude tu yugo?  
Al Sumo Hacedor le plugo  
que a solas con el pecado  
fueses tú para el culpado  
delator, juez y verdugo. 570

Hernán el Lobo  
Fragmento

Canto primero

I

En solitaria y eminente roca  
de los montes cantábricos, altiva  
rasga el espacio y en las nubes toca  
vieja torre feudal. La peña viva  
de donde arranca el resistente muro, 5  
con tan difícil corte el paso cierra,  
que no existe castillo más seguro  
coronando los riscos de la sierra.

## II

El peñón que le sufre, en dos partido  
por un extremo está, cual si de un tajo 10  
en formidable lid le hubiera hendido  
el hacha de un titán, de arriba abajo.  
Silvestre helecho y trepadora hiedra  
los bordes cubren de la herida piedra,  
por cuya enorme cavidad sombría 15  
surge espantable y prolongado grito,  
como si aquella mole de granito  
se doliese del golpe todavía.

## III

Es la voz del torrente fragoroso  
que se despeña de escarpada altura, 20  
y al pasar por la estrecha cortadura,  
del castillo feudal, muralla y foso,  
se arremolina, se retuerce, choca  
y salta, enfurecido y espumoso  
como el mar, por las quiebras de la roca. 25  
Cuando acrecienta su raudal la nieve  
que derretida de las cumbres baja,  
y los cimientos sólidos conmueve  
del cerro, y piedras y árboles descuaja,  
ante aquel espectáculo sublime 30  
retumba el eco, la montaña gime,  
con medrosa inquietud la res salvaje  
escapa sin cesar de risco en risco,  
se oculta laavecilla entre el ramaje,  
en su cueva el reptil, hasta en su aprisco 35  
la oveja se acobarda, y solamente  
el águila caudal, cuya pupila  
sonda la inmensidad, vuela tranquila  
sobre las turbias aguas del torrente.

## IV

El castillo, elevándose imponente, 40  
corrió un fantasma, en su picacho escueto,  
y sobre el negro tajo por do corre  
revuelto río, el levadizo puente,  
con cadenas fortísimas sujeto,  
como un esclavo, a la almenada torre: 45  
todo infunde en los ánimos respeto.  
Resalta el ancho y ostentoso escudo

sobre la puerta gótica, en la parda  
piedra, por toscas manos esculpido,  
y de pie en el umbral, siniestro y mudo, 50  
vigila el puente y sus contornos guarda  
un soldado con aires de bandido.  
Aumentan el misterio y la pavora  
de aquel lugar inexpugnable y rudo,  
la monótona voz del centinela, 55  
que las traiciones de la noche oscura  
siempre temiendo, sin descanso vela;  
y en bandadas los cuervos agoreros,  
que, al volver de los próximos pinares,  
buscan las hendiduras y agujeros 60  
de aquellos murallones seculares.

## V

Era una tarde de noviembre, helada  
como la mano de la muerte; espesa  
niebla cumbres y valles envolvía,  
y estaba el monte sumergido en esa 65  
confusa claridad, tenue y velada  
como el vago crepúsculo del día.  
Tan débil era y apagado el brillo  
de la pálida luz, que compartía  
su imperio con la sombra; a sus reflejos 70  
amortiguados, en el fondo obscuro  
de la sala espaciosa del castillo,  
se destacaban sin color los viejos  
y anchos sitiales de tallado roble  
que adornaban la estancia, y en el muro 75  
relucían los bélicos arneses,  
el férreo casco, el colosal mandoble,  
bruñido escudo, y rígida coraza,  
junto a la armada testa de las reses  
que el personal valor cobró en el noble 80  
y arriesgado ejercicio de la caza.  
De propincuo lugar, como el ornato  
principal del salón, cuelga un tablero,  
donde inhábil pincel trazó el retrato  
del magnífico y alto caballero, 85  
glorioso tronco de la ilustre casa,  
y, enfrente de él, en un sillón de cuero,  
con los pies arrimados a la brasa  
que dejó en el hogar ardido tuero,  
manchado por la crápula y el robo 90  
el señor del castillo, Hernán el Lobo,  
como le llama el general espanto,

ahogando estaba su conciencia en vino.  
Y no muy lejos su afligida esposa  
hilaba sin hablar, deshecha en llanta, 95  
el rubio copo de escardado lino.

## VI

Mil amargos recuerdos en profuso  
tropel cansaban su memoria, en tanto  
que entre sus dedos resbalaba el huso.  
¡Con qué dolor!, pero también ¡con cuánto 100  
enamorado afán clavaba ansiosa  
sus húmedas pupilas, de hito en hito,  
en la faz descompuesta y borrascosa  
de aquel malsín que embruteció el delito!  
Y él, insensible a todo, el cuerpo laso, 105  
balbuciendo palabras desacordes,  
y una vez y otras cien vaciando el vaso  
lleno de añejo vino hasta los bordes,  
con el rostro encendido, la mirada  
atónita y vidriosa, el sentimiento 110  
anonadado y la razón turbada,  
mezclando sin cesar un juramento  
a su insensata y bronca carcajada,  
ni aun reparaba en la infeliz aquella  
que a su maldad encadenó el destino 115  
para amarle y llorar, sola en el mundo:  
víctima desdichada que atropella  
indiferente y fiero en su camino,  
como la flor de las alturas huella  
el oso montaraz. ¡Con qué iracundo 120  
y bárbaro desdén Hernán la abrumba!  
Mas ¡ay!, hundida en su mortal congoja,  
sufre en silencio, y, cual la flor, perfuma  
el pie que torpemente la deshoja.

## VII

¡Oh! ¡Si supiera odiar!... Pero no sabe. 125  
No sabe, no, su espíritu sereno  
lo que es rencor, ni en su apacible seno  
la ruin pasión de la venganza cabe.  
En medio del horror que la rodea,  
tan sólo el bien su corazón desea, 130  
y cual la nieve que en la excelsa cima  
conserva inmaculada la blancura,  
cuanto más su conciencia se sublima,  
más se destaca inalterable y pura.  
¡Cuán suave y delicada es su hermosura! 135

Como el murmullo de los bosques, grata  
suenan su dulce voz: la misma queja  
en sus labios de rosa es un halago,  
Toda el alma en sus ojos se retrata,  
que su pupila transparente deja 140  
escudriñar el fondo, y como un lago  
la luz del cielo en su cristal refleja.  
Haz de rayos de sol es su cabello,  
que al deshacerse en ondas, ilumina  
los nobles hombros y el desnudo cuello. 145  
Mas ¡ay!, ¿por qué misterio que no alcanza  
la mente a descubrir, tan peregrina  
beldad pone su gloria y su esperanza  
en una bestia indómita y dañina?  
Busca el contraste el corazón humano 150  
con insaciable sed; la tierna Aurora  
cede a esta inclinación que la domina.  
En sus noches de insomnio intenta en vano  
torcer su voluntad, y gime y llora:  
bien conoce que es pérfido, y tirano, 155  
y codicioso Hernán; pero le adora.  
Le adora, y, sigue con amargo duelo,  
cual hoja seca que arrebató el río,  
por lo que lleva su pasión bastarda.  
Mas ¿cómo no, si hasta en el mismo cielo 160  
tiene el ser de la tierra más impío  
un ángel que, ante Dios, le escuda y, guarda?

## VIII

Hora de los recuerdos, que en las frías  
noches en que el pesar nos enajena,  
con las gratas memorias de otros días 165  
no endulzas, si no agravas nuestra pena,  
tú, cuya voz como invisible espada  
nos llega al corazón, ¿qué le decías?  
¿No despertaste en su abatida mente  
las muertas dichas de la edad pasada 170  
como una angustia más de la presente?  
¡Ay, sí! Que alguna vez, la infortunada  
evocó, sollozando, en la infinita  
desolación del alma que la aqueja,  
los breves goces de la ansiada cita 175  
en que gentil, apasionado y tierno  
Hernán, al pie de la importuna reja,  
rendido le juraba amor eterno.  
¿Cómo negar el merecido pago  
a su ruego ardoroso? ¿Cómo, esquivo, 180

volver el rostro al insinuante halago,  
y cómo resistir a su embeleso,  
si eran en él cada mirada un vivo  
rayo de luz y cada frase un beso?  
Todas las tardes, cuando en la alta sierra 185  
desmayaba del sol la roja lumbre,  
solo y a escape en su corcel de guerra,  
al través de la lóbrega espesura  
Hernán ganaba la riscosa cumbre.  
Sin que estorbaran su certero tino, 190  
ni el sitio agreste, ni la sombra obscura,  
seguro de sí propio y del caballo,  
volaba, como raudo torbellino,  
salvando abismos y cruzando breñas,  
entre las chispas que arrancaba el callo 195  
del ágil bruto a las cortantes peñas,  
para lanzarse, al fin de su camino,  
con el impulso desatado y ciego  
con que desborda la corriente brava,  
allí donde ella, en contenido fuego, 200  
tímida y palpitante le esperaba.  
¡Qué sueños! ¡Qué coloquios! ¡Qué arrebatos!  
¡Qué éxtasis de pasión! ¡Qué horas aquéllas  
tan venturosas, ay, como fugaces!  
¡Con qué fe renovaban, insensatos, 205  
a la indecisa luz de las estrellas,  
sus tiernas riñas y sus dulces paces!  
¡Cuántas veces la luz de la mañana,  
ni aguardada por ellos ni sentida,  
inundando de pronto la ventana, 210  
puso fin a su larga despedida!  
¿Cómo no comparar la pobre Aurora,  
en la noche terrible de su vida  
y en el tedio mortal que la devora,  
el bien soñado a su desdicha cierta? 215  
Y ¿cómo no llorar, si su esperanza,  
como paloma a quien el hierro alcanza,  
desde el cielo al abismo cayó muerta?

## IX

Aquel Hernán que despertó en su seno  
amor tan infeliz y tan profundo, 220  
estaba allí, como el reptil inmundo  
que se revuelca en pestilente cieno,  
abrumado de crímenes, beodo,  
sin luz en la razón, sin fe en el alma,  
y tranquilo quizás... ¡No!, que entre el lodo 225

jamás conserva el corazón su calina.  
¿Quién tiene de los réprobos la clave?  
¿Engendran las blasfemias en su boca  
la impiedad o el espanto? ¡Dios lo sabe!  
¡Nada hay estéril en el mundo! Crece 230  
el musgo humilde en la desnuda roca,  
entre hielos el líquen aparece;  
arraiga el pino en la rasgada grieta  
que abre la lluvia en el peñón tajado;  
sobre las tumbas el ciprés vegeta, 235  
y el miedo en la conciencia del malvado.

## X

¡Cuán honda, cuán fatídica tristeza  
inspira aquel salón! Encenagado  
el licencioso Hernán en su torpeza,  
y ella entregada a vanos desvaríos, 240  
juntos están en soledad medrosa,  
como dos muertos que en la misma fosa  
yacen mudos, inmóviles y fríos.

## XI

De pronto, con estrépito, la puerta  
abriose, y un pastor recio y membrudo, 245  
de torvo rostro y de expresión incierta,  
penetró en el salón. Rústico sayo  
de pieles sin curtir, con tosco nudo  
ceñido a la cintura, era su traje.  
Parose en el umbral, miró al soslayo 250  
con la inquietud curiosa del salvaje,  
y luego, destocando su cabeza,  
enmarañada como bosque espeso,  
avanzó hacia Fernán. La triste Aurora  
disimular no pudo bajo el peso, 255  
de su terror, la femenil flaqueza,  
y aturdida quedó, cual queda el ave  
al sentir la mirada abrumadora  
del rapaz gavián, en ella fijo.  
Hernán, con gesto reposado y grave, 260  
quiso ponerse en pie; pero en mal hora.  
Volcó su torpe esfuerzo la vasija  
de blanco estaño, que el licor ardiente  
encerraba, y con cómica sorpresa  
esparcirse le vio como un torrente 265  
de rutilante sangre por la mesa.  
-¡Cuerpo de Dios!, -refunfuñó impaciente-  
el diablo en mi camino se atraviesa-

y descargando su fornido puño  
sobre el tablón nudoso: -¡Habla, por Cristo! 270  
balbuciendo exclamó: -¿Qué pasa, Nuño?

## XII

-¡Escuchadme y sabréis! Por la cañada  
del puerto de las Víboras he visto  
buen golpe, descender de gente armada  
-dijo el zafio, clavando la mirada 275  
oblicua en su señor. -Son mercaderes:  
muy precavidos van; pero no creo  
que den pruebas de aliento en un apuro.  
Marchan revueltos hombres y mujeres,  
y juzgo, si no miente mi deseo, 280  
la lucha fácil y el botín seguro.  
Diez mulas llevan de poder y brío,  
rendidas bajo el peso de los fardos  
que en vuestras cuevas hacinar ansió,  
y exploran el terreno dos gallardos, 285  
ágiles y robustos montañeses.  
-Quisiera -exclamó Hernán- que me dijese  
cuántos los hombres son. -Gente no falta  
-respondióle el pastor-. -Mas cuando asalta  
el lobo algún redil, ¿cuenta las reses? 290  
-Nuño, tienes razón: fuera cobarde  
reparar en el número -repuso  
el fiero Hernán con desdeñoso alarde.  
La vil codicia disipó el confuso  
vapor, que sus potencias envolvía, 295  
como súbito viento de la tarde  
barre las brumas, aclarando el día,  
y alzose con indómita energía,  
parecido al león, que se espereza  
sacudiendo su crin desordenada, 300  
cuando siente, al través de la maleza,  
el resoplido de la presa ansiada.

## XIII

Arrasados en lágrimas los ojos,  
trémula, incierta y sin color Aurora  
a los pies de Fernán cayó de hinojos, 305  
y con la voz de la mujer que implora  
y acaricia a, la par, voz que semeja,  
vibrando de ansiedad y de cariño,  
del bien amado la sentida queja  
y la inocente súplica del niño: 310  
-¿Qué vas a hacer?, -le preguntó-. ¡Insensato!

Y él, mirándola airado y cejijunto,  
prorrumpió con estúpido arrebato:  
Hilad, señora, en paz, que no es asunto  
propio de flacas hembras el que trato. 315  
Exhaló la infeliz sordo gemido,  
y de sus manos se escapó la rueca  
como asustado pájaro del nido.  
Volvió otra vez a interponer su ruego;  
pero con frase dominante y seca, 320  
tan seca como el áspero chasquido  
del azote que al siervo despedaza:  
-¡Basta!, -gritole Hernán, de rabia ciego-,  
o juro a Dios que os pongo una mordaza.

#### XIV

Bajo el torpe rigor de la amenaza, 325  
ella, temblando, obedeció. Profundo  
y lúgubre silencio, tan sombrío  
como el que cerca al triste moribundo,  
en la estancia feudal reinó un instante,  
que allí también, desamparado y frío, 330  
expiraba de angustia un pecho amante.  
-Casi es seguro -con feroz sosiego  
el rústico siguió-, que aprovechando  
la ocasión, despojemos a mansalva...  
Hernán mirole con fijeza, y luego 335  
le preguntó, sin responderle: -¿Cuándo  
pasar los viste? -¡Al despuntar el alba!,  
-Nuño le contestó. Como la fiera  
ola del mar, que con murmullo blando  
suavemente acaricia la ribera, 340  
hasta que osada ráfaga de viento  
su furia excita y su quietud altera,  
Hernán alborotose de improviso,  
y yendo hacia el pastor, que sin aliento  
le contemplaba atónito y sumiso, 345  
colérico exclamó: -¿Cómo, menguado,  
acudes en tal hora a darme aviso?  
Si dices la verdad, ¿dónde has estado?  
-Tened piedad de la flaqueza mía  
-dijo Nuño, turbado como un reo 350  
delante de su juez, y las palabras  
temblaban en los labios del espía-:  
-He llegado hasta aquí, dando un rodeo,  
por donde acaso las monteses cabras  
no estamparon su huella todavía, 355  
y la razón de mi tardanza es ésa.

-¿Y por qué no venir por el atajo?,  
-preguntó Hernán-. -De mi valor respondo  
-el pastor replicó, bajo, muy bajo-:  
-Mas ¿quién se determina a tal empresa? 360  
¡Pasar junto al abismo en cuyo fondo  
vos!... ¡Imposible! -Y se erizó la espesa  
selva de sus cabellos. -¿Quién se arrima?  
Cuantos se adelantaron atrevidos,  
dicen que salen de la horrenda sima 365  
maldiciones, sollozos y alaridos.  
-Nuño calló, sus espantados ojos  
giraban en sus órbitas oscuras,  
como acosados tigres entre abrojos,  
cuando audaz cazador los acomete 370  
en su propio cubil. -¡Mucho aventuras!  
-gritole Hernán-. De mi presencia vete,  
y pide a Satanás que los alcance;  
que si por ti se nos malogra el lance,  
si tu incuria mis brazos encadena 375  
y vuelvo sin botín de la jornada,  
óyelo bien, te cuelgo, a mi llegada,  
para pasto de buitres, de una almena.

## XV

Despavorido el rústico y absorto  
ante el horrible gesto y la mirada 380  
de aquel malvado, del infierno aborto,  
fuese alejando, hasta ganar la puerta,  
con vacilante paso y faz miedosa:  
y al encontrarla en su camino abierta,  
rápido se escurrió, como el impuro 385  
y cobarde reptil por la musgosa  
y húmeda grieta de vetusto muro.

## XVI

-Yo amansaré tu condición villana  
-Hernán refunfuñó-. ¡Mal fin te auguro!  
Y abriendo de repente una ventana, 390  
-¡Hola!, -gritó, con estentóreo acento,  
a la chusma del patio-: Que la trompa  
con su bélico son los aires rompa,  
que mi rojo estandarte ondule al viento.  
No quede mesnadero, ni vasallo 395  
que a mi formal mandato se resista,  
o ¡vive Dios!, que sentirá mi fallo.  
Ya la caza en el término se avista.  
¡Son miserables corzos! ¡A caballo!

¡Todos en marcha! ¡Todos tras la pista! 400  
Dijo, y oyose el sordo clamoreo  
y el alegre bullicio de las gentes  
que se aprestaban al infame ojeo,  
y a poco retumbaron estridentes  
por valles y montañas, los sonidos 405  
de la trompa marcial. Ya en su escarceo,  
los potros al combate apercebidos,  
relinchaban fogosos, golpeando  
con sus herrados cascos la ancha losa,  
y Hernán, que estaba a la ventana, cuando 410  
vio soltar del rastrillo la cadena,  
se dispuso a partir.

## XVII

Pero su esposa,  
sobrecogida de zozobra y pena,  
abrazose frenética a su cuello  
como si el miedo le aumentara el brío, 415  
y casi extinto el último destello  
de su débil razón: -¿Dónde, bien mio,  
dónde vas?, -prorrumpió-. ¿Por qué me dejas  
sumida en esta angustia que me acaba?  
Y reía la mísera y lloraba, 420  
y a la vez palpitaban en su boca;  
ayes, suspiros, ósculos y quejas.  
-¡No te manches en sangre! Te lo pido  
por ti, por mí!, -clamaba como loca,  
y era triste su voz como el gemido 425  
de un arpa que se rompe-. ¡Ay, vida mía!  
no te condenes a suplicio eterno,  
que donde tú no estás, está mi infierno,  
y a la gloria sin ti renunciaría.  
Escuchábala Hernán como un idiota, 430  
extraño a todo sentimiento, mudo  
pero sombrío, y reprimiendo el llanto,  
ella con frase apresurada y rota  
por su amor, por su duelo y por su espanto:  
-¡Necia de mí!, -añadía-, ¿por qué dudo 435  
de tu cariño? Y con febril empeño  
más y más estrechaba el dulce nudo  
con que oprimía a su insensible dueño.

## XVIII

Hernán, repuesto ya de la sorpresa,  
y obedeciendo a sus instintos viles, 440  
desabrido exclamó: -¡Callad, señora!,

que no han de hacerme abandonar la empresa  
súplicas ni lamentos femeniles.

-Como animoso náufrago que implora  
inútilmente auxilio, y sólo escucha 445  
la voz de la borrasca bramadora,  
aunque distante de la amiga playa,  
lucha sin esperanza, pero lucha,  
y mientras tiene vida no desmaya,  
tal la inocente y desolada Aurora 450  
pretendió resistir, de aquella fiera  
nunca saciada, el sanguinario intento.  
-¡Ay!, -con amargo y penetrante acento,  
gimió, abrazada a su verdugo-: ¡Espera!  
¿No ves, si alguna compasión te inspira 455  
mi amor, que me asesinan tus desvíos?  
Y el monstruo, rechazándola con ira:  
-¡Cansada estáis!, -la contestó-. ¡Moríos!

## XIX

Soltose con tal ímpetu y coraje,  
que Aurora vino a tierra trastornada, 460  
y más que el golpe le dolió el ultraje,  
aunque bien advirtió la desgraciada  
que por su rostro pálido corría  
la sangre con las lágrimas mezclada.  
De pronto el sol, atravesando el velo 465  
de la niebla sutil que le cubría,  
vertió, desde el ocaso, sobre el suelo,  
su luz, más bella cuanto más tardía.  
Un rayo melancólico y furtivo,  
pasando por los vidrios de colores, 470  
bañó la faz de Aurora, do su vivo  
y trágico terror estaba impreso,  
como si conociendo sus dolores,  
aquel rayo bajara compasivo  
por mandato de Dios a darle un beso. 475  
Inmóvil y tendida sobre el duro  
pavimento de piedra, cual yacente  
estatua de un sepulcro, confundida,  
cada vez más siniestro y más obscuro  
entrevió el porvenir, y, no en la frente, 480  
dentro del corazón sintió la herida.  
Abatidos sus músculos y flojos  
postrada la conciencia, entumecida  
la voluntad, y en su mortal quebranto,  
la clara luz de sus hermosos ojos 485  
nublada por la sangre y por el llanto,

trató de incorporarse, mas no pudo,  
y el amor, y la pena, y el despecho  
con invisible y apretado nudo  
ahogaron los sollozos en su pecho. 490  
Desesperada, loca, en su infinito  
y rebelde pesar, una y tres veces  
el seno hiriose y, con vibrante grito,  
-¡Ay!, -dijo, ciega de furor-: ¡Maldito  
corazón, que ni olvidas ni aborreces! 495  
Iba a seguir; pero el rumor confuso  
que levantó en el patio la mesnada,  
término y fin a sus lamentos puso.  
Heló sus venas de la muerte el frío,  
y fijando en el cielo su mirada: 500  
-¡Ten -murmuró-, quedando aletargada  
compasión de ellos y de mí, Dios mío!

## XX

Cuando la bulliciosa comitiva  
atravesaba el puente en son de guerra,  
ya con su luz dudosa y fugitiva 505  
doraba el sol los picos de la sierra,  
y, lentamente, por la mustia alfombra  
de los oteros y cañadas, iba  
subiendo y espesándose la sombra.  
Era ese instante de suprema calma 510  
en que se extingue de la tarde el ruido  
y en sus tristezas se recoge el alma;  
cuando el grave y patético tañido  
de la campana los espacios llena,  
y con lengua metálica y sonora 515  
dice al mortal: -suspende tu faena:  
Dios te ofrece el descanso hasta la aurora;  
cuando forma y color se desvanecen,  
baja el silencio, las tinieblas crecen,  
y el campesino a quien el cielo avisa 520  
que interrumpa su rústico trabajo,  
a la luz del crepúsculo, indecisa,  
guía y conduce por estrecho atajo  
su mansa yunta a la cercana aldea,  
do amante madre o diligente esposa, 525  
solicita prepara y cariñosa  
sano alimento en el hogar que humea;  
cuando en pos del reposo apetecido  
busca el redil en el seguro prado  
la dócil res, el labrador cansado 530  
su pobre cama, el pájaro su nido,

y las p rfidas sombras el malvado.

 Pobre loca!

I

Todas las tardes, cuando el sol declina  
en brazos del misterio,  
una mujer llorosa se encamina  
al santo cementerio.

Con tosco y miserable desaliño, 5  
tocas de luto viste,  
y lleva de la mano a un pobre niño  
descalzo, enfermo y triste.

El paso torpe y trémulo apresura  
marchando silenciosa 10  
hacia la solitaria sepultura  
en que su amor reposa.

 Ay!, su semblante tétrico y sombrío,  
su atónita mirada  
reflejan el dolor y el desvarío 15  
de un alma destrozada.

Al pie del nicho desarruga el ceño,  
detiene su carrera,  
llama en la losa con tenaz empeño,  
y espera, espera, espera... 20

El niño tiembla. La impaciente loca  
que a un tiempo reza y gime,  
que el dulce nombre del esposo invoca  
con ansiedad sublime,

golpea el mármol sepulcral, y el eco 25  
sordamente retumba,  
con lúgubre gemido, desde el hueco  
de la cerrada tumba.

Y la infeliz mujer, en son de queja  
grita: - d nde est s, dónde? 30  
Rompe en sollozos, y por fin se aleja

diciendo al niño: -¿ves? No me responde.

## II

¡Ah, no le llores más! ¿Por qué el ingrato,  
por qué, si te quería,  
abandonó tu cariñoso trato, 35  
tu blanda compañía,

la santa paz de la familia, el culto  
de sus tranquilos lares,  
para excitar en medio del tumulto  
las iras populares? 40

Siempre deja en su bárbaro extravío  
la inquieta muchedumbre,  
más de un amante corazón vacío,  
más de un hogar sin lumbre.

¿Por qué no recordó, cuando inhumano, 45  
a su rencor cediendo,  
corrió a verter la sangre de su hermano  
en el combate horrendo,

que cuantos en la lucha sucumbían,  
ante el peligro fijos 50  
por la voz del deber, como él tendrían  
madres, esposas, hijos?

¿Por qué no recordó que un pueblo libre,  
ni limite ni coto  
pondrá a sus desventuras, mientras vibre 55  
el arma en vez del voto?

. . . . .

¡Ah, no le llores más! No lo merece.

No sufras ni batalles.

El que mancha con sangre, el que envilece  
por plazas y por calles 60

la augusta libertad, el que furioso  
apela al hierro insano,  
no es tierno padre, ni sensible esposo,  
ni honrado ciudadano.

## Un idilio y una elegía

### Advertencia preliminar

No cumpliría con lo que me debo a mí mismo, si al reimprimir este IDILIO, segunda obra mía leída en el teatro Español, no me apresurara a expresar mi vivo agradecimiento al eminente actor don Rafael Calvo, que tan magistralmente ha penetrado el sentimiento de alguna de mis producciones líricas, avalorándola con la lectura; a la prensa que la ha juzgado con benevolencia excesiva e inmerecido encomio, y al público que me ha favorecido en esta ocasión, como no ha habido ejemplo hasta ahora en España, agotando en poco tiempo diez ediciones de La última lamentación de Lord Byron.

Aun cuando no hubiese tenido tantos motivos de satisfacción como los que me ha proporcionado la circunstancia, por mí no buscada, antes bien temida, de inaugurar en el teatro las lecturas públicas en la forma y con el carácter que en estos momentos revisten, sería para mí causa de regocijo, y si me es permitido decirlo, de perdonable orgullo, la animación literaria que ha despertado en todos los espíritus el buen éxito de esta primera tentativa. Apenas hace siete meses que las lecturas se inauguraron, y ya han encontrado entusiasta acogida en los demás teatros de la Corte, en las corporaciones más doctas de las provincias, y en los mismos salones aristocráticos, donde han tenido su recepción solemne, merced a la poderosa iniciativa de un prócer ilustre, siempre propicio y dispuesto a patrocinar todo cuanto puede influir ventajosamente en el progreso y cultura de su patria.

Además, insignes poetas que gozan de universal nombradía han hecho saborear al público las bellezas de sus inimitables inspiraciones, donde campean el estro, la intención, la flexibilidad y la gracia, y otros no menos dignos de los favores de la fama, aunque no los hayan alcanzado todavía, se preparan a tomar parte en estas justas del ingenio, que anuncian, mejor dicho, determinan ya un nuevo y fecundo florecimiento de la literatura nacional. Es de esperar que en pos de la lectura poética concurra al certamen, en plazo no muy lejano, la lectura de obras en prosa, donde muestre la gallardía de su inteligencia y los primores de su estilo, la brillante pléyade de novelistas y escritores de costumbres, que es ya ornamento y honra de España.

Mas para que este movimiento sea fructífero y no desaparezca, como ligera ráfaga, sin dejar huella de su paso, menester es que el arte comprenda y realice sus más elevados fines. Las lecturas no deben sólo ser vano y estéril entretenimiento, sitio provechosa enseñanza, y cuenta, que al expresarme así, nada tan lejos de mi ánimo como abogar por el arte puramente didáctico, por el arte docente, por el arte puesto como humilde esclavo, cuando en la libertad estriba su grandeza, al servicio de intereses de escuela, de secta o de doctrina. No: esto sería desconocer su naturaleza superior y cortarle las alas. Por más que deba inspirarse en los ideales que conmueven al mundo, sin volver desdeñosamente la espalda a las legítimas aspiraciones de su siglo, forzoso es convenir que no es el campo de las abstracciones filosóficas el más adecuado y propio para su desenvolvimiento. Su esfera de acción, esfera inconmensurable y luminosa, en la cual domina sin oposición alguna, es la del sentimiento, y en este anchuroso espacio es donde, hoy como nunca, tiene sagrados deberes que cumplir y una misión altamente moralizadora que llenar.

Nuestra sociedad está enferma: los trastornos políticos y sociales, las contiendas religiosas, la lucha de los intereses, las contrariedades de la vida y la general experiencia han desarrollado vigorosamente el entendimiento humano; pero han debilitado su energía, y hay innegable desequilibrio entre sus fuerzas reflexivas y sus fuerzas morales. Pasma y maravilla el vuelo que la razón ha tomado en nuestra época, la osadía de sus concepciones, la profundidad de sus juicios, la alteza de sus miras y hasta la generosidad de sus propósitos: pero no pasma ni maravilla menos la anemia moral y el desfallecimiento egoísta a que han llegado los caracteres y las conciencias. Todo está postrado, todo está caído, todo está casi disuelto; la fe religiosa, la fe política, el amor de la patria, la confianza en los principios, y por un doloroso contrasentido, hasta el sentimiento colectivo de la justicia, precisamente cuando las almas vislumbran con mayor claridad la noción del derecho. Diríase que una corriente invisible, pero arrolladora, empuja y precipita al mundo, falto de voluntad y fatigado del ejercicio de su propio pensamiento, hacia los abismos de la fuerza, donde, como en el seno de la muerte, todo enmudece, se paraliza y se corrompe.

Las cosas de la vida se eslabonan y enlazan, aun aquéllas que menos relación y contacto parecen tener entre sí, y todo estado social encuentra siempre en el período en que se revela, su manifestación filosófica y su expresión estética. La relajación de las costumbres coincide en los primeros albores del siglo XVI con el renacimiento pagano; la elegante y burlona incredulidad del siglo XVIII, que empezó riendo para concluir llorando, con la aparición de la Enciclopedia, y en nuestros tiempos, la decadencia de los caracteres y el creciente anonadamiento de los ánimos, se inician con el positivismo, que no niega la metafísica, pero que hasta cierto punto prescinde de ella; crecen con el materialismo, empeñado en arrojar a los dioses del ciclo, valiéndose de los admirables descubrimientos de las ciencias naturales, y últimamente se completan con el pesimismo, ese engendro filosófico sombrío y desesperado, que acabaría con el mundo, si Dios, cuando le entregó a las disputas de los hombres, le hubiese entregado del mismo modo a sus demencias.

Influido el arte, singularmente en su manifestación literaria, por estas tendencias desoladoras, que ha aspirado, quizás sin darse cuenta de ello, como se aspira el miasma envenenado de las epidemias, se ha hundido en los excesos de un realismo, o mejor dicho, de un naturalismo repugnante y vergonzoso, Francia es el foco del mal, desde donde irradia y cunde como un contagio por todas las naciones del continente europeo, que, con mayor o menor intensidad, según la índole peculiar de cada raza, sienten los síntomas invasores de esta corrupción intelectual, en cuyo fondo fermenta como futuro castigo, el despotismo de los Césares o la tiranía de la plebe.

No se crea por cuanto dejo expuesto, que soy sistemáticamente hostil al realismo artístico. ¿Cómo he de serlo, si profeso la máxima de que las obras del ingenio sólo alcanzan larga y gloriosa duración cuando se inspiran en la verdad de la existencia? Lo que censuro, combato y juzgo digno de reprobación es el convencionalismo realista, incrédulo, escéptico, inmoral, absurdo, que se entretiene en desfigurar, cuando no en calumniar, los sentimientos más puros, en prescindir o burlarse de las aspiraciones más nobles, y en ahogar los gérmenes de toda virtud regeneradora, presentándonos el mundo como una cueva de bandidos, y el alma racional como una cloaca inmunda. Este convencionalismo hediondo, siendo tan falso como el convencionalismo idealista, es mucho más peligroso y antisocial, porque en último término, nada se pierde con que la imaginación vuele por los

espacios infinitos, soñando imposibles, y nada se gana con que se revuelque, soñando infamias y monstruosidades, en el eterno estercolero de Job. No se forman y educan generaciones viriles, aptas para la ruda labor de la edad presente y para las prácticas de la libertad, sembrando en los corazones la indiferencia, el desencanto y el hastío; negando el valor y la finalidad moral de las acciones humanas; sometiendo la vida, en el orden superior, a leyes ciegas e inexorables lanzando sobre todas las ilusiones el frío sarcasmo de la negación; arrancando de la conciencia la raíz del deber y privando al infortunio del reparador consuelo de la esperanza. Así podrán formarse generaciones de fieras o de siervos; pero jamás se formarán generaciones de hombres ni de ciudadanos.

La lectura es una predicación, cuyo influjo sobre las costumbres puede ser grande y debe ser provechoso. Utilicemos en beneficio general esta especie de sacerdocio que la civilización nos confía, y procuremos, por todos los medios posibles, oponernos al oleaje sensual y escéptico que nos invade, enalteciendo, para resistirle, la idea de Dios, de la patria, de la libertad y de la familia: esas cuatro piedras angulares sobre las cuales ha descansado y descansará siempre el edificio social. Trabajemos de consuno sin rendirnos al dos mayo, por elevar el ánimo de nuestros contemporáneos en vez de abatirlo con la revelación, no muy demostrada, de la impotencia definitiva de sus esfuerzos, y cuando la posteridad recoja nuestras obras, si es que merecen ser recogidas, podrá desconocer, quizás con razón, su valor intrínseco, su mérito y su importancia; pero por dura y severa que sea en sus juicios, no podrá negarnos, si emprendemos y perseveramos en el buen camino, la gloria de haber pretendido realizar en la humildad de nuestra vida una misión bienhechora y honrada. Yo, por mi parte, con esto solo me contento.

G. NÚÑEZ DE

ARCE.

Idilio

I

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías  
de los pasados días!  
¡Oh gratos sueños de color de rosa!  
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,  
que a la vida despiertas  
en nuestra breve primavera hermosa!

II

¡Volved, volved a mí! Tended el vuelo  
y bajadme del cielo  
la imagen de mi amor, casto y bendito.  
Lucid al sol las juveniles galas, 10

y vuestras leves alas  
refresquen ¡ay!, mi corazón marchito.

### III

Era a principios del ardiente julio.  
Harta de Marco Tulio,  
Ovidio y Plauto, Anquises y Medea, 15  
rompiendo su enojosa disciplina,  
la turba estudiantina  
regresaba con júbilo a su aldea.

### IV

¡Hace ya tanto tiempo! Era yo mozo:  
negro y sedoso bozo 20  
mi sonrosado labio sombreaba.  
Emprendí cuando todos mi camino  
galopando sin tino.  
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

### V

¿Y nadie más? ¡Ay!, sí. Mi compañera 25  
alegre y hechicera  
en los mejores años de la vida.  
La inseparable amiga de mi infancia,  
flor de inmortal fragancia  
que llevo en mis recuerdos escondida. 30

### VI

Niña de corazón sencillo y puro,  
en el rincón oscuro  
de humilde pueblo se crió conmigo.  
Encontróse al nacer huérfana y sola;  
pero mi hogar prestola 35  
blando regazo y paternal abrigo.

### VII

No alteró nuestra dicha sombra alguna:  
en nuestra honrada cuna  
nos durmió un mismo beso, un mismo canto.  
juntos como dos pájaros crecimos, 40  
y juntos compartimos  
la pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

### VIII

¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!  
La primera palabra  
que balbució su labio fue mi nombre. 45

Yo la enseñé con fraternal cariño  
las plegarias del niño  
que suele a veces olvidar el hombre.

### IX

Desde el alba hasta el término del día  
la gente nos veía 50  
vagar sin rumbo en infantil concierto.  
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos  
buscábamos los nidos  
en los frondosos árboles del huerto.

### X

¡Cuántas veces con sustos y congojas, 55  
entre las verdes hojas  
crujir sentimos la insegura rama,  
y, antes de aprovecharnos del aviso,  
hallamos de improviso  
lecho impensado en la mullida grama! 60

### XI

¡Cuántas veces corriendo descuidados  
por viñas y sembrados,  
nos postró la fatiga del camino,  
y a la luz del crepúsculo, ya escasa,  
volvíamos a casa 65  
en el carro de mies de algún vecino!

### XII

Rápidas al pasar y halagadoras,  
las no contadas horas  
nos hallaban tranquilos y risueños.  
Hasta cuando la noche negra y fría  
piadosa nos rendía, 70  
juntos los dos jugábamos en sueños.

### XIII

El tiempo deslízase dulcemente  
como mansa corriente  
que cruza el hondo valle, limpia y clara.  
Pero ya tuve edad, y, como es uso, 75  
mi buen padre dispuso  
que mis graves estudios empezara.

### XIV

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!  
Sin pena a dejar iba

por vez primera los paternos lares: 80  
mi amante madre preparaba inquieta  
la estudiantil maleta,  
y sin querer llorar, lloraba a mares.

#### XV

Mi padre enternecido, aunque severo,  
ensillaba el overo 85  
que ya esperaba indócil a la puerta.  
La hermosa niña, casi adolescente,  
inclinaba la frente,  
callada y sin color como una muerta.

#### XVI

En confusión ruidosa pero grata, 90  
la loca cabalgata  
de otros muchachos a buscarme vino.  
Rayaba apenas la rosada aurora.  
-«¡Vamos, Juan, que ya es hora!»,  
Gritó la turba, y prosiguió el camino. 95

#### XVII

Mi madre entonces, con abrazo estrecho,  
me atrajo hacia su pecho,  
devorándome a besos trastornada.  
Y mi padre decía, ahogado en llanto:  
-«¡Mujer, no es para tanto! 100  
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada.

#### XVIII

Puse fin a la triste despedida,  
monté, tendí la brida  
y seguí en pos del bullicioso bando.  
Aún escuché gritar: -«¡Que escribas, hijo!» 105  
La niña nada dijo,  
mas se abrazó a mi madre sollozando.

#### XIX

¡Fue terrible y patético el momento!  
Yo, hasta entonces contento,  
conmovido lloré, perdí la calma. 110  
La ansiada libertad me sonreía;  
pero, ¡ay de mí!, sentía  
que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

#### XX

Pocos meses después, de amor henchido,  
tornaba al patrio nido, 115  
fija en su santa paz mi única idea.  
¡Oh ventura!, a los últimos reflejos  
del sol, y ya no lejos,  
alcancé a ver la torre de mi aldea.

#### XXI

Doblaba lentamente la campana: 120  
ancha franja de grana  
teñía el cielo de matices rojos;  
sepultábase el sol en el ocaso...  
¡Ay!, yo detuve el paso,  
y el llanto del placer cegó mis ojos. 125

#### XXII

No tardé en reponerme, y ya sereno  
solté a mi potro el freno,  
dejándole correr a su albedrío.  
Volaba envuelto en nube polvorosa;  
pero una voz gozosa 130  
me contuvo diciendo: -«¡Ay, hijo mío!»

#### XXIII

Muy cerca del lugar, junto a la ermita  
de la Virgen bendita,  
que sobre loma desigual descuella,  
dándole gracias por mi vuelta al cielo, 135  
con impaciente anhelo  
me aguardaba mi madre, y ¡también ella!

#### XXIV

Quedeme al verla extático y absorto.  
Roto había en tan corto  
plazo el botón de rosa su clausura, 140  
hiriéndome de pronto como un rayo,  
aquella flor de mayo  
en todo el esplendor de su hermosura.

#### XXV

Ella estaba encendida, yo confuso.  
Por fin mi madre puso 145  
término a mi ansiedad apasionada:  
observó nuestro tímido embarazo,  
y, con amante abrazo,  
nos oprimió a los dos enajenada.

### XXVI

En la santa explosión de su alegría 150  
sus besos repartía  
entre nosotros, anhelante y loca.  
Y con afán mi corazón sediento  
aspiraba el aliento  
de la púdica virgen en su boca. 155

### XXVII

Mezquino y débil el lenguaje humano  
pretendería en vano  
pintar nuestra emoción intensa y viva.  
No es posible decir lo que sentimos;  
pero al lugar volvimos, 160  
yo cabizbajo, y ella pensativa.

### XXVIII

Mas ¡ay!, mi encanto se deshizo en breve.  
Duró lo que la nieve  
que no llega a cuajar en la llanura.  
¡Un instante no más! Sólo un instante 165  
animó su semblante  
fugitivo destello de ternura.

### XXIX

No acertaba a explicarme su mudanza:  
la ingenua confianza  
de la edad infantil trocó en desvío, 170  
y los alegres juegos que animaron  
nuestra niñez, pasaron  
como pasan las ondas por un río.

### XXX

Apuré la amargura hasta las heces:  
a veces grave, a veces 175  
adusta y pronta siempre en sus enojos,  
me hablaba sin razón con gesto esquivo,  
y sin ningún motivo  
se llenaban de lágrimas sus ojos.

### XXXI

Desde el alba hasta el término del día 180  
ya nadie nos veía  
vagar sin rumbo en fraternal concierto.  
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos,  
buscábamos los nidos,  
en los frondosos árboles del huerto. 185

### XXXII

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,  
pasaba por su lado,  
tranquilo en la apariencia y satisfecho.  
Era oponer la indiferencia al dolor;  
mas, al quedarme solo, 190  
se me saltaba el corazón del pecho.

### XXXIII

Entonces, ¡ay de mí!, pensando en ella  
dirigía mi huella  
hacia las ruinas del feudal castillo,  
que sobre estéril y ondulosa mota 195  
alza su frente rota  
sin almenas, sin puente ni rastrillo.

### XXXIV

Elévase fantástica y disforme  
aquella mole enorme  
que muestra de los siglos el estrago: 200  
crece en las hendiduras de la piedra  
la trepadora hiedra  
y al pie del muro el triste jaramago.

### XXXV

Sólo las bulliciosas golondrinas  
turban de aquellas ruinas 205  
la paz solemne con sesgado vuelo,  
y alguna alondra al ascender inquieta,  
símbolo del poeta  
que cuando canta se remonta al cielo.

### XXXVI

En muda calma y soledad medrosa 210  
parece que reposa  
aquel gigante por la edad rendido.  
Hasta un arroyo que a sus plantas corre,  
y la vetusta torre  
proyecta en su cristal, pasa sin ruido. 215

### XXXVII

Para vencer mi insoportable tedio,  
y hallar algún remedio  
a mis ansias prolijas y secretas,  
con brazo vigoroso y pie seguro  
subía por el muro, 220

buscando apoyo en sus profundas grietas.

### XXXVIII

Ágil, robusto, dueño de mí mismo,  
al través del abismo  
alzábame hasta el fin, no sin trabajo,  
para ver, en confusa perspectiva, 225  
la inmensidad, arriba,  
y la tristeza del silencio, abajo.

### XXXIX

Las aves que en la torre se acogían,  
al acercarme huían,  
y solo con mis penas en la altura, 230  
de codos en el ancho parapeto,  
miraba con respeto  
el cielo azul y la feraz llanura.

### XL

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo  
apartado del mundo 235  
en aquel torreón del homenaje,  
con íntima y tenaz melancolía  
se engolfaba y hundía  
en la infinita calma del paisaje!

### XLI

Ni aislada roca, ni escarpado monte, 240  
del diáfano horizonte  
el indeciso término cortaban:  
por todas partes se extendía el llano  
hasta el confín lejano  
en que el cielo y la tierra se abrazaban. 245

### XLII

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!  
¡Oh campos de Castilla  
donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!  
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...  
¡Con qué placer tan vivo 250  
se espaciaba mi vista en vuestro seno!

### XLIII

Cual dilatado mar, la mies dorada  
a trechos esmaltada  
de ya escasas y mustias amapolas,

cediendo al soplo halagador del viento 255  
acompañado y lento,  
a los rayos del sol mueve sus olas.

#### XLIV

Cuadrilla de atezados segadores,  
sufriendo los rigores  
del sol canicular, el trigo abate, 260  
que cae agavillado en los inciertos  
surcos, como los muertos  
en el revuelto campo de combate.

#### XIV

Corta y cambia de pronto la campiña  
alguna hojosa viña 265  
que en las umbrías y laderas crece,  
y entre las ondas de la mies madura,  
cual isla de verdura,  
con sus varios matices resplandece.

#### XLVI

Serpean y se enlazan por los prados, 270  
barbechos y sembrados,  
los arroyos, las lindes y caminos,  
y donde apenas la mirada alcanza,  
cierran la lontananza  
espesos bosques de perennes pinos. 275

#### XLVII

Por angostos atajos y veredas,  
los carros de anchas ruedas  
pesadamente y sin cesar transitan,  
y sentados encima de los haces,  
rapazas y rapaces 280  
con incansable ardor cantan o gritan.

#### XLVII

Lleno de majestad y de reposo  
el Duero caudaloso  
al través de los campos se dilata:  
refleja en su corriente el sol de estío, 285  
y el sosegado río  
cinta parece de bruñida plata.

#### XLIX

Ya oculta de improviso una alameda  
su marcha mansa y leda;

ya le obstruye la presa de un molino, 290  
y, como potro a quien el freno exalta,  
    párase, el dique salta,  
y sigue apresurado su camino.

L

En las tendidas vegas y en las lomas,  
    cual nidos de palomas, 295  
se agrupan en desorden las aldeas,  
y en la atmósfera azul pura y tranquila,  
    ligeramente oscila  
el humo de las negras chimeneas.

LI

En las cercanas eras reina el gozo. 300  
    con íntimo alborozo  
contempla el dueño la creciente hacina,  
y mientras un zagal apura el jarro,  
    otro descarga el carro  
que bajo el peso de la mies rechina. 305

LII

Otro en el trillo de aguzadas puntas,  
    que poderosas yuntas  
mueven en rueda, con afán trabaja,  
y cual premio debido a su fatiga  
    desgránase la espiga, 310  
y salta rota la reseca paja.

LIII

Una pesada tarde en que el bochorno,  
    como el vapor de un horno  
caldeaba la tierra, embebecido  
y suspenso ante el vasto panorama, 315  
    que al pie se desparrama  
de la alta torre, me quedé dormido.

LIV

Ignoro el tiempo que postrado estuve.  
    Caliginosa nube  
encapotó el espacio, antes sereno. 320  
Dominábame el sueño blandamente,  
    hasta que, de repente,  
me despertó sobresaltado un trueno.

LV

Era de noche ya. Con hondo espanto

vi que el lóbrego manto 325  
de las densas tinieblas me envolvía.  
Recordé el sitio, calculé la altura,  
e insólita pavora  
deshizo, como sombra, mi energía.

#### LVI

Quise medir la elevación del muro, 330  
y se perdió en lo oscuro  
del fondo impenetrable mi mirada.  
Grité, volví a gritar: todo fue en vano.  
Estaba mudo el llano,  
muda la inmensa bóveda enlutada. 335

#### LVII

Mi invencible terror iba en aumento:  
trémulo, sin aliento,  
la señal de la cruz besé contrito.  
Turbose mi razón y, como un loco,  
empecé poco a poco 340  
a bajar por la mole de granito.

#### LVIII

¡Un siglo para mí fue cada instante!  
Bregaba jadeante,  
hincando con furor en la muralla  
manos y pies, tan ciego y trastornado 345  
como el pobre soldado  
que por primera vez entra en batalla.

#### LIX

Volaban junto a mí, tristes y graves,  
las temerosas aves  
que despertaba al descender yo mismo. 350  
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!...  
Mas ¡ay!, perdí el apoyo,  
y oscilando quedé sobre el abismo.

#### LX

Me así al ramaje respirando apenas,  
La sangre de mis venas 355  
corrió con ritmo acelerado y duro.  
Desvanecido, horripilado, incierto,  
y de sudor cubierto,  
buscaba en vano, con mis pies, el muro.

#### LXI

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra! 360  
Crujió la débil hiedra  
entre mi mano trémula y crispada.  
Súbitamente atravesé el sombrío  
espacio, sentí frío,  
luego, un dolor agudo, luego..., ¡nada! 365

#### LXII

Piadoso el cielo en mi socorro vino.  
Recogiome un vecino  
al pie del muro, exánime y maltrecho.  
Cuando volví de mi mortal letargo,  
vertían llanto amargo 370  
las prendas de mi amor, junto a mi lecho.

#### LXIII

-«¡Vive!», -mi padre alborozado dijo.  
-«¡Vive!», -con regocijo  
mi madre, repitió, mirando al cielo:  
ella, en silencio, se enjugó los ojos-. 375  
Postráronse de hinojos,  
y la santa oración levantó el vuelo.

#### LXIV

Penosa fue mi curación y lenta.  
Tan recia y violenta  
sacudida sufrí, que estuve inerte, 380  
postrado y sin hablar noches y días,  
esperando las frías  
y espantosas caricias de la muerte.

#### LXV

¡Cuántas veces en horas de martirio,  
cuando tenaz delirio 385  
mi razón y mis miembros embargaba,  
cuando la abrasadora calentura  
mi soledad oscura  
de visiones terríficas poblaba,

#### LXVI

con la sedosa cabellera suelta, 390  
forma gentil y esbelta  
pareciome entrever en mi extravío,  
que se acercaba pálida, intranquila,  
clavando su pupila,  
con honda angustia, en el semblante, mío! 395

LXVII

¿Era ficción o realidad? ¡Quién sabe!  
¿Soñaba, cuando el suave  
calor sentía de furtivo beso,  
que se posaba en mí, como se posa  
la leve mariposa 400  
sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII

¿Soñaba, cuando triste o satisfecha,  
en lágrimas deshecha  
o risueña y feliz, según mi estado,  
mirábala sumisa a mis menores 405  
caprichos y dolores,  
como un ángel de Dios, siempre a mi lado?

LXIX

No sé, ni importa ya; verdad o sueño,  
¿qué saca el pobre leño,  
despojo inútil de la mar bravía, 410  
sino hacer más pesadas sus congojas,  
con recordar las hojas  
que le vistieron de verdor un día?

LXX

Al cabo pude abandonar el lecho;  
mas, ¡ay!, no sin despecho; 415  
porque a medida que la sangre ardiente  
daba a mis miembros el vigor perdido,  
mi dulce bien querido  
recobraba su aspecto indiferente.

LXXI

Cierto día, en las horas de la siesta, 420  
cuando la luz molesta  
y un viento sin rumor todo lo arrasa,  
al pie, tendido en la agostada alfombra,  
de un árbol cuya sombra  
el sol calienta, pero no traspasa, 425

LXXII

dejaba en perezoso enervamiento  
vagar mi pensamiento,  
atormentado de traidora duda.  
Ella, cerca de mí, dándome enojos,  
no apartaba los ojos 430  
del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII

-¿Qué causa su carino me enajena?,  
-con indecible pena,  
me preguntaba yo-. ¿Por qué me trata  
con tal rigor y tan esquivo ceño? 435  
De mí no era ya dueño  
y exclamé sin pensar: -«¡Ingrata, ingrata!»

LXXIV

Sin duda percibió mi ahogado grito.  
Mirome de hito en hito  
breves instantes, levántose incierta 440  
cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,  
y me tendió su mano,  
que a un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV

-«¡Sufres!, -me dijo con afán-. ¿Qué tienes?,  
¿con tan fieros desdenes 445  
paga tu afecto la mujer que adoras?  
Tu incurable aflicción me causa miedo.  
¡Ay de mí!, que no puedo  
sino llorar contigo cuando lloras.»-

LXXVI

Fijeme en ella con sorpresa y pasmo. 450  
¿No era unir el sarcasmo  
a la traición? ¿las burlas al desvío?  
La indignación profunda que me ahogaba,  
rompió al fin como lava  
que se convierte en inflamado río. 455

LXXVII

-«¡Goza, gózate!, -dije- fementida,  
en enconar la herida  
que con tu injusta indiferencia has hecho.  
¡Ojalá fuera fácil, olvidarte!  
que por dejar de amarte 460  
me arrancaría el corazón del pecho.»

LXXVIII

Yo la vi entonces fascinada y ciega  
llegar a mí, cual llega  
la enamorada tórtola al reclamo.  
Era débil su voz como un gemido, 465

y deslizó en mi oído:  
-«¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX

Quebrante la pasión que me sofoca  
la cárcel de mi boca.  
¡He llorado en silencio tantos días! 470  
¿No me roban tu amor otras mujeres?  
¿Es verdad que me quieres?  
¡Si me engañaras, Juan, me matarías!

LXXX

No sabes que esta bárbara sospecha,  
como acerada flecha 475  
me ha traspasado el corazón. ¡Ay!, ¡cuánto,  
cuánto he sufrido!...» Hablábame gozosa,  
y en su mejilla hermosa  
la risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI

Yo la escuchaba extático... ¡Aun la veo! 480  
¡Aun en el alma creo  
que resuena su voz, su voz vibrante  
como el último acorde de una lira!  
¡Aun me llama, aun suspira,  
apasionada siempre y siempre amante! 485

LXXXII

Desbordó mi cariño cual desborda  
la mar rugiente y sorda,  
y con febril ardor, de que me acuso,  
quise estrecharla entre mis brazos; cuando  
de súbito llegando 490  
en silencio, mi madre se interpuso.

LXXXIII

Bajé la frente de vergüenza lleno.  
En el materno seno  
corrió a ocultar su rostro la doncella.  
Clavó mi madre en mí sus ojos graves, 495  
y, dijo: -«Cuando acabes,  
si la mereces, Juan, vuelve por ella.»

LXXXIV

Marché a estudiar con redoblado brío.  
Ni el ocio ni el hastío  
mitigaron un punto mi ardimiento 500

No tuve un solo instante de desmayo.  
¡El rayo, el puro rayo  
de su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido  
regresé al patrio nido, 505  
como el que nada busca ni desea.  
A los fugaces últimos reflejos  
del sol, y ya no lejos,  
alcancé a ver la torre de mi aldea.

LXXXVI

Doblaba lentamente la campana. 510  
Ancha franja de grana  
teñía el cielo de matices rojos.  
Sepultábase el sol en el ocaso...  
¡Ay!, yo detuve el paso,  
y el llanto del dolor cegó mis ojos. 515

LXXXVII

Muy cerca del lucrar, junto a la ermita  
de la Virgen bendita,  
a cuyos muros me llegué temblando,  
aguardábame, sola y enlutada,  
mi madre idolatrada, 520  
que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII

La estreché desolado y convulsivo.  
-«¡Murió!, ¿para qué vivo?»,  
-grité, con ansia inacabable y fiera.  
Mi madre dijo, señalando al cielo: 525  
-«Dios calmará tu duelo.  
¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!»

Elegía

A la memoria del insigne historiador y poeta portugués, Alejandro Herculano

Si es cierto que la pena compartida  
llega a calmarse, porque el llanto ajeno  
es para el triste bálsamo de vida;  
si es verdad, ¡ay!, que el afligido seno,  
cuando piedad encuentra y blando abrigo, 5

más reposado late y más sereno;  
permite, ¡oh Portugal!, que un pueblo amigo,  
ante la humilde tumba de Herculano,  
mostrándote su amor, llore contigo.

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano 10  
querrá la muerte oscurecer la gloria  
del más insigne genio lusitano.

Él con su ciencia engrandeció la historia,  
él exaltó la santa poesía,  
y él impondrá a los siglos su memoria. 15

Cantor de vigorosa fantasía,  
pulsó inspirado El Arpa del Creyente  
y amó la libertad. ¡Quién no ama al día!

No dobló al yugo del temor su frente,  
ni la lisonja vil manchó su labio, 20  
ni abatió al débil, ni ensalzó al potente.

De la austera verdad en desagravio,  
se opuso a la invasión de la mentira  
con fe de artista y convicción de sabio.

Enérgico y tenaz, pero sin ira, 25  
combatió en pro de su fecunda idea  
con la voz, con la espada y con la lira.

Harto ya de luchar, buscó en la aldea  
la dulce calma, el apacible encanto  
que perdió en el fragor de la pelea, 30

y hoy, en rústico y pobre camposanto,  
sus restos guarda honrada sepultura,  
que el pueblo portugués riega con llanto.

¡Feliz el alma que al romper su oscura  
cárcel, de eterno lauro coronada, 35  
vuelve al seno de Dios intacta y pura!

Ejemplo sea a nuestra edad menguada,  
en que más de un ingenio peregrino  
en el fango del mundo se degrada,

y contrariando su inmortal destino, 40  
como ramera sin pudor, ofrece  
al éxito brutal su estro divino.

¡Ah!, grande podrá ser, mas no merece  
loa ni encomio el pensamiento humano  
que se humilla, y se arrastra, y se envilece. 45

¿Quién al águila audaz, que el soberano  
vuelo remonta, comparar podría  
con el reptil inmundo del pantano?

¡Oh religión del arte! ¡Oh Poesía!  
¡Comunión de las almas cuando llevas 50  
la paz, el bien y la razón por guía!

¡Cuando contra la infamia te sublevas,  
y con no usada majestad, el vuelo  
hasta el principio de la luz elevas!

Pliega tus alas en señal de duelo, 55  
y ante esa pobre tumba deposita  
tu más preciada flor: ¡la fe en el cielo!

Rinde esa flor, que nunca se marchita,  
¡ay!, a quien solo, sí, mas no olvidado,  
duerme a la sombra de la cruz bendita; 60  
a quien fue por tu numen exaltado,  
de rica inspiración raudal fecundo  
y tu apóstol al par que tu soldado.

Rompe el silencio lóbrego y profundo  
que cubre el polvo desligado y frío, 65  
del que llevaba en su cerebro un mundo.

¡Ay!, ya ese mundo estéril y sombrío  
no animarán los sueños de la vida:  
¡ya no le animarán! ¡Está vacío!

Mas bastan a su fama esclarecida 70  
las altas creaciones del poeta,  
do su gran alma nos dejó esculpida.

¡Cuán bien nos pinta la inquietud secreta  
del sacerdote que consigo mismo  
combate sin cesar como un atleta!; 75

¡que ama y lucha a la vez con heroísmo,  
y ve rodar, sin gloria ni esperanza,  
su patria y su virtud hacia el abismo!

Cuando, esparciendo el odio y la matanza,  
la morisma feroz salva el Estrecho 80  
y cual torrente incontrastable avanza  
ante el imperio gótico deshecho,  
la pasión insensata que le oprime  
con sacrílego ardor le abrasa el pecho.

Y llora, y tiembla, y se retuerce, y gime, 85  
y sólo a costa de la inútil vida  
de sus perpetuos votos se redime.

¡Cayó en el campo del honor! La herida  
anticipó su fin; pero él llevaba  
la muerte en sus entrañas escondida. 90

¡Ay! ¿En qué corazón, rugiente y brava,  
no estalla, en horas de incurable duelo,  
la rebelión de la materia esclava?

¿A quién, alguna vez, con hondo anhelo  
la sed de lo imposible no le acosa? 95  
¿Quién no ha soñado en escalar el cielo?

Surge después la imagen luminosa  
del arquitecto Alfonso, que en su extrema  
y ciega ancianidad, aun no reposa.

Le designó la voluntad suprema 100  
para labrar maravilloso templo,  
y es forzoso que acabe su poema.

De su viril constancia ante el ejemplo,  
¡con cuánta angustia, de la edad presente,  
la vergonzosa indecisión contemplo! 105

Incrédula, dudosa, indiferente,  
lidia sin fe, sin convicción se agita,  
y no acierta a explicarse lo que siente.

Ya con sordo fragor se precipita,  
como el alud del monte, ya asustada 110  
los hierros del esclavo solicita.

Sigue rebelde o sierva su jornada,  
y, más que al ruego, al látigo obedece,  
¡ay!, cuando no vencida, fatigada.

Ante esta sociedad que desfallece, 115  
del inspirado artista la figura  
¡cuán excelsa a mis ojos resplandece!

Lleno de genio, edificar procura  
alta y extensa bóveda, que sea  
terror y pasmo de la edad futura. 120

Acariciando su arriesgada idea,  
cual padre cariñoso, con tranquila  
majestad se consagra a su tarea.

El pueblo se estremece y horripila  
al comprender su temerario empeño, 125  
y él mismo, alguna vez, duda y vacila.

-¿No pudiera, en verdad, ser el diseño  
de la atrevida y portentosa nave,  
la irrealizable concepción de un sueño?

¿Acierta? ¿Se equivoca? ¡Quién lo sabe! 130  
Todos son juicios, cálculos y asombros.

Pero él decide, resignado y grave,  
enterrar su vergüenza en los escombros,  
y si decreta Dios la, infausta ruina,  
recibirla impertérrito en sus hombros. 135

¡Dichoso ciego a quien la fe ilumina!  
Su ardor redobla en la animosa empresa,  
la admirable fábrica termina.

Derríbese, por fin, la selva espesa  
de cimbras y pilares, y el espanto 140  
es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto,  
y el noble viejo en éxtasis divino,

con sus ojos sin luz, mas no sin llanto,  
solo, abstigente, orando de continuo, 145  
vivió esperando hasta el tercero día  
la catástrofe horrenda, que no vino.

Y la imponente nave todavía,  
inmóvil cual granítica montaña,  
el furor de los siglos desafia. 150

¡Oh anciano ilustre, tu sublime hazaña,  
de la dura labor a que se entrega  
nuestra razón, el simbolismo entraña!

Aunque cansada del trabajo y ciega,  
obediente a las leyes que la rigen, 155  
sin cesar edifica, y no sosiega.

Dóciles a su voz desde su origen,  
los pueblos con ruidosa incertidumbre  
el monumento de su gloria erigen.

Teme a veces la ignara muchedumbre 160  
que la nave espaciosa venga al suelo,  
vencida por su inmensa pesadumbre,  
mas la razón serena y sin recelo  
sabe bien que en sus ejes de diamante  
segura está la bóveda del cielo. 165

No caerá, no, porque el varón constante  
deseche el miedo, y con afán profundo  
en alas de la ciencia se levante.

¡Ah!, si hubiese cedido al infecundo  
pavor que nuestras almas encadena, 170  
Colón no hubiera descubierto un mundo.

La duda nuestros ímpetus refrena,  
abre anchuroso cauce al egoísmo,  
y sólo funda en movediza arena.

¡Pero no es fácil resistir! Yo mismo, 175  
que deploro su mal, mis horas paso  
incierto entre los cielos y el abismo.

Herido a un tiempo por el brillo escaso  
de un moribundo sol, que lentamente  
va cayendo en las sombras del Ocaso, 180

y por la tibia aurora que en Oriente  
empieza a despuntar, también vacilo,  
y apenas sé dónde posar mi frente.

¡Ah! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo,  
dar la triste y postrera despedida 185  
al dulce hogar que le sirvió de asilo?

¡Mas basta ya de indecisión! La vida  
se engrandece al calor de otras ideas

que nos muestran la tierra prometida,  
y en ciudades, y en campos, y en aldeas 190  
resuena el coro universal que canta  
a la naciente luz: -¡Bendita seas!

Tu fulgor, que los orbes abrillanta,  
sólo a la negra noche, engendradora  
de monstruos y de crímenes, espanta. 195

¡Quién pudiera a los rayos de esa aurora  
los seres convocar que de Herculano  
forjó la fantasía soñadora!

Pero no abrigo el pensamiento vano  
de animar las figuras colosales 200  
que con diestro cincel labró su mano.

Las místicas angustias, las mortales  
ansias, los rencorosos extravíos,  
que él presenta patéticos y reales,  
rebasarían de los versos míos, 205  
si en ellos contenerlos intentara,  
cual de sus cauces los hinchados ríos.

Mas no tan sólo en la región que avara  
las ficciones y fábulas encierra,  
se abrió camino su razón preclara. 210

Como rayo de sol que se soterra,  
por ocultos resquicios, e ilumina  
los recónditos senos de la tierra,  
el negro cráter, la profunda mina  
y la gruta de abrojos resguardada 215  
que conoce no más fiera dañina,  
así del vate la sagaz mirada  
penetró, fulgurando, en los oscuros  
y hondos abismos de la edad pasada.

Y descifrando en los ciclópeos muros 220  
de tan lóbregos antros, los inciertos  
signos para allegar datos seguros,

buscaba, en los sepulcros entreabiertos  
de los tiempos antiguos, la memoria  
casi perdida de los siglos muertos. 225

Si cuando, atormentado por la gloria,  
con animoso espíritu escribía  
del pueblo portugués la épica historia,

la fanática y torpe hipocresía,  
medrosa de la luz, no hubiese roto 230  
su pluma de oro, en que irradiaba el día;

si en medio del frenético alboroto  
de envidiosas calumnias, él no hubiera

hecho de enmudecer solemne voto;  
el monumento que con fe sincera 235  
quiso alzar a la patria su erudito  
y vasto ingenio, perdurable fuera.

Fuera como esas moles de granito  
en que pueblos gigantes que no existen,  
sus ya ignorados fastos han escrito. 240  
¿Dó sus glorias están? ¿En qué consisten?  
¿Qué resta de ellos en el mundo? Nada:  
las pirámides sólo, que aun resisten.

Esa historia, entre tantas celebrada,  
del egregio Herculano obra maestra, 245  
¡ay!, quedará por siempre inacabada.

Pero tan raras perfecciones muestra,  
que es, y será en los siglos venideros  
gloria de Portugal... ¡y también nuestra!

¿Por ventura los débiles linderos 250  
que la discordia entre nosotros puso,  
han roto nuestros vínculos primeros?

Hermanos son el español y el luso,  
un mismo origen su destino enlaza,  
y Dios la misma cuna les dispuso. 255

Mas aunque fuesen de enemiga raza,  
la generosa tierra en que han crecido  
con maternal orgullo los abraza.

¿A quién importa el rumbo que han seguido?  
Dos águilas serán de opuesta zona, 260  
que en el mismo peñón hacen su nido.

Ese sol que los sirve de corona,  
con torrentes de luz sus campos baña  
y sus frutos idénticos sazona.

juntos pueblan los términos de España, 265  
y parten ambos con igual derecho,  
el mar, el río, el llano y la montaña.

Cuando algún invasor, hallando estrecho,  
el mundo a su ambición, con ellos cierra,  
la misma espada los traspasa el pecho. 270

El mismo hogar defienden en la guerra,  
el mismo sentimiento los inspira,  
cúbrelos al morir la misma tierra,

y tan unidos la razón los mira,  
como los fuertes dedos de una mano 275  
y las cuerdas vibrantes de una lira.

¡Ay!, cuando luchan con rencor tirano,  
pregunta Dios al vencedor impío:

-¡Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano!  
Juntos mostraron su indomable brío 280  
en lid reñida, infatigable y fiera,  
contra un poder despótico y sombrío.  
Y juntos alzarán, cuando Dios quiera  
poner fin a su mutua desventura,  
una patria, una ley y una bandera. 285

Por eso ante la humilde sepultura  
que guarda al más insigne de tus hijos,  
España, ¡oh Portugal!, su llanto apura,  
y en ti sus nobles pensamientos fijos,  
acude ansiosa a consolar tus penas; 290  
pero no a compartir tus regocijos.

Podrá el recelo ruin, si no le enfrenas,  
hacer que el odio entre nosotros cunda,  
y no luzcan jamás horas serenas;  
podrá impedir nuestra unidad fecunda; 295  
mas no evitar que de mi patria el llanto  
con el que tú derrames se confunda.  
¡No lo conseguirá! ¡No puede tanto!

Última lamentación de lord Byron

SR. D. RAFAEL CALVO:

Mi distinguido amigo: Se empeña V. en leer ante el público del Teatro Español mi poema inédito LA ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON, y no puedo resistirme a sus instancias. En primer lugar -¿para qué ocultarlo?-, porque me halaga la idea de oír mis pobres versos líricos en labios de un actor que, como usted, sabe llegar, con la magia irresistible de su palabra, a lo más hondo del corazón humano, y, en segundo lugar, porque no cumpliría con mi deber negándole mi débil concurso para la empresa que con ver dadero valor acomete, tan conveniente al desenvolvimiento de las letras patrias y a la cultura de las costumbres.

Merecedor sería V. de general aplauso si lograrse, como pretende, aclimatar en España las lecturas públicas que en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Alemania, en Francia, en Italia, en todas las naciones donde las corrientes de civilización no se detienen ni estancan, han ensanchado los horizontes de la inteligencia, depurando el gusto de la multitud, ilustrándola, ennobleciéndola y familiarizándola con los nuevos ideales de la ciencia y de la literatura. Ninguno mejor que V., dotado por el cielo de tan relevantes cualidades artísticas, puede llevar a feliz término la obra fecunda a cuya realización aspira, y en este camino Italia ofrece a V. grandes ejemplos que imitar. Recuerdo, entre otros, al célebre actor Módena, que llenó con su nombre la escena, el cual, haciendo resonar en todos los teatros

de aquella nación, hermana de la nuestra, los cantos más patrióticos y viriles de sus poetas inmortales, contribuyó poderosamente a despertar la conciencia aletargada de su patria cuando más decaída y postrada parecía, y a infundirle el aliento que anima las robustas inspiraciones de Dante y de Hugo Fóscolo.

En lo único en que no está V. acertado es en escoger una producción mía para hacer el ensayo, porque me temo que la mala elección de V. esterilice, o, por lo menos, retrase el éxito de su generosa tentativa. Aparte del escaso mérito intrínseco de mi poema, que V. de seguro exagera, es notorio inconveniente para la lectura la circunstancia de tratarse en él de un poeta extranjero, el cual, aun cuando sea conocido, porque los rayos de su gloria a todas partes han alcanzado, no es, sin embargo, popular, y cuya atormentada vida tampoco puede excitar entre nosotros el mismo interés que en Inglaterra. Pero V. me da ejemplo de valor, arrojando estas dificultades, y me decido a correr en tan buena compañía el albur del intento. Únicamente le pido, en cambio de la docilidad con que accedo a sus deseos, que si, por desdicha mía, el público a quien no ciega para juzgar mis obras la amistad que V. me profesa de antiguo, es en esta ocasión más imparcial y, por tanto, más severo, no se desanime V. por el mal éxito, ni abandone el proyecto que ha concebido, porque no es de corazones enteros desmayar a la primera contrariedad, ni se consigue en el mundo nada digno de ser celebrado, sino a costa de improbo trabajo y de incansable perseverancia.

Sabe V. que le quiere su buen amigo,

G. NÚÑEZ DE

ARCE.

(AÑO DE 1823)

I

Otra vez, incansable peregrino,  
ansioso de cruzar pueblos extraños,  
vuelvo a emprender el áspero camino  
que seguí errante en mis primeros años.  
Al duro peso del dolor me inclino, 5  
póstranme fatigosos desengaños;  
pero arrastrado a mi pesar me siento  
como las hojas secas por el viento.

II

Huérfano y solo abandoné mis lares,  
marcando el rumbo hacia remotos climas, 10  
surqué a mi antojo procelosos mares

y hollé la nieve de empinadas cimas.  
Mas do quiera la hiel de mis pesares  
vertí en acerbos y sonoras rimas,  
por todas partes implacable y frío 15  
fue detrás de mis pasos el hastío.

### III

¿Por qué, por qué desde mi abril temprano  
molesto huésped a mi hogar se sienta,  
la copa del placer rompe en mi mano  
y hasta en los brazos del amor me afrenta? 20  
¡Ay! ¿Quién pregunta al férvido Océano  
por qué ruge o se aplaca la tormenta?  
Como el profundo mar, ¿no tiene el alma  
terribles horas de angustiosa calma?

### IV

Más terribles quizá porque es más grande 25  
y en su furor satánico no tiene  
ley que la rija, halago que la ablande,  
ni costa que sus ímpetus refrene.  
ya brusca y pavorosa se desmande,  
ya sus olas indómitas serene, 30  
la causa a que obedece queda oscura.  
¿Es el poder del genio? ¿Es la locura?

### V

¡El genio! ¡La locura!... ¿Quién decide  
tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra  
la línea imperceptible en que coincide 35  
la clara luz con la nocturna sombra?  
¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién le mide?  
¡Con frecuencia el azar! ¿Y a quién no asombra  
ver que la humanidad cobarde o ciega,  
al éxito se rinde y se doblega? 40

### VI

Pirámides de cráneos contra el cielo  
levanta Tamerlán una tras una;  
oprime el Asia sin temor ni duelo,  
y es grande, y la lisonja le importuna.  
Locos son Catalina y Massanielo 45  
porque les fue contraria la fortuna;  
que la suerte, quizás no merecida,  
es genio; y es demencia la caída.

### VII

Más, ¡ay!, ¿qué valen mis cansadas quejas?  
Con mis vanos lamentos ¿qué consigo? 50  
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,  
y en sus crímenes lleva su castigo.  
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas,  
donde quiera que voy tú vas conmigo,  
y no sé resistir cuando me envías 55  
noches sin sueño y fatigosos días.

### VIII

¡Días de horrible laxitud! El cielo  
transparente y azul me causa enojos,  
cubre la tierra insoportable velo  
y el llanto nubla sin razón mis ojos. 60  
Como un sepulcro el corazón de hielo  
guarda de mi entusiasmo los despojos,  
y están en esas horas de bonanza  
mudo el deseo y muda la esperanza.

### IX

No acierto a comprender qué afinidades 65  
hay entre el mar y el pensamiento humano,  
entre esas dos augustas majestades  
que el abismo contienen y el arcano.  
Hondas borrascas, sordas tempestades  
conmueven la razón y el Océano: 70  
sólo que ruge el mar cuando batalla,  
y el pensamiento en sus tormentas calla.

### X

¡Venga la tempestad! Cuando resuena  
su fragorosa voz, y estalla el rayo,  
y el huracán encrespa su melena, 75  
sacude el alma su mortal desmayo.  
Entre el horror de la sublime escena  
aliento, gozo, a mi placer me explayo.  
Después..., vuelve la calma abrumadora  
y el tedio de la vida me devora. 80

### XI

Partí de cara al sol. No sé qué extraña  
y misteriosa fuerza impelía  
a esas regiones fértiles que baña  
la fecundante luz del Mediodía.  
Italia, Grecia, Portugal y España, 85  
pueblos gigantes cuando Dios quería  
y hoy sombra nada más de lo que fueron,

con sus muertas grandezas me atraieron.

## XII

Descendí por la rápida pendiente  
de los agrestes Alpes, que, vecinos 90  
al sol, elevan su nevada frente  
orlada a trechos de silvestres pinos:  
salvando ya el abismo, ya el torrente,  
ya el traidor ventisquero, por caminos  
que abrió el barreno en la montaña dura, 95  
bajé de Italia a la feraz llanura.

## XIII

¡Con qué consolador recogimiento,  
yo, pobre y olvidado vagabundo  
sin hogar y sin lazos como el viento,  
miré a mis plantas el vergel del mundo! 100  
Europa en vergonzoso enervamiento  
yacía entonces y en sopor profundo,  
cual gladiador que tras penosa brega  
sus recios miembros al descanso entrega.

## XIV

¡Oh, bien me acuerdo! Reposaba todo, 115  
y recogía atónita la historia  
la sangre con las lágrimas, el lodo  
con la virtud, la infamia con la gloria.  
Era pasado el trágico período,  
que vivirá del tiempo en la memoria, 120  
en que acosada el águila del Sena  
cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

## XV

¡La guerra enmudeció! Sólo el tirano  
que en los arduos empeños de su vida  
supo ser, con aliento soberano, 125  
en todo grande, excepto en la caída,  
se revolvía en el peñón lejano  
con ruda y formidable sacudida:  
el mar encadenaba su egoísmo  
y era un abismo en medio de otro abismo. 130

## XVI

Mas, ¡ay!, ¿por qué fatalidad que aterra,  
por qué inconstancia de la suerte impía,  
al hundirse el azote de la tierra  
más feroz despertó la tiranía?

Cuando cambió la asoladora guerra 135  
los destinos humanos en un día,  
la presa que las águilas soltaron  
mil carnívoros buitres devoraron.

### XVII

No fue ya el despotismo del coloso  
que, como río de encendida lava, 140  
al avanzar rugiente y proceloso  
con sus olas de fuego deslumbraba.  
El fanatismo fue torpe y mañoso  
que los cimientos de la fe socava;  
fue el miedo suspicaz, el más inmundo 145  
de los tiranos que soporta el mundo.

### XVIII

No vistió nunca el militar arreo,  
y fue, al moverse entre la sombra oscura,  
su casco de batalla el solideo  
y el monástico sayo su armadura. 150  
Incansable y voraz como el deseo,  
mortal como la lenta calentura,  
blandió contra la tierra amedrentada  
más la cruz que la punta de su espada.

### XIX

Si es ley que la revuelta muchedumbre 155  
el yugo sufra de atrevida mano,  
que la enaltezca al menos y deslumbre  
con sus épicas glorias el tirano.  
Y ya que con forzada servidumbre  
pague sus culpas el linaje humano, 160  
el brazo vigoroso que le venza  
infúndale terror y no vergüenza.

### XX

En el nombre de Dios la heroica España  
que al mundo despertó de su letargo,  
como premio debido a tanta hazaña 165  
sufre martirio ignominioso y largo.  
De la propia opresión y de la extraña  
coge Italia infeliz el fruto amargo,  
y cual botín en manos de bandidos  
ve sus hermosos campos repartidos. 170

### XXI

En el nombre de Dios los calabozos

abren sus anchas fauces, nunca llenas,  
donde sólo responde a los sollozos  
del desdichado, el son de sus cadenas;  
en el nombre de Dios viejos y mozos 175  
en extranjero hogar lloran sus penas;  
en el nombre de Dios fiera cuchilla  
cercena la cerviz que no se humilla.

## XXII

¡Todo en nombre de Dios! ¡Blasfemia horrenda!  
Yo sé que para el Dios de mis mayores 180  
el humo del incienso es grata ofrenda,  
no de la hirviente sangre los vapores.  
Iris de santa paz en la contienda  
sé que extiende sus brazos redentores  
para estrecharnos con amor profundo, 185  
¡ay!, pero no para oprimir el mundo.

## XXIII

Te han calumniado, ¡oh Dios! Tú oyes el grito.  
del corazón doliente y consternado,  
tienes misericordia y no has proscrito  
la augusta libertad. ¡Te han calumniado! 190  
Si la insaciable sed a lo infinito  
que aguija mi razón es un pecado,  
si únicamente para el mal existe,  
responsable no soy: ¡Tú me la diste!

## XXIV

No puede ser que viva el pensamiento 195  
dentro de mí como enjaulada fiera:  
sólo para alumbrar nuestro tormento  
la antorcha del espíritu no ardiera.  
La fe que busco, la inquietud que siento,  
el negro abismo, la insondable esfera, 200  
lo invisible, lo incógnito, lo arcano,  
todo está abierto al pensamiento humano.

## XXV

Si congojoso afán le ofusca y ciega  
y alguna vez quizás, cuando le asombra  
la oscura soledad por do navega, 205  
no te ve, no te siente, no te nombra;  
si en su aflicción te niega, ¿quién te niega?  
Un átomo, la sombra de una sombra  
en la inmutable eternidad perdida:  
menos que sombra; ¡el sueño de una vida! 210

### XXVI

¡Desgraciada del alma que sin tino  
en alas del error su vuelo encumbra,  
y abandonada y sola en su camino  
niega la misma luz que la deslumbra;  
que ve a lo lejos el fulgor divino 215  
y no acierta a salir de la penumbra;  
que avanza, confundida a cada instante,  
siempre desesperada y siempre errante!

### XXVII

¡Ay! He dudado, dudo todavía;  
pero nunca de ti. Si te ocultaras, 220  
mi ardiente convicción te encontrarla.  
Pueden turbas frenéticas o ignaras  
renegar de Jesús y de María,  
quemar sus templos, profanar sus aras;  
puede en horas de espanto y desconsuelo 225  
como el Olimpo desplomarse el cielo:

### XXVIII

pueden, cual otras antes, nuestras vivas  
creencias sepultarse en el vacío,  
pues no porque las ondas fugitivas  
vayan al mar, desaparece el río; 230  
pueden transformaciones sucesivas  
cambiar la faz del mundo a su albedrío:  
tú siempre flotarás con tus eternas  
leyes, sobre los orbes que gobiernas.

### XXIX

Si chocaran, haciéndose pedazos, 235  
los astros con horrible desconcierto;  
si rotos, ¡ay!, de la atracción los lazos  
se desquiciara el universo muerto;  
si quedara al impulso de tus brazos  
el espacio sin fin mudo y desierto, 240  
y el tiempo con sus noches y sus días  
dejara de existir, tú existirías.

### XXX

Mas ¿a qué esfera mi incesante anhelo  
me arrebatara y transporta? A pesar mío,  
por la excelsa región remonto el vuelo, 245  
subiendo en pos de la verdad que ansío.  
Pero el dolor, que me sujeta al suelo,

fuerzame a descender trémulo y frío,  
cual ave que aletea inquieta y viva  
dentro de la prisión que la cautiva. 250

### XXXI

¡Torno a la triste realidad! ¿Y adónde  
podré volver mi tétrica mirada,  
sin que me aflija la abyección que esconde  
nuestra mezquina y lóbrega morada?  
Cuanto más sufra, cuanto más ahonde, 255  
cuanto más baje el alma infortunada,  
tanto mayor, le mostrará la tierra  
el abismo sin término que encierra.

### XXXII

¡Ay! ¡Yo lo he visto con horror! Yo mismo,  
de incertidumbre y de terrores lleno, 260  
voy rodando hacia el fondo de ese abismo  
do se amasa con lágrimas el cieno.  
La infamia, la traición y el egoísmo  
me han brindado su cáliz de veneno,  
y he sentido, al beber su última gota, 265  
rota mi lira y mi existencia rota.

### XXXIII

¡Patria! ¡Risueño hogar! ¡Caliente nido  
que nunca más veré! Turbado y mudo,  
de vosotros llorando me despido,  
y con adiós patético os saludo. 270  
¿En dónde está la fuente del olvido,  
para agotarla toda? En vano acudo  
a mi flaco valor y lucho en vano  
contigo, ¡oh mi recuerdo!, ¡oh mi tirano!

### XXXIV

¿Quién del fondo del alma te desecha? 275  
Como el águila soy que lleva hundida  
en su ala enorme la traidora flecha,  
y va sangrando siempre de su herida.  
Desalentada, atónita y maltrecha,  
por la ancha inmensidad vuela perdida, 280  
hasta que encuentra, al desplomarse inerte  
en abrupto peñón, oscura muerte.

### XXXV

¡Yo también moriré! ¿Dónde? ¡Quién sabe!  
Desesperado y con mi herida abierta

podiera hallar mi tumba, como el ave, 285  
quizás en roca estéril y desierta.  
No habrá, do quiera que el pesar me acabe,  
quien, abrazado a mí, lágrimas vierta,  
ni quien cierre, mis ojos y recoja  
mi último beso, mi postrer congoja. 290

### XXXVI

¡Olas del mar que con la frágil quilla  
de mi libre bajel rompo y quebranto,  
corred, llegad a la britana orilla  
crecidas y amargadas con mi llanto.  
Y allí, do triste y silencioso brilla 295  
mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,  
decid, junto a la lumbre, al ángel mío  
que estoy muriendo de cansancio y frío!

### XXXVII

¡Frío del corazón que hasta mis huesos  
penetra y por mis venas se derrama, 300  
y agolpa a mi memoria los sucesos  
de mi vida, en confuso panorama!  
Sólo el calor de tus amantes besos,  
no los pálidos rayos de la fama,  
podiera dar al alma entumecida 305  
de tu padre infeliz, aliento y vida.

### XXXVIII

¡Pero jamás tu sonrosada boca  
en mí se posará! ¡Nunca el abrigo  
de tus brazos tendré! Sufrir me toca  
errante y resignado mi castigo. 310  
¡Oh! Si no tienes corazón de roca,  
cuando se cebe la opinión conmigo  
y escarnecido mi recuerdo veas,  
compadéceme y gime y no la creas.

### XXXIX

Acaso te dirá que ingrato y duro 315  
abandoné la cuna en que dormías,  
que no tuve piedad, que fui perjuro  
y me encenago en crápulas y orgías.  
Te engaña; no la creas. ¡Te lo juro  
por mí, por ti, por los fugaces días 320  
de amor y calma que gocé a tu lado!  
Pude imprudente ser, mas no culpado.

#### XL

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores,  
pues mientras dure de mi vida el hilo,  
iré siempre a merced de mis dolores 325  
sin paz, sin esperanza y sin asilo.  
Mas basta ya de inútiles clamores:  
surca, velera nave, el mar tranquilo,  
que ya ilumina el sol de la mañana  
la cima del Pentélico, cercana. 330

#### XLI

Al través de los diáfanos celajes  
con que aparece la rosada aurora,  
ante mí se despliegan los paisajes  
que la naciente luz inunda y dora.  
¿Serás término y fin de mis viajes, 335  
desolada región? Dame en buen hora,  
si el cielo quiere que por ti sucumba,  
a la sombra de un sauce, humilde tumba:

#### XLII

o a la orilla del mar, fuera del paso  
de los mortales, donde apenas haya 340  
señal de vida, y con rumor escaso  
las olas se adormezcan en la playa.  
Sepúltame de cara hacia el Ocaso,  
para que cuando el sol a hundirse vaya  
en las costas de Albión, lejos, muy lejos 345  
me alumbre con sus últimos reflejos.

#### XLIII

¡Ay!, esa luz incierta y fugitiva,  
cuando a la tarde sobre mí se abata,  
será como un recuerdo que reciba  
de mi patria orgullosa y siempre ingrata. 350  
Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva  
hoy de su férreo yugo se desata,  
y mientras libre y próspera no sea,  
morir es desertar de la pelea.

#### XLIV

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa 355  
de héroes y genios! ¡Sosegada fuente  
de rica inspiración! ¡Fecunda esposa  
del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!  
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa  
por vez primera respiré tu ambiente! 360

y al escuchar el son de tus cadenas,  
¡con cuánta indignación lloré en Atenas!

#### XIV

Yo recorrí tus campos, tus sombríos  
bosques y tus poéticas colinas;  
templé mi sed en tus sagrados ríos 365  
y me bañé en sus ondas cristalinas.  
Entregado a mis vanos desvaríos,  
con mudo asombro contemplé tus ruinas,  
iluminadas por el cielo heleno  
de música y color y aromas lleno. 370

#### XLVI

¡Cuál se destacan los contornos puros  
del templo secular! La verde hiedra  
trepando inquieta por los altos muros  
en la hendida pared arraiga y medra.  
Mueve el aire sus vástagos oscuros, 375  
colora el sol la ennegrecida piedra,  
y parece que inmóvil en la cima  
el moribundo Partenón se anima.

#### XLVII

Allí sesteaba el balador ganado,  
paciendo en calma la reseca hierba 380  
que crece al pie del templo consagrado  
a las fecundas artes de Minerva.  
El pastor perezoso y descuidado,  
a quien el sol canicular enerva,  
duerme tranquilo en la agostada alfombra, 385  
del mutilado pórtico a la sombra.

#### XLVIII

Tranquilo duerme o vaga sin objeto  
al compás de los cantos que improvisa,  
dulces como la miel del monte Himeto  
que en el lejano término divisa. 390  
Él de una raza de gigantes nieto,  
su heroica tierra indiferente pisa,  
y no guarda indolente en su memoria  
ni el propio origen, ni la patria gloria.

#### XLIX

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano 395  
celosos de tus ínclitas empresas  
el tiempo adusto y el rencor humano

redujeron tus templos a pavesas.  
En vano, ¡oh Grecia!, la implacable mano  
de tu opresor envilecida besas: 400  
tan excelso renombre conseguiste  
que a la edad y a tu infamia se resiste.

#### L

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre  
extinguirse en tu claro firmamento;  
puede rodar la inmensa muchedumbre 405  
de tus dioses, postrada y sin aliento.  
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,  
los rumores del bosque, el mar y el viento  
repiten cadenciosos los gemidos  
de tus dioses olímpicos vencidos. 410

#### LI

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno  
que no viva en el mundo de la idea?  
En él fulgura Apolo, alienta Juno,  
duerme en su concha Venus Citerea,  
en su carro marino el dios Neptuno 415  
por el undoso piélago pasea,  
Júpiter vibra el rayo ignipotente  
y orla Baco de pámpanos su frente,

#### LII

Aun ciñendo su rústica guirnalda  
turban nuestra memoria tus bacantes, 420  
con el cabello suelto por la espalda  
y los desnudos pechos palpitantes;  
aun vagan en silencio por la falda  
del sacro Pindo, que animaron antes,  
tristes las Musas, pero siempre hermosas, 425  
coronadas de lauro y mirto y rosas.

#### LIII

La rabia, en los mortales corazones,  
de tus negras Euménides aún dura;  
aún surcan tus nereidas y tritones  
del hondo mar la líquida llanura; 430  
aun se perciben los alegres sonos  
de la flauta de Pan en la espesura,  
cuando ensalza y endiosa la grandeza  
de la amante y feraz Naturaleza.

#### LIV

La luminosa huella de tu paso 435  
es estela que nunca se ha extinguido,  
y conservas tu fama, como el vaso  
guarda el aroma de licor vertido.  
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso  
resistiéndose al tiempo y al olvido, 440  
y de tus ricas artes los despojos  
encantos son del alma y de los ojos.

#### LV

Labra el mármol con mano ejercitada  
Fidias, infúndele su fuego interno  
y da a la humanidad maravillada 445  
de la eterna belleza el molde eterno.  
La piedra por el genio fecundada  
palpita a impulsos del amor materno,  
y surge de su entraña endurecida  
la estatua llena de reposo y vida. 450

#### LVI

La ardiente inspiración del viejo Esquilo,  
sorprendiendo el dolor de Prometeo,  
revela al mundo en prodigioso estilo  
las perdurables ansias del deseo.  
Jove impasible, pero no tranquilo, 455  
oye el rugir del indomable reo,  
que encadenado a la escarpada roca  
con renaciente furia le provoca.

#### LVII

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,  
comarca infortunada! Aunque tus días 460  
cortase de improviso el terremoto  
y te tragara el mar, no morirías.  
Bastaran una estrofa, el dorso roto  
de una estatua, un frontón, cenizas frías  
de tu pasado, para no olvidarte, 465  
¡oh cuna de los dioses y del arte!

#### LVIII

¡Con cuán amarga indignación, con cuánto,  
dolor, presa de un déspota contemplo  
tanta belleza incomparable, y tanto  
recuerdo augusto a la virtud ejemplo! 470  
Todo me inspira lástima y espanto:  
el muro hendido, el derribado templo,

la columna volcada entre la hierba,  
tus hijos degradados y, tú, sierva.

### LIX

¿Y ha de vivir en abyección profunda 475  
siglos y siglos tu escogida raza?  
No: ponte en pie, revuélvete iracunda,  
el fuerte escudo minervino abraza:  
para romper tu bárbara coyunda,  
de Hércules toma la pujante maza, 480  
acostumbrada en sus fornidas manos  
a rendir monstruos y a domar tiranos.

### LX

Lanzas te den tus bosques; tus cadenas,  
hierro para luchar; las tempestades  
su furor; y el recuerdo de tus penas, 485  
odio mortal para que no te apiades.  
Convierte tus peñascos en almenas,  
tus campos tala, incendia tus ciudades,  
y si ser grande y respetada quieres,  
de ti no más la salvación esperes. 490

### LXI

Recuerda, ¡oh Grecia!, los antiguos hechos  
de tus hijos magnánimos y bravos,  
y reconquista sola tus derechos  
sin fiar en latinos ni en eslavos.  
Cubra la cota bélica tus pechos 495  
cansados ya de amamantar esclavos,  
y el rayo destructor tu diestra vibre:  
que quien sabe morir sabe ser libre.

### LXII

Así entendieron el valor tus bellas  
y nobles hijas en la infausta rota 500  
con que probar quisieron las estrellas  
la fe de un pueblo enérgico y patriota;  
cuando madres, esposas y doncellas,  
siguiendo en pos de la legión suliota,  
vieron, con sed inútil de venganza, 505  
de sus deudos la bárbara matanza.

### LXIII

El implacable Alí, de rabia ciego  
y ansioso de vengar viejos reveses,  
cayó de pronto sobre el campo griego

como la tempestad sobre las mieses. 510  
Y entró con furia tal a sangre y fuego,  
azuzando a sus rudos albaneses,  
que cuando a la salida se previno  
le cerraban los muertos el camino.

#### LXIV

Con mudo afán y punzadora pena 515  
multitud de mujeres contemplaba  
el brutal frenesí de aquella hiena,  
desde una roca inaccesible y brava.  
De acerbo llanto silenciosa vena  
sus lívidos semblantes inundaba, 520  
y ante aquel espectáculo sangriento  
ni un suspiro exhalaban ni un lamento.

#### LXV

¡Cuán mortalmente a todas de rechazo  
el bronco golpe del cañón hería!  
que era el combate decisivo, el plazo 525  
funesto, interminable la agonía.  
Sólo el cándido niño, en el regazo  
maternal, inocente sonreía,  
sin comprender su desventura horrenda  
y ajeno, el triste, a la feroz contienda. 530

#### LXVI

Firmes como granítica muralla,  
de sangre y polvo y de sudor cubiertos,  
los griegos esperaron la metralla  
de su trágico fin ni un punto inciertos.  
Pudo el turco en el campo de batalla 535  
contar a los vencidos por los muertos,  
que Alí no dio cuartel, ni hubo suliota  
capaz de resignarse a su derrota.

#### LXVII

De pie sobre la ingente cortadura  
del agrio monte, en cuyo fondo mismo 540  
espumoso torrente de agua oscura  
la grandeza aumentaba del abismo,  
madres, hijas y esposas sin ventura,  
del terror en el fiero paroxismo,  
veían con atónita mirada 545  
el término fatal de la jornada.

#### LXVIII

¡Todo acabó! Desgarrador lamento,  
que el eco repitió de cumbre en cumbre,  
brotó, en la angustia del postrer momento,  
de aquella estupefacta muchedumbre.  
Trastornada, convulsa, sin aliento, 550  
prefiriendo a la torpe servidumbre  
la palma del martirio victoriosa,  
y a las infamias del harén, la fosa,

#### LXXII

¡Una sola faltó! De la hendidura  
que abrió un arroyo en la caliza roca, 555  
a donde acaso en su mortal pavora  
buscó refugio atribulada y loca,  
sobre hermosa y dormida criatura  
apretada la faz, boca con boca,  
y de amarilla palidez cubierta, 560  
no se movió una madre. ¡Estaba muerta!

#### LXXIII

Ya consumado el duro sacrificio,  
todas en rueda y de la mano asidas,  
al borde del ríscoso precipicio  
giraron por el vértigo impelidas. 565  
Al compás de su lúgubre ejercicio  
iba el abismo devorando vidas,  
y sacando sus víctimas la suerte  
de aquella horrible danza de la muerte.

#### LXXIV

Eran principio y fin de su camino 570  
la fiebre arriba y el sepulcro abajo,  
y una tras otra en raudo remolino  
fueron cayendo en el inmenso tajo.  
¡Confunda Dios al déspota asesino  
que a tan sangrienta extremidad las trajo, 575  
y dele, como premio a sus hazañas,  
hijos sin fe y esposa sin entrañas!

#### LXXV

Pero es forzoso que mi canto acabe,  
Ya llegamos al puerto, ya sumisa  
da fondo en él la afortunada nave, 580  
columpiándose al soplo de la brisa;  
ya recoge sus alas como el ave  
que al nido llega; y con ingenua risa  
saluda el marinero enternecido,

como el ave también, su patrio nido. 585

### LXXVI

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera,  
con blando afán, en la cercana orilla  
le aguardará quizás su compañera,  
inocente como él, como él sencilla!...  
¡Ay! ¿Quién me espera a mí?.. ¡Grecia me espera! 590  
Doblo ante su infortunio mi rodilla,  
y mientras llore opresa y desgarrada,  
lira, ¡déjame en paz!.. ¡Venga una espada!

A Lesbia

### I

Dan muchos en decir que tu inconstante  
amor repartes aturdida y loca,  
que no es tu fe de endurecida roca  
ni tu virtud firmísimo diamante.

Dicen que quien te estrecha delirante, 5  
cediendo a la pasión que le sofoca,  
siente y percibe en tu entreabierta boca,  
el calor de los besos de otro amante.

Dicen que en el desorden de la vida  
gozas con la traición, y soy tan necio 10  
que al escucharlo te maldigo y lloro.

Anda tu fama en la opinión perdida;  
pero hay alguien más digno de desprecio  
que tú: yo, que sabiéndolo te adoro.

1856.

### II

Es en vano intentarlo. Cuando el río  
en su profundo cauce retroceda,  
quizás se apiade el cielo y me conceda  
todo el valor que para odiarte ansío.

Pugno por olvidarte, y mi albedrío 5  
más en los lazos de tu amor se enreda:  
seguir tus pasos el amor me veda  
y me arrastra a tus pies, a pesar mío.

Tu falaz persuasión me infunde miedo:  
quiero escapar de ti, dejar de verte, 10  
y a tus caricias engañosas cedo.

Y es tal mi desventura y tal mi suerte

que, conociendo tu maldad, no puedo  
estimarte, ¡ay de mí!, ni aborrecerte.

En la muerte de una niña  
A sus padres

¡Ay!, el ángel de amor, cuya mirada  
doraba vuestro hogar,  
cayó de pronto cual la mies segada  
antes de madurar.

¡Llorad!, pero llorad sin amargura. 5  
No os alejéis los dos  
de su humilde y reciente sepultura,  
sin bendecirá Dios.

Cuando tal golpe el corazón recibe,  
¡cómo alivia el sufrir! 10  
Mientras duele la herida el alma vive,  
olvidar es morir.

¡Es el mundo tan triste!.. ¡Son tan vanos  
los placeres que da!  
Ella, ¡cuánto mejor, con sus hermanos 15  
los ángeles, está!

FIN

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la  
**[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el  
siguiente **[enlace](#)**.